

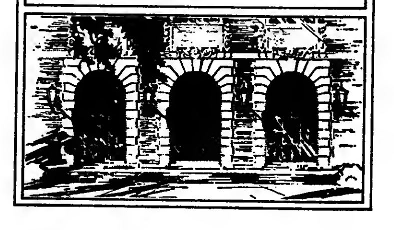
GODOFREDO DAIREAUX

COSTUMBRES CRIOLLAS



BUENOS AIRES
1915

VOLUMEN 665



BIBLIOTECA de LA NACIÓN

GODOFREDO DAIREAUX

Costumbres Criollas



BUENOS AIRES
1915

Imp. de La Nación.—Buenos Aires

INDICE

A LO QUE TE CRIASTE

—¡ Sí, señor ! ahí mismo, donde estamos, en este puesto, ha sido la primera estancia, la fundadora.

»Cuando llegué, el setenta y dos, con el primer arreo, que eran dos mil vacas criollazas, elegí ese sitio, por la proximidad de la laguna y lo alto de la loma. Hicimos primero una cueva y la tapamos como pudimos, con paja, hasta que llegaron las ovejas, tres mil, si me acuerdo bien ; venía con ellas una carreta de bueyes, llena de maderas, herramientas y provisiones, y nos apuramos en edificar un buen rancho, bien rodeado de zanjas hondas y anchas, de que todavía se ven rastros y que hacían de él un fortín.

»Es que entonces, no era por aquí como hoy y que, más a menudo que el silbato de la locomotora, se oía el tropel de los indios...»

Habría seguido don Narciso con su tema favorito—interesante, por lo demás,—si no hubiera venido el capataz a avisar que la majada del cuadro número seis estaba encerrada ; y nos fui-

mos todos al corral, a seguir presenciando el recuento anual que siempre venía a hacer don Narciso, durante la semana santa, acompañado de convidados que aprovechaban los lindos días de la estación otoñal, para tomar aire de campo y cazar martinetas.

Y mientras se contaban, después de haber contado ya muchas otras, las cuarenta y pico de veces cien ovejas que desfilaban interminablemente por el angosto portillo, aspirábamos con ganas el olorcillo a asado que se nos venía desde el rancho, esperando con cierta impaciencia el momento de irnos a sentar a tomar mate, bajo los sauces.

La señora del puestero, acurrucada delante del fuego, había tendido ya el asado, apagando con el soplo las llamitas que de las brasas volvían a saltar, golosas, para lamer la carne chisporroteante, cada vez que se desprendía alguna gotita de grasa. Soplaba, echando atrás la cabeza, cerrando los ojos llorosos, y tratando, por un conjunto de horribles muecas que le retorcían la cara, de esquivar el contacto del humo espeso que la envolvía.

Roció con salmuera el medio capón bien dorado, y sacando el asador del fuego, lo vino a plantar a la sombra. Colocó en la cima un trapo, servilleta común para todos los convidados, y, sobre un cajón vacío, puso tres platos enlozados y tres tenedores de fierro, para los delicados, con un jarro de lata y un balde de agua recién sacada del pozo. Algunas de esas galle-

tas, de cuya calidad se juzga por la cantidad de pedacitos en que se deshacen al golpearlas en la mesa, completaban los aprestos.

Y los cuchillos y los dedos empezaron a sacar tajadas jugosas y suculentas del asado caliente, que chorreaba grasa; y estos hombres, acostumbrados a todos los refinamientos materiales de la vida, en la ciudad, mordían, medio agachados, para no ensuciar sus elegantes trajes de campo, un pedazo de carne hirviendo, agarrado con los dedos, cortando el bocado con habilidad criolla, de un tajo dado de abajo arriba.

¡Oh! todos perfectamente lo sabían hacer, criollos y acriollados, no habiendo entre ellos ninguno capaz de tratar de cortar de arriba abajo, como estos recién llegados, que nunca han aprendido a comer con los dedos y tienen miedo de cortarse la punta de la nariz.

—¡Alcanzá el trapo, ché!—dijo don Narciso, y limpiándose con él la boca y los dedos llenos de grasa antes de pasarlo a otro:

—¡Qué asado tan rico! amigo; no hay tutía: esto vale un Perú; déjeme con su Esportman y su Rotisería y sus platos estrambóticos. Un asado, *a lo que te criaste*, así, al asador, no hay, para mí, festín igual en el mundo.

Y tomando en el balde agua con el jarro, don Narciso se tragó como medio litro.

—¡Qué linda agua la de este pozo!—exclamó al pasar el jarro a su vecino, con la misma convicción con que puede decir: «¡Qué rico vino!» Rotschild, al probar su Château-Laffite.

Ahora, con la digestión principiante, don Narciso queda pensativo, acordándose de sus años de mocedad, cuando con el lazo en el anca del caballo, las boleadoras en la cintura, el sombrero de alas anchas levantado por delante, a lo gaucho, o por detrás, a lo compadrito, de pañuelo punzó de la India en el cuello, con el cigarro negro entre los bigotes nacientes, de chiripá, muchas veces, o de bombacha y de poncho pampa, iba recorriendo los campos, aun casi desiertos y sin valor, arreando hacienda, formando tropas, apartando en los rodeos animales extraviados o campeando lejos los porfiados que siempre querían volver a la querencia.

¿A lo que te criaste? pero, si casi ha sido la miseria; por lo menos ha sido vida dura, vida de trabajo y de peligros, vida de penurias, de comer cualquier cosa a cualquier hora, de pasar intemperies, cocido por el sol o pasado de frío, y de dormir al raso, empapado por el agua, en el recado hediendo a sudor.

¿A lo que te criaste? pero, si ha sido a sufrirlo todo y a saberlo pasar sin nada, cuando de nada había; y, sin embargo, a estos tiempos que no volverán, de orgullosa y querida miseria, dedica don Narciso, sin decir nada, su más profundo sentimiento y su más tierno recuerdo.

Este dicho: «A lo que te criaste», no le sugiere, a él, ninguna idea de desprecio para las costumbres añejas: ¡oh! no, y daría por ellas—si volviera también,—la juventud, y su palacete en la ciudad, de piso tan pulido que no se atre-

ve a tirar en él el pucho de los cigarros habanos que ahora fuma; y la salivadera dorada, alrededor de la cual escupe con tanta prolijidad, para hacerle el gusto a su señora; y su cocinero extranjero que no quiere oir hablar de puchero a la criolla, ni ha visto nunca un asador; y la levita de última moda, con la cual, por cierto, no alcanza a tener la elegancia que le daba su traje criollo; y el lustroso sombrero de copa alta con que ha creído deber coronar su cabeza melenuda, en señal de su alta posición; y hasta los sueltos de la vida social que anuncian al mundo atento los menores acontecimientos de su vida privada...

La digestión va en buen camino, y don Narciso, con una sonrisa:

—¿Qué tal? don Juan Antonio; ¿no va a la Exposición de París?

Y don Juan Antonio, el pulpero, que ha venido de visita, contesta:

—¡Qué París, ni qué Exposición!; si voy a Europa, voy a mi tierra, cerca de Vigo, en la costa, a comer sardinas frescas, con aceite, y estos chorizos, amigo, que hacen allá, tan sabrosos, con tanto ajo!

Y casi levanta los ojos al cielo, conmovido—el corazón está cerca del estómago,—acordándose, él también, de «a lo que se crió», y de su tierra lejana.

CONTRAHIERRA

Hay gauchos, en esta tierra, a quienes les gusta el trabajo fácil y liviano, la hierra de terneros, de convite y con baile; mariquitas, para quienes los piropos con guitarra y las chanzas con mujeres son las hazañas supremas.

Otros buscan, al contrario, los peligros y la gloria; y si, para ganarse la vida, tienen, algunas veces, que bañar ovejas, les gusta más, aun con menos paga, lucir el lazo en una buena contrahierra de animales bravos, grandes y criollos, con astas que dan miedo y torada bien arisca. ¿Será que tienen sangre sevillana en las venas, que no pueden ver un toro sin tener ganas de lidiarlo, y, cuchillo en la mano, de quitarle lo que le sobra, dejándolo novillo, y si no manso, descornado siquiera?

Pialar terneros, voltearlos coleando, es juguete, y la hierra, tantas veces celebrada, es fiesta; no es trabajo. Otra cosa es la contrahierra de hacienda grande, al corte, con vacas rabiosas, toros enojadizos y novillos brutos que no han entrado todavía a conocer gente.

*
* *

En un brete pequeño, de palo a pique, se encerró una punta de doscientos a trescientos animales. Comunica el brete con un corral grande, por una puertita angosta. En este corral, se ha empinado un carro, con las varas para arriba, y del eje cuelga un tercio vacío que contiene las herramientas y demás cosas necesarias para la hierra ; al lado del carro, que servirá de reparo y de fortaleza a los que trabajan de a pie y corren con la marca, se ha prendido una gran fogata de leña y huesos, avivada de cuando en cuando con sebo, para calentar las marcas.

Los peones han llegado con sus tropillas, han ensillado buenos caballos, bién adiestrados para pechar, tirar y aflojar, hacer pie o dejar correr, sentarse como mojón o disparar como flecha. Ha circulado el mate ; uno que otro churrasco ha mezclado su perfume de carne asada con el olor de hueso quemado ; ya están rojas las marcas, las del vendedor y las del dueño.

—¡ A caballo, muchachos !

*
* *

Entra en el brete un gaucho viejo, algo solemne ; desprende el lazo, lo acorta con un nudo corredizo, y haciendo correr la argolla, pre-

para despacio la armada, siguiendo con la vista al animal a quien le ha metido los puntos.

Se acerca al tranquito, al montón de hacienda, revolviendo el lazo lentamente encima de su cabeza, y, al cabo de un ratito, cae la armada, con artística suavidad, en la cabeza de una vaca grande que, toda asustada, sacude las astas y se trepa sobre las compañeras, como si, usándolas de escalera, quisiera saltar del otro lado de los palos. Con sus movimientos y su disparada, se cerró la armada : queda presa ; quiere seguir a las demás, que huyen amontonadas : la detiene el lazo ; agacha la cabeza y tira : el caballo resiste, hace fuerza ; la vaca clava las uñas, pero cedió de un pie, siguió el otro, y ya a la fuerza tiene que seguir caminando, medio arrastrada por el valiente animal. Pasa por la puertita el caballo ; resistiendo, lo sigue la vaca ; al llegar a la puerta, mete el asta entre los palos y trata de resistir ; pena inútil, tiene que ceder ; un jinete que siguió al primero en el brete, con el lazo pronto, en caso de que el gaucho viejo hubiera errado el tiro, la castiga por detrás para hacerla correr.

Una vez en el corral grande, el viejo suelta todo el lazo ; la vaca se cree libre y echa a correr ; la sigue al tranco el gaucho, para aminorar la fuerza del tirón ; y cuando ella llega a la extremidad del lazo, el caballo la detiene con el peso y la fuerza de todo su cuerpo, plantado en el suelo, sin mover, como en cuatro estacas de acero.

¡ Ah ! ¡ criollo lindo ! ¡ dile al hijo de Ormonde que haga otro tanto !

Un momento de sorpresa, y otra vez, la vaca va a emprender la carrera. No se le da tiempo : uno de los dos ayudantes del gaucho viejo le deja caer encima del lomo la armada del lazo ; el viejo le hace una aflojadita insensible ; la vaca, tirando de la cabeza, da un paso atrás ; pisó ya en el medio de la armada que, ligero, se cierra, atándole las dos patas, y el jinete corre, estirándoselas para hacerle perder el equilibrio. El otro ayudante se le atraviesa y con el caballo al galope, la voltea de una pechada y salta por encima.

«¡ Manea !» gritan, y los peones de a pie atan, juntas, las manos y las patas del animal vencido, que bufa, haciendo con el soplo volar la arena.

«¡ Va la marca !», y, protegidos por los jinetes, corren los marcadores, con el hierro candente en la mano, hacia los animales tendidos en el suelo.

Un peón, de a pie, estira la cola de la vaca mientras la marcan ; ¡ marca y contramarca ! Muge el animal, brama, y su gemido sube con la nubecita de humo, hediondo a cuero y pelo quemado ; ya cambió de dueño.

La desmanean, se levanta enojada ; pero la detienen por la cola ; la hacen mirar para el grupo de hacienda ya herrada, la sueltan, y se va.

*
* *

Los grupos de a tres van, uno por uno, en busca de una nueva víctima. El corral grande, poco a poco, se llena de animales herrados, y el trabajo se hace cada vez más peligroso para la gente de a pie.

Entre la bulla de los bramidos incesantes, quejidos de los animales quemados, llamamientos de madres que buscan a sus hijos, gritos de ira de los toros, que escarban, enojados, balidos lamentables de los que se hacen novillos y de los terneros extraviados ; en medio del humo, de los torbellinos de tierra, levantados por las correrías de los jinetes y el vaivén continuo de la hacienda encerrada, hay momentos inevitables de confusión, en los cuales un descuido cualquiera puede ocasionar graves accidentes.

Es un lazo que no encerró más que un asta del animal, y no lo detiene sino un corto momento, hasta que, al tirón, resbala de la punta con fuerza la argolla, y se vuelve sobre el jinete como bala, con peligro de herirlo en la cabeza, mientras el animal, suelto, si es de mal genio, puede correr contra algunos de los de a pie ; si se mixtura con los animales ya herrados, hay que volverlo a enlazar y remover toda la hacienda, pudiendo suceder que se corte algún animal enojado y se abalance sobre el fogón, el carro, el montón de leña, pegando

golpes, corneando, destrozando, y sembrando el pánico entre la gente.

Risas y gritos, fugas y caídas, provocaciones y burlas a la fiera enojada, que, al fin, dió con el tercio vacío, y la emprende con él, en furor ciego.

De repente se estira un lazo a ras del suelo, y voltea, patas arriba, a marcadores con sus marcas calientes y a peatones con sus huascas. ¡Susto general! Dura poco; dispararon todos tan ligero hacia el carro, que bien se conoce que han salido ilesos del trance.

*

* *

—¡Mira qué chambón!

—Y van tres.

—Puede ser que para cocinero...

—Había sido vividor el viejo; no le van a alcanzar las vaquillonas.

—No digás; no ves que ahora enlazó un toro.

—¡Cierto! de año y medio.

—Y don Simón, al contrario, amigo; ¡pura novillada grande!

—De compadrito, para lucirse.

—Será porque le hace el ojo a la hija del capataz, y a éste le gustan los guapos.

—Fortacho ese Pedro, para de a pie; ¡mira, qué volteada! Como ternero para él, cualquier novillo, cuando lo colea.

Y entre dos mates, en un momento de des-

canso, iba a seguir la crítica, cuando llegó, al tranquito, completamente borracho, un peón, a quien habían mandado a la esquina, en busca de un porrón de ginebra. La ginebra la traía; con mirarlo, no cabía duda; pero había tirado el porrón, por vacío.

*

* *

Cosas del pasado, casi, ya, todo esto. Hoy entra el toro, mocho de nacimiento y buey de carácter, en un zaguán de palos, donde lo manosean, lo marcan, le hacen cualquier cosa, sin que se pueda mover: el lazo pasa por poleas, y pronto reemplazarán el caballo por la bicicleta.

El gaucho, de pantalón, toma te y fuma en pito: la Pampa se puebla de montes y de ingleses. ¡La poesía se va...! y vienen los pesos.

ESKUALDUNA

No hay gente más pacífica que los vascos, y no hay gente más conquistadora. Han venido por bandadas a la República Argentina, sin más armas que sus brazos musculosos y sus anchas manos, y por todas partes, se ven ellos o sus descendientes, dueños de grandes campos, de rebaños tan imposibles de contar como las estrellas del firmamento o los granos de arena del mar; poseedores de capitales enormes que sirven de pedestal a un inagotable crédito; jefes de casas de comercio sólidas.

Unos a otros se sostienen, grandes y pequeños, encadenándose como las montañas aquellas de donde han venido; y franquean las rocas abruptas de la vida, unidos entre sí, como hacen, en los peñascos, los arriesgados guías de su tierra, ligados de tal modo que, si uno está por caer, todos los demás hacen fuerza para detenerlo en la pendiente del precipicio y arrancarlo a la muerte, no cortando la soga salvadora sino en casos extremos.

Algo rudos en la forma, su rudeza no es más,

en general, que la del sentido común, ese mal criado, que no cree necesario ponerse guantes para derribar de un puñetazo a la dialéctica más argumentadora, a la más seductora diplomacia. Asimismo, siempre saben ceder en tiempo de sus pretensiones, para no entorpecer un negocio que no sea del todo malo, sin demostrar ese empecinamiento infantil, peculiar de otras nacionalidades, en no vender sino muy caro, o en no comprar, sino tirado.

Sencillos y bonachones, dondequiera que sea, partirán con el huésped de un día, los recursos de su choza, como con su más antiguo conocido, llevando algunas veces esta confianza hospitalaria hasta introducir en la intimidad de su vida, por un momento, malhechores que la aprovecharán para matarlos sin piedad y saquear lo que encuentren a mano.

El vasco, capaz de vencer a Rolando, si le viene a hacer cosquillas, no es peleador por gusto, y, para probarlo, tomó como aliada para sus avances en la Pampa, a la mansísima oveja. Allá, lejos, y cada día más lejos ; ayer, en los confines de la región ocupada por los indios ; hoy, en todos los campos más desiertos de la Pampa, el explorador que se aventure en ellos encontrará, cuando más se crea solo entre el cielo y la tierra en que pisa, un rancho, un toldito, una cueva, y en ella un vasco, solo, con algunos perros, algunos caballos y su majada de ovejas.

No necesita sociedad, no necesita conversa-

ción ; vive con sus animales, sostenido por la esperanza de hacerse, con ellos, una situación, algún día, festejando la llanura, para sacar de ella con qué volver a sus montañas queridas.

¿De quién es el campo que ocupa? poco le importa saberlo ; probablemente de nadie, y, si es de alguien, será de algún pueblero, cuya cara se corre poco peligro de verla tan lejos. Sus ovejas se extienden a sus anchas ; viven bien, y sanas, porque nada ni nadie las estorba ; no conocen el corral barroso, inmundo, donde chapalean las majadas de adentro ; duermen donde les parece mejor, la panza llena, en el declive de alguna loma arenosa en que no se detiene la humedad ; para sus crías recién nacidas, tienen el reparo de las pajas altas, que las protegen contra los vientos demasiado crudos de la Pampa y contra esas heladas crueles que las estrellas relucientes, en las noches serenas del invierno, parecen desparramar con su incesante pestañeo, de la bóveda celeste sobre la tierra dormida.

Si llega a faltar el pasto, la mudanza es poco costosa : las maletas se llenan con las pocas provisiones que necesitan estos sufridos solitarios para condimentar la carne, que es su principal y casi único alimento ; y, despacito, dejándola pacer, sin que pueda ni sospechar que la mudan de querencia, arrean por los campos la majada dócil.

Hay, en la Pampa lejana, verdaderas colonias de vascos, así desparramadas, valiente van-

guardia de la civilización, nobles sembradores de población y de progreso. Algunos de ellos andan, pacíficos nómades, con toda su familia, teniendo por casa una carreta de bueyes, joya carcomida del pasado. Llega el día en que el eje renuncia, que los bujes ceden, que revientan las pesadas ruedas ; la familia se ha hecho numerosa ; las ovejas han aumentado ; el arreo se ha vuelto pesado y parece advertencia del Cielo la catástrofe.

Ha corrido justamente la voz que en remate público, venderá el Gobierno, al mejor postor, y pagaderos con facilidades, esos mismos campos ; y en los ranchos, en los toldos, en las carretas, en las cuevas, se han reunido hombres de cara afeitada, con el pito de barro en la boca, de alpargatas y de boina, como vascos que son, y también de chiripá, como buenos gauchos que podrían ser ; y se han oído conversaciones animadas, en las cuales han resonado las A, como clarín, roncado las Un, como tambor, en medio del gargareo de los erri, erre, erren, erra, arruá, y la palabra *pesos* mil veces repetida.

Una comisión ha sido nombrada para ir a la ciudad, viaje largo y penoso, y llevar allá la cantidad suficiente para pagar la primera cuota anual de las compras que se puedan hacer.

Se ha fijado un precio máximum, como para no correr el riesgo de quedar sin la tierra, precio calculado con el valor que, para estos hombres conocedores de ella, realmente pueda tener ; y los anchos tiradores de cuero de carpin-

cho han volcado con liberalidad su contenido en la mano de los comisionados.

Esperanza vana, ilusión de infelices trabajadores que nada saben de la vida de este mundo, y se figuran que tiene que comer las castañas el que las saca del fuego.

En el remate, los han cuestionado hábilmente amables desconocidos, a quienes, por supuesto, no han querido dar sino datos vagos, en esa lengua peculiar de ellos, que simplifica las frases hasta hacerlas todas de tres o cuatro palabras; pero bastaron estas indicaciones, corroboradas por su misma presencia, de interesados venidos de tan lejos, y de allá mismo, para comprar; y los especuladores, los capitalistas, los corredores en acecho siempre de lo que pueda oler a pichincha, hicieron subir los precios de tal modo que las bases a ellos fijadas por los compañeros resultaron lastimosamente bajas.

Los pobres han vuelto allá, entre rabiosos y tristes, a dar cuenta de su cometido, y pronto han venido los agentes del Gobierno vendedor a hacer entrega de las tierras a sus nuevos dueños, volteando los ranchos, hundiendo los techos en las cuevas, y obligando las carretas a moverse, con sus ruedas o sin ellas. Nuevamente se desparraman los vascos, buscando campo, más lejos, unos, quedándose otros en los mismos parajes, pero ya teniendo que pagar arrendamiento, muchas veces a algún tendero, peluquero o bolsista, que en su... perra vida (como

decían los antiguos), ha visto el campo, y que seguramente, no se atrevería a costearse allá.

Muchos siguen, viviendo así, aumentando siempre el número de sus ovejas, llegando a formar establecimientos, ¡provisorios! de veinte a treinta mil cabezas, resistiéndose a vender parte de ellas para comprar campo y establecerse definitivamente.

Es que creen, aunque no lo digan, que el día que compren tierra, será el del adiós eterno a las montañas nativas. En el fondo del corazón ha quedado, bien guardado, el profundo amor, inconsciente quizá, a los Pirineos, y ésta nostalgia crónica, ese inquebrantable deseo de volver a la patria, sirve de norte a todos los actos de su vida, hasta impedirles comprender que, en esta tierra, la tierra es lò único que vale; y que ella vale por sí, aumentando cada día ese valor, no en relación a lo que produce, sino a lo que podrá producir, una vez poblada; y que el verdadero modo de adquirir fortuna suficiente para volver a su país, independientes y ricos, no es de criar muchas ovejas en tierra ajena, sino de tener mucha tierra propia, aunque no queden ovejas para ponerle encima.

Los vascos que así han pensado son los que se han hecho ricos, y cuyos hijos, hoy, predominan en la sociedad, por sus fortunas crecidas, o predominarán mañana.

Estos ya no son, por supuesto, ni se acuerdan que sus padres hayan sido vascos de chiripá, de poncho pampa, de pito delgado y de

rebenque grueso, con la tabaquera de vejiga o de cuero peludo arrollado, en la boina azul, guardando en los múltiples bolsillos, cerrados con patacones, del tirador grasiento, los boletos de la marca y de las señales, la papeleta de ciudadano español o francés, y los pesos, ganados a fuerza de sudor y de callos en las manos.

Elegantes en sus trajes y buenos mozos, han dejado también evolucionar, en el roce cotidiano de las ciudades, ciertas de las cualidades paternas y mellarse otras, de estas que no se pueden conservar intactas sino con plena luz y aire puro, afinándose también a veces la inteligencia nativa hasta puntear en viveza.

Con todo, gente guapa, buena, vivaracha y alegre ; raza fuerte, atrevida y generosa ; demasiado consciente, por lo demás, de su propio valor, para que, cuando uno de ellos, llegado a gran fortuna, honradamente conquistada por su trabajo, pero sin haber querido dejar del todo los atavíos y costumbres tradicionales, la boina y el pito, le dice : «Mire, yo no soy más que un vasco bruto...» haya necesidad alguna de creer que él mismo piensa lo que dice.

EL FORTÍN

1877.—En la cima del médano, dominando la laguna de agua dulce, donde, durante siglos y hasta ayer todavía, se daban cita los indios, para repartir el botín de sus malones, un destacamento de soldados de línea, armados de palas y picos, se apuran en cavar zanjas y en elevar una fortificación de aspecto primitivo.

Es una especie de gran plataforma cuadrada, rodeada de paredes de adobe y de zanjas anchas y hondas, atravesadas por un puentecito de tablas que comunica con el interior por una sola puertita angosta; en una de las esquinas, se eleva una torrecilla de tierra, de donde el centinela inmóvil recorre sin cesar el horizonte, con la mirada penetrante del gaucho, capaz de distinguir el color de un caballo, a una distancia en que el recién venido no alcanza a conocer un caballo de una vaca.

En uno de los costados del fortín, estira el pescuezo un cañón de bronce, con las armas británicas grabadas, la divisa: «*Ultima ratio regum*», y la fecha: 1805, glorioso trofeo de la Reconquista, hoy terror de los indios.

Cerca de las zanjas, bajo la protección de las troneras de adobe, a un paso del puentecito, una docena de tolditos de junco y cuatro carretas de bueyes, todo ocupado por mujeres y niños, familias de los milicos, atareadas en cebar mate y en preparar la cena, listas para correr, al primer grito del centinela, a encerrarse en el fortín. Más allá, el corral de la caballada y, todo alrededor, la Pampa inmensa, silenciosa, cubierta de los penachos plateados de la cortadera, de entre los cuales, a cada rato, puede asomar el salvaje, lanza en ristre, echando sus alaridos.

*

* *

1882.—Un gran montón de arena, unas zanjas medio borradas, pero que todavía se conoce que han sido anchas y hondas ; los restos de lo que fué la torrecita de césped, de donde se divisaba a lo lejos en la planicie ; y, al pie de ella, sin cureña, medio enterrado, el cañón viejo de bronce.

En todas partes, el silencio, la soledad, el desierto. Por el camino chileno que allí desenvuelve uno de sus mil rodeos, nadie pasa. La barbarie vencida lanzó el último grito y desapareció ; la civilización triunfante retiró sus armas inútiles, pero no ha venido todavía a ocupar con sus rebaños el territorio conquistado...

*
* *

1897.—Quince años han pasado.

El cañón ha sido llevado a una estancia vecina, para servir de palenque.

El camino chileno, con sus numerosas sendas paralelas, se ha vuelto camino real, ancho y derecho, encerrado entre dos alambrados interminables.

Grandes rebaños de ovejas, millares de vacas pastan, en la mayor seguridad, entre los grandes penachos de la cortadera, cada año más rala ; desparraman cada día un puñado más del montón de arena que fué el fortín, tapando con ella, cada vez más, las zanjas que lo protegieron.

Y van desapareciendo los últimos rastros de este efímero abrigo de la bandera argentina, y, con ellos, hasta el recuerdo de los obscuros y pobres milicos que han pasado allí tantos días de penuria, tantas noches de sobresaltos, que han rechazado tantos ataques y librado tantos combates.

Bajo el montón de arena, en las zanjas borradas, también algunos de ellos quedan, durmiendo el eterno sueño.

CEMENTERIO DE ALDEA

Entre los llantos desgarradores de la señora y de sus hijos, se colocó el modesto ataúd en un carro de trabajo, ingenuamente adornado con improvisados atavíos de luto, y la fúnebre comitiva emprendió, a trote y tranco, el viaje al pueblito, distante seis leguas de la estancia. Y la ondeante faja de aquellos treinta a cuarenta jinetes, más o menos enlutados, según su grado de parentesco con el finado, y su estado de fortuna—pues no pueden todos comprar, así no más, un chiripá de paño negro, o una pechera de merino,—entristecía, al pasar, con su larga mancha de duelo, todo el horizonte primaveral de la Pampa verde.

Por mucho que viva, siempre tiene el hombre que dejar sin concluir algunas de las tareas que, en sus sueños siempre renacientes y siempre vanos, había creído poderse asignar; y, aunque el que vive cuidando rebaños, demasiado sepa que la muerte siempre anda a la par de la vida, también se había figurado don Jerónimo, ser tan indispensable en esta tierra, que,

cuando, en sus momentos de reflexión, consentía en admitir la remota posibilidad de su propio fin, se preguntaba con terror lo que sería entonces de su estancia, de su cabaña, de su mujer y de sus hijos, acabando por rechazar la importuna suposición de que la muerte se pudiera atrever a faltarle al respeto.

Así había sucedido, sin embargo. Pero, al cruzar el acompañamiento por este mismo campo que le había pertenecido, ya se podía tranquilizar para el porvenir, su alma inquieta, al ver pacer, tan indiferentes, sus propias ovejas, gozando de la vida, saboreando el pasto tierno en la pradera sin fin, y disgustadas tan sólo por la molestia que les diera la comitiva, al removerlas, para poder pasar.

Es que la muerte no borra la vida, sino que sólo la enmienda, para que pueda perfeccionar su obra.

Pocas tumbas había en el pequeño y desnudo campo santo, término del fúnebre viaje, simple retacito de Pampa inculta, cercado por un tapial, con un portón de madera, pintado de negro, sin un árbol, sin una planta que corrigiese con una verde nota de vegetación vivaz, la tristeza de la muerte, el horror de la nada.

El sol requemaba y grietaba a sus anchas la tierra amarilla, esa tierra greda, pegajosa, del suelo removido de los cementerios, que húmeda, parece querer detener al transeunte, y, seca, corre en torbellinos, de tumba en tumba, como para mezclar en polvo impalpable y hacer

definitivamente impersonales las cenizas humanas.

Si pobres son las chozas de los primeros habitantes del pueblo nuevo, más pobre tiene que ser la morada de sus muertos; pero en este cementerio pampeano, donde se iban a depositar los restos del finado, a más de los siempre banales y siempre conmovedores epitafios que enternecen al visitante sobre las jóvenes esposas arrancadas en la flor de su vida feliz, o sobre la suerte de las blancas novias sacrificadas por el destino envidioso, o sobre la tumba de inocentes criaturas, víctimas prematuras de las irreparables torpezas de la muerte, otra cosa había, capaz de distraer, por un momento, la atención, hasta de los más devotos amigos de don Jerónimo.

Muy cerca de la misma tumba que le era destinada, bajo una sencilla cruz de madera, descansaban, juntados después de muchos años, los restos de las últimas víctimas de los indios, mártires olvidados de la civilización, defensores del pueblito, cuando, apenas naciente, había sido destruído por el salvaje. Se elevarán ahí, con el tiempo, cuando la aldea se haya vuelto ciudad, sepulcros pomposos, ridículo homenaje de la riqueza engreída a la vanidad necia, pero pocos merecerán ser honrados a la par de esa humilde cruz de palo.

Al lado, otra cruz: otros precursores del adelanto del pueblo, muertos también en la brecha. Tres eran: un inglés y dos italianos; el

primero, ingeniero, los otros, peones, empleados todos en la construcción de la vía férrea, que hoy empieza a traer, cada día, al pueblo creciente, su paulatino aluvión de pobladores.

Y, al volver lentamente, con aire compungido, hacia la puerta del cementerio, para despedirse de los deudos del nuevo habitante que ahí dejaban, los de la comitiva podían, de reojo, leer a ambos lados de la calle principal, en modestas cruces, o en lápidas toscamente esculpidas, con fechas cada vez más recientes, entre apellidos de consonancia bien criolla, o, por lo menos, ibérica, muchos otros, como ser : Huhuequil, Garibotti, Martini, Wilson, Baurin, Ibarturuá, Zimmermann ; nombres que claramente indicaban que lo mismo que de la Pampa cristianizada, ciudadanos de los países más distintos y más lejanos, habían ya venido a traer a ese rinconcito, todavía ignorado, de la patria argentina, el grano de arena de su buena voluntad.

Seguramente, cada uno de estos muertos, durante su vida, había creído trabajar para sí ; los más, con la esperanza de llevar a su patria la fortuna conquistada por su trabajo, en tierra extranjera, sin acordarse que, quiera o no quiera, el hombre, aun el más egoísta, no trabaja más, al fin, que para aumentar la herencia común de la humanidad.

Estancieros y peones, negociantes y obreros, ingenieros y albañiles, ricos y pobres, todos duermen allí, al lado uno de otro, después de

haber dado a la tierra argentina, en pago de su hospitalidad—en menor grado quizá, los pocos que han dejado capital, que los mil anónimos que, toda su vida, sólo han conseguido, a duras penas, el pan cuotidiano,—lo mejor de su vida: el sudor de su frente, la fuerza de sus brazos, la habilidad de sus manos, los esfuerzos de su ingenio, las palpitaciones de su corazón; mezclándose la cosmopolita sangre europea con la de los hijos del suelo; ingertándose, moral y físicamente, las razas del Viejo Mundo en el vigoroso y silvestre tronco de este país nuevo; elaborándose, con él y para él, una nacionalidad única en el mundo, amalgama de elementos tan diversos, que—según el soplo que lo vivifique,—todo se puede temer, y todo también se puede esperar, de este formidable amasijo, de misteriosa complicación, cuya intrincada incógnita sólo despejará el porvenir.

CAPATACES

—Patrón, le voy a tener que pedir licencia por algunos días, porque se ha vuelto a descomponer, muy feo, Eulogia ; la voy a tener que llevar al pueblito.

—¡ Otra vez ! ¡ caramba ! amigo ; y tanto que tenemos que hacer con la hacienda, en estos días. ¡ Qué broma !

—¿ Qué le vamos a hacer ? patrón.

—Bueno, mire, Santiago ; aprecio mucho sus servicios ; pero necesito un capataz que no me deje el establecimiento, a cada rato. Me voy a tener que arreglar con Benito, hasta que sus circunstancias le permitan estar más fijo en la estancia.

—Como le parezca, patrón.

—Siento mucho, créalo, pero...

—¡ Paciencia !

Y el pobre Santiago, muy buen capataz, pero casado con una mujer que necesitaba más cuidado que el mismo padrillo del galpón, tuvo que dejar su ambicionado puesto a otro que tenía la suerte de ser soltero.

—¡Al diablo! con la china—iba renegando el patrón;—¿por qué no morirá de una vez? Es que encontrar un capataz bueno no es cosa de todos los días.

¡Benito!... Benito, claro, no era mal muchacho; pero no tenía, ni lejos, la formalidad de Santiago. Conocía muy bien la hacienda y el campo de la estancia, y era lo más apto y lo más guapo para todos los trabajos de a caballo; pero ¿quién sabe si tendría esta asiduidad, esta constancia en el cuidado, que debe tener el capataz, para evitar las pérdidas, de que siempre, en campo abierto, está amenazado el estanciero, en mil formas?

Benito entró en funciones; y como escoba nueva que era, empezó a barrer de lo lindo. Había que hacer varios trabajos de hierra y apartes, y en todos ellos, se lució de veras, no sólo con su trabajo personal, que por lo limpio, correcto y sereno, podía servir de modelo, sino que para manejar a los peones y dirigir la faena, se desempeñó con tino y habilidad.

Pero cuando ya sólo se trató de cuidar, de la escoba, pronto no quedó más que el palo. Un día, las bebederas estuvieron sin agua; otro día, faltó una punta de hacienda en el rodeo; una manada ajena iba tomando querencia en el campo; había habido dos quemazones seguiditas, y así, varias otras cosas que al patrón pronto le fastidiaron. Y a Benito, lo reemplazó Timoteo.

¡Amigo! ése sí que cuidaba bien. No les dejaba descanso a los peones; tan bien que to-

dos los que se habían conchabado con sus tropillas, se fueron retirando, poco a poco. ¿Qué le importaba a Timoteo? Los caballos de la estancia estaban gordos y descansados, y tomó peones sin tropillas. ¡Y péguele a los mancarrones! las recogidas a galope tendido, los repuntes a todo correr, y si alguna hacienda ajena se atrevía a pisar el campo, se le hacía una conducción como ventarrón, hasta lejos, en el campo de su dueño, para enseñarles a los vecinos que, ahí, se cuidaban los intereses.

Pero cuando apretaron las heladas y mermó el pasto, empezaron a aflojar los fletes, y a entrar en el campo, como en su casa, las haciendas ajenas. Timoteo se disgustó, porque no había caballos; el patrón se disgustó, porque Timoteo se los había puesto a la miseria; y entró de capataz Anselmo, gaucho viejo, juicioso y sujeto—por la edad,—cuyo principal empeño fué de cuidar mucho los caballos y... la cocina.

Duró poco; pero capataces, al fin, siempre se encuentran, y Macedonio se ofreció. Lo probaron. Tenía muy buenas cualidades: activo, vigilante, muy de a caballo, muy de campo; lo que sí, se lo pasaba chacoteando con los peones, y éstos, naturalmente, le obedecían mal.

Es peliagudo el papel de capataz. El capataz no es más que un peón a quien da el patrón autoridad sobre los demás peones; de modo que éstos le tienen envidia y no pierden ocasión de hacerlo retar. Si, por orden del patrón, manda el capataz a los peones de recoger la hacienda

ligero, la corren de tal modo que caballos y vacas llegan al rodeo fatigados, y el capataz tiene que oir rezongos. Si la deben traer despacio, a las horas, aparecen en el horizonte, trayendo puntitas al tranco, como si temieran de levantar tierra, y el patrón, impaciente, le pregunta al capataz si sus peones andan a pie. Si es malo, los vecinos lo critican; si es bueno, lo aprovechan. Los peones se le van, si los aprieta, y si no, engordan, muy descansados. Descubrir e inutilizar los armadijos que, sigilosamente, tienden todos por su camino, para hacerlo rodar, no es pequeño trabajo. Cuidar asiduamente, de día y de noche, intereses ajenos, más que si fueran propios; cuidarlos hasta en pequeños detalles que el mismo patrón, muchas veces, ignora; tener la responsabilidad de faltas propias y ajenas, con bien poca esperanza de ver premiados sus esfuerzos; saber hacerse obedecer por sus pares, sin haber sido elegido por ellos y sin tener que acudir al patrón que, pronto, se cansaría de ser molestado; afrentar odios, desvirtuar vivezas de todo género, rechazar provocaciones, sin permitir que lo puedan tachar de cobarde; ser inaccesible a las tentaciones que lo rodean, como a cualquier cristiano, en esta Pampa de Dios: carreras emocionantes y taba fascinadora, vino seco que parece oro cuando reluce en el vaso, o caña que parece fuego, cuando corre en las venas: es mucho pedir a un hombre.

Por esto es que, después de Macedonio, tam-

bién tuvo que renunciar Florentino, demasiado tonto para entender una orden y por consiguiente para hacerla ejecutar, y un santiagueño, cuya manía era rodearse de huéspedes, como si la estancia hubiera sido de él. Pero, como un capataz siempre mete, en estos mundos, algo más bulla que un simple peón, y que lo que quiere el hombre, mientras vive, es meter un poco más bulla que el vecino, y hacer en la superficie, antes de desaparecer, algunas ondas más que el otro, no faltó quien le reemplazara. Hasta que empuñó el arreador del mando don Juan Bautista Larray, hijo de vasco, pero criollo como él solo, y dotado de todas las cualidades requeridas.

¿Quién no comprenderá que un hombre tan perfecto no podía dejar de hacer entender pronto al patrón que casi no se le necesitaba, y que el patrón lo despidió, ni más ni menos que Dios a los ángeles rebeldes?

EL JAGÜEL

—¡ Caramba ! esta vez, no hay más remedio que arreglar el jagüel, y pronto ; y pasado mañana, empezar a tirar agua.

Así rumeaba don Anastasio Soleyro, al ver que todas las lagunas, en su campo, estaban secas y que se amontonaba la hacienda en cualquier charco barroso, para disputarse la poca agua turbia que allí quedaba.

Y a don Anastasio no le causaba ninguna gracia tener que emplear tiempo y dinero en tirar agua. ¡ Tirar agua ! ahí tienen palabras que suenan feo al oído del hacendado ; trabajo fastidioso y gasto sin compensación ; y no hay más que hacerlo, y ligero, para que no se desparrame la hacienda en los campos linderos.

Don Anastasio galopó hasta el jagüel, abandonado desde dos años, por no haberse necesitado, y vió que estaba bastante desmoronado, que los tres álamos que sostenían la roldana estaban todavía de pie, pero completamente podridos, y se fué para la estancia a hacerlo preparar todo.

Mandó avisar al vasco don Martín, para que viniese el día siguiente, sin falta, con el pico, a cavar el jagüel ; hizo voltear tres álamos gruesos, de las hileras que cercaban la quinta ; buscó en el galpón la soga de cuero crudo torcido que especialmente se reservaba para tirar agua ; mandó atar el carro para llevar la represa y las bebederas de madera, que todavía estaban en regular estado, y un tarro de bleque, para pintarlas ; cuatro postes y alambre para hacer un cerco que las protegiese ; palas y demás herramientas. Pero comprobando, con dolor, que la manga, hecha de un cuero de potro, era ya completamente inservible, no vaciló ; hizo traer la manada al corral, enlazó una yegua gorda y vieja, la degolló, y sin desdeñar de poner a un lado los matambres para adobarlos y hacer un asado, reservó la grasa, siempre tan útil para mil cosas ; después, cortó el cuero, redondeándolo, para coserlo alrededor de la gran argolla de fierro, con las mismas lonjas que de él había sacado, de modo que el pescuezo formase como un caño de embudo ; llenando con pasto la manga así improvisada, para que, al secarse, no se fuera a encoger.

El día siguiente, el vasco, con dos peones, y la ayuda de un muchacho que, montado en un petizo, tiraba afuera la manga, limpió el jagüel, enderezó sus paredes, destapó las vertientes y lo ahondó, hasta darle más de un metro de agua.

En los dos años, durante los cuales han esta-

do siempre con agua las lagunas, bien han podido las vacas olvidarse del jagüel ; y asimismo, apenas el muchacho, con su petizo echándose sobre la cincha y haciendo fuerza, empezó a hacer chillar el eje mohoso de la roldana, cuando ya algunos animales viejos pararon la cabeza, mirando por ese lado.

Y al cesar, por un momento, el rechino de la roldana y del molinillo de la represa, cuando sordamente suena, al caer a manojos el agua, que se desploma en catarata, en la represa vacía, se paran más cabezas, como soñando, en su actual penuria, de regueros abundantes y límpidos, vertidos, a hora fija, en aquel mismo lugar.

Vuelve a hacerse oir el chillido de la roldana, y vuelve a caer la catarata, y el agua empieza a correr de la represa a las bebederas, con su cantito suave. Ya se acordaron los animales sedientos ; no necesitan más llamada ; uno por uno, todos, con lentitud, se vienen acercando, siguiendo, paso a paso, la sendita vieja y casi borrada que lleva al jagüel.

El muchacho sigue yendo, viniendo, silencioso, en el petizo que hace fuerza ; y monótono sigue el crujido del eje, seguido, al rato, por el estrepitoso derrame del agua en la represa.

Tímidas, se paran las vacas, como pidiendo permiso, como si dudasen que sea para ellas el agua que ahora sube en las bebederas, clara y limpia. Tanto ruido las asusta ; vacilan ; pero pronto se atreve una, estira el hocico, toca el

agua, se echa atrás, vuelve y ahora bebe a grandes sorbos, sosegada y voluptuosamente, el agua sana, que para ella el hombre ha sabido sacar del seno de la tierra.

Las bebederas y la represa están llenas ; el muchacho se apea y deja resollar el petizo, mirando la hacienda que tranquilamente bebe y, satisfecha, se retira a comer. De cuando en cuando, vuelve a tirar algunas baldeadas y descansa.

Pero, según se conoce, no faltarían clientes si se les dejara hacer. No todos los vecinos han tenido la precaución de don Anastasio, y también conocen la melodía del jagüel, sus animales sedientos. Al trote largo, de otro campo, se viene una manada, con su padrillo al frente, las orejas paradas y relinchando, pidiendo o exigiendo—no se sabe,—su parte del festín. «Pues, señor, no faltaría más», piensa el muchacho, y saltando en el petizo, les pega a los intrusos una corrida jefe.

—¿Qué tal anda el jagüel, Pedro?—le pregunta al peoncito, don Anastasio, cuando viene a almorzar.

—Bien, patrón. Mana lindo — contesta Pedro ;—y toda la hacienda ha tomado agua a gusto.

Don Anastasio Soleyro, con esta noticia, puede dormir tranquilo ; las vacas se sostendrán ; no hay peligro que se le vayan, y por fin, habrá gastado veinte pesos, entre todo.

A su vecino Demetrio, no le salió tan bien :

tenía éste seiscientas vacas, en campo arrendado, y como se le vencía la contrata a los dos meses, no quiso arreglar el jagüel. Trató más bien de vender las vacas; le ofrecieron diez y ocho pesos; le pareció sacrificio y quiso seguir esperando, pero siempre, sin tirar agua; y tan bien esperó que salvó los veinte pesos que le hubiera costado, pero tuvo que aceptar, por las vacas enflaquecidas, diez y seis pesos, y ¡por suerte!

Así lo contó el mismo, ingenuamente, a don Anastasio, mientras éste estaba viendo dar agua a su hacienda; y un hornero, que ya estaba edificando su nido en los palos del jagüel, al oir el cuento, no pudo contener la risa.

CAUDILLOS

—Sírvase, don Florencio—dijo don Narciso, alcanzándole un soberbio mate de plata a su vecino Urtubey, quien, con pretexto de pedir rodeo para apartar unos cuantos animales extraviados, había venido a visitar, en su lujosa estancia, al señor intendente municipal, senador provincial, dispensador, en el partido, de los favores fiscales bajo todas sus formas : indulgencia suma en la avaluación de los impuestos, apertura de tranqueras y compostura de caminos, exenciones del servicio militar, autorización tácita para establecer, bajo la protección de la vista gorda de la policía, casas de recreativa extorsión. De su pasiva benevolencia dependían también ciertas facilidades para escurrir, sin peligro de inoportuna revisión, en una partida de frutos, cueros comprados a precios demasiado bajos para ser de propiedad del vendedor, y su recomendación bastaba para el descuento fácil, en el Banco de la localidad, de firmas algo averiadas, dulce maná, todo esto, que del cielo político cae, sin ruido, rocío be-

néfico y engordador, sobre los que—sin ser nada graciosos, muchas veces,—han sabido caer en gracia.

Don Florencio Urtubey, modesto hacendado, adicto al partido que, en el pueblito, acaudillaba don Narciso, porque sus inquebrantables convicciones políticas siempre lo llevaban hacia el que le parecía de base más sólida, hizo los debidos cumplimientos para aceptar el mate, y contestó, como lo manda la más elemental urbanidad :

—Está en buenas manos.

—Sírvase, sírvase, don...—insistió don Narciso.

Y don Florencio, salvados sus escrúpulos, empezó a chupar la bombilla con una solemnidad verdaderamente lisonjera para el huésped, dejándole ver así en qué precio estimaba el envidiable honor al cual se encontraba llamado.

No tenía, por el momento, ningún favor que pedir, pero sabía que siempre es malo dejarse olvidar, y que más vale ser un yuyo al sol que planta fina en la sombra. Comprendía que la política de aldea, exacerbada por la misma estrechez del cuadro en cuyos rincones se golpea las alas, no admite indiferentes; que inspira desconfianza a todos él que con nadie se mete, y que, de ambas partes, le caerán, con cualquier pretexto.

Y así, durante un tiempo, les sucedió sin cesar a los hermanos Sánchez, estancieros y comerciantes recién establecidos en el partido. Te-

nían por vecino al otro caudillo local, don Pedro Costas, el temible contrario de don Narciso, protector nato de cuanto gaucho malo se le presentase, confesando que necesitaba de quién lo compusiera con la justicia. A todos, los admitía en su estancia, a título de peones ; los mantenía y hasta les pasaba algunos pesos, teniéndolos de haraganes, la mayor parte del tiempo, y ocupándolos o dejándolos ocuparse en expediciones misteriosas, que poblaban el campo de hacienda, y de cueros, los galpones.

A las elecciones iban, como en cuerpo de ejército, dispuestos a pelear y a matar.

¡ El patrón era tan bueno ! ¿ y no debe el hombre débil o pobre obedecer al protector, sin preguntar demasiado al sol con qué derecho le quema los huesos, en verano, por tal de que se los siga calentando, en invierno?

Por supuesto que a los hermanos Sánchez, como linderos de la pandilla, a menudo les faltaban animales. Reclamaron a las autoridades del pueblo ; pero, si Costas era contrario, los Sánchez no votaban, y tuvieron que contentarse con buenas palabras ; y pronto, la manga de los amigos de don Narciso empezó también a caerles, como moscas en carne mal guardada.

Un estanciero les cerró el camino real, el recaudador les avaluó la patente en el doble de la de su competidor ; con o sin motivo, sus pedidos de guías siempre demoraban en las oficinas ; no podían mandar a plaza un vagón de cueros sin que se los revisaran uno por uno,

buscándoles camorra por una oreja comida por los gatos o cualquier otra zoncera, pinchazos de alfiler que si no matan, exasperan.

Don Narciso, personalmente, tenía fama universal de hombre muy bueno, servicial y de honradez acrisolada, verdadera virtud de lujo, ésa, con que le permitía adornarse su gran fortuna. Claro que él no robaba, pero no impedía robar, y entregaba como presa a sus fieles hambrientos, los contrarios mal protegidos y los indiferentes sin resguardo; y aquéllos les buscaban el lado flaco, con ese olfato de fiera cobarde que no yerra para adivinar dónde se puede morder, y dónde no.

¡ Terrible tiranía, la de la aldea ! El tirano poderoso, en sus momentos de peor crueldad, conserva, a veces, rasgos de generosidad; en la inmensa red del más tiránico de los gobiernos, siempre fallan algunas mallas, por donde puede escapar el humilde, siquiera. En la aldea, no; y no hay en ella víctima tan pequeña que no la puedan sacar algo, por astucia o por violencia, los secuaces del caudillo.

*
* *

En las inmensas soledades de la llanura, deslizándose sin ruido entre los fachinales espesos, vagaba el tigre feroz; vencía los toros bravos, y saciaba su sed de sangre, degollando baguales.

La población ha cundido, los fachinales han desaparecido y tan sólo quedan, en los pajonales diminutos, gatos monteses, matadores de perdices miedosas y de gallinas mansas.

También han desaparecido los caudillos sanguinarios y los tiranos de antaño, tigres que mataban y degollaban, y sólo quedan ahora, en los pueblos de la Pampa, como gatos monteses cobardes, entre las pajas, caudillos, encubridores de ladrones y hasta de asesinos: politiqueros de imbécil viveza; hombres excelentes, serviciales y de acrisolada honradez, pero que con sólo dejar que sus amigos embrollen y roben impunemente, por tal de conservarles la poltrona de legislador, donde tan lindo se duerme, acobardan al trabajador, espantan al inmigrante, atajan el progreso, y detienen, por un tiempo, en su marcha adelante, al país entero, peñascos inertes y molestos, caídos en medio del torrente.

MATUFIA

Después del confortable almuerzo, se fué don Narciso a siestear, y se sentaron a la sombra de las preciosas aromas que rodeaban la estancia don Carlos Gutiérrez, hacendado de la vecindad, don Julio Aubert, francés acriollado y mayordomo de una gran estancia vecina, y un vasco, ovejero rico de por allá, que llegado a comprar carneros, a la hora de almorzar, había sido convidado por el dueño de casa.

Por cierto que le hubiera gustado más estar en la cocina con los peones, a churrasquear y a tomar mate, que quedar sentado de sesgo en una silla que parecía tener miedo de aplastar, y sudando mares en el saco dominguero y en las botas nuevas olientes a suela tucumana, con que había creído deber engalanar su maciza persona.

Empezaba la conversación a cabecear lastimosamente, cuando llegó un peón trayendo la correspondencia. Don Carlos se precipitó sobre *La Nación* y antes de echar siquiera una ojeada a las noticias políticas o al precio de la lana,

buscó el último extracto de la lotería. Después de un examen atento que derribó rápidamente el edificio de sus sueños de fortuna, de la grande al segundo premio, del segundo a los premios menores, de éstos a los de consuelo, y por fin a nada, exclamó :

—Nadie me quita que en la lotería hay matufia.

—¿Por qué, don Carlos?—le dijo Aubert.

—Porque van cuarenta y una veces, amigo, que compro el mismo billete y que nunca salió, ¡nunca! ¿oye?

—Casualidad, efectivamente, pero...

—¡Qué casualidad, ni qué casualidad! déjese de casualidades, hombre ; ¡si no es más que matufia!

—¡No! no crea ; asistí una vez a la extracción de la lotería, y parece imposible que pueda haber sospecha, siquiera.

—¡Qué sabe usted, hombre! Usted es extranjero ; si yo le digo que aquí, en nuestro desgraciado país, todo es matufia.

Y exasperándose, en uno de esos arrebatos irreflexivos que de repente dominan a los latinos, y los llevan, lo mismo a alabarse locamente como a rebajarse sin medida, dejó correr el torrente :

—Todo es matufia, amigo ; todo, desde las casas en que vivimos, hechas de ladrillos mal cocidos, juntados con mezcla de donde han matufiado la cal, hasta la política que nos rige ; desde las críticas de la opinión hasta las decla-

raciones del gobernador. Si se hace una ley cualquiera, para indemnizar, supongo, a los damnificados de una inundación, o para agraciar a los pobladores de tierras lejanas, ¡ zas ! al momento, se encuentra que hasta los boteros que se han enriquecido con la crecida han sido víctimas, y que los pobladores de tierras lejanas han sido tantos que no alcanzaría media república para satisfacer a los que solicitan acogerse a la ley. Las elecciones, ya se sabe lo que son, ¡ matufia ! ; las licitaciones, matufia ; la justicia, matufia ; el ejér...

Iba a seguir don Carlos anatematizando la administración de su país, cuando se oyó un crujido repentino, y se levantó el orador, sobresaltado, de su silla hecha pedazos :

—¿ No ve ?—dijo ;—ahí tiene la industria nacional : ¡ matufia ! y parece que, realmente, el único anhelo de los argentinos es de matufiar al Gobierno, el del Gobierno de matufiar a los argentinos, y el de todos, de matufiarse entre sí.

—No exagere—le contestó Aubert ;—no exagere. Parece que ustedes, los argentinos, no tienen mayor gusto o peor enfermedad que la de calumniarse a sí mismos. Mire ; si es cierto que algo queda en las costumbres del país, del atavismo indígena, esencialmente matufiador—eso sí,—su mismo enojo me llena de gozo, a mí, tan amigo de esta tierra como cualquier hijo de ella ; porque el pecador que se rebela contra su pecado está muy cerca de la conversión...

—¡ Bravo ! don Julio. Tiene razón—interrum-

pió don Narciso, al aparecer en el umbral, con el mate en la mano, reposado, fresco como una rosa matutina, y dispuesto por su larga siesta a perdonar al mundo entero las faltas cometidas y las por cometer.—¡ Tiene razón ! y para que más pronto desaparezca ese defecto del carácter nacional, nos debemos empeñar en corregirlo todos los hombres educados.

Don Narciso hubiera de buenas ganas seguido su discurso—pues era bastante solista,—si un ronquido del vasco, muy dormido en su silla, no se lo hubiera cortado.

—¡ Qué don Juan éste ! miren. ¡ Don Juan ! ¿y los carneros?

Don Juan se despertó, balbuceó una excusa.

—Haber mucho madrugado...—y se fueron todos a los galpones.

Linda cabaña, la de don Narciso, con reproductores hermosos, importados unos, otros nacidos en el establecimiento, pero todos de gran valor y admirablemente cuidados. El vasco era conocedor ; le gustaron unos carneros de sangre casi pura, que eran la flor de los productos del año ; y después de haber tratado por el precio, apartó doce animales, marcándolos con tiza en la cabeza, y se volvieron a las casas a concluir el arreglo y tomar un mate.

Mientras tanto, el capataz, obedeciendo a una guiñada de don Narciso, cambiaba ligero tres de los carneros elegidos, por otros tres, de media sangre, pero bastante bien compuestos para que ninguno de afuera los pudiera conocer. Y como

don Narciso se quedaba un poco atrás, vigilando la operación, de rabo de ojo, don Julio Aubert le empujó el codo y le dijo :

—¡ Firme ! don Narciso ; ¡ a corregir la matufia !

—¡ Bah ! qué quiere, amigo ;... y... ustedes, dígame, en Europa... ¿no... ?

—Allá es más peligroso ; la ley... ; sin embargo, también algo se hace, pero... para la exportación...

Al llegar a la casa, se encontraron con una pobre mujer, de las chacras del otro lado del pueblito, y desconocida de todos ellos.

Vieja, enferma, débil, había venido a implorar la protección de don Narciso, a cuya influencia electoral había oído decir que nada se podía negar ; había hecho, en supremo esfuerzo, diez leguas a caballo para traerle sus lamentos de mujer desamparada, sus quejas de vieja pobre e impotente, sus lágrimas de madre desconsolada, y pedirle, no un favor, sino justicia.

Don Narciso la recibió con bondad, la hizo sentar, y le preguntó lo que le pasaba.

—Señor—dijo,—tenía un hijo, solo, que me mantenía con su trabajo ; pues, enferma, como estoy, casi no puedo hacer nada. Tenía diez y nueve años ; por consiguiente, dicen, no le tocaba la conscripción. Pero sucedió que a un hijo de un señor Gutiérrez, a quien no conozco, le tocó la de dos años para la marina, y como el padre—don Carlos dicen que es—es persona co-

nocida, al hijo lo dieron de baja por enfermo, y, para reemplazarlo, me llevaron a mi José.

Y entre sollozos mal contenidos, explicó la vieja que quería que él se lo hiciera devolver, mientras aun era tiempo.

Don Narciso nunca echó, en toda su vida, tanto tiempo para armar y prender un cigarro. Con don Carlos cambiaban unas ojeadas que no eran precisamente de triunfo, y en vez de prometerle nada a la pobre vieja, le dijo:

—Mire, señora, hay que tener paciencia; si al muchacho le tocó, no le podemos hacer nada. A más, debe usted considerar que a esta edad, los jóvenes fácilmente se pierden, y que es un bien para él, eso de pasar dos años al mar.

Y dejando el tono bonachón por el clarín del entusiasmo, agregó:

—Volverá hecho un hombre, señora...

—Pero ya no me encontrará, señor—contestó ella, llorando.

—...¡Orgulloso de haber servido a la patria!

—Sí, sí—murmuró don Carlos Gutiérrez; el patriotismo...

—Debe ser carne bien flaca, señor—le contestó la madre,—cuando siempre los ricos lo dejan para los pobres.

HOSPITALIDAD

Desde las cinco de la mañana que habíamos salido, mi peón Pancho y yo, arreando la tropilla, sólo habíamos descansado tres horas en la siesta, volviendo en seguida a pegarle fuerte y parejo ; no que nos corriese ninguna prisa, sino que, por la edad, ni uno ni otro habíamos aprendido todavía a andar despacio con caballos buenos. Con todo, eran las siete, de noche casi cerrada, y empezábamos a sentir la vehemente necesidad de echar algo al buche ; las ganas de descansar vendrían seguramente después.

—Pero, ¿dónde? ¿cómo?

En estancias grandes, siempre dispuestas a darse aires feudales, ni pensarlo ; y la casa de negocio más cercana quedaba muy lejos. Ir allá quebraba nuestra cortada de campo en línea recta hacia nuestros pagos.

También era más fácil encontrar verdadera hospitalidad en el simple rancho de algún hacendado pobre que en las mismas casas de negocio, que siempre tienen el recelo de ser una presa tentadora para los aventureros, y que por

esto se contentan con edificar a cierta distancia de la casa, y cerco afuera, una ramada sin puerta, donde el viajero nocturno encuentra lo necesario para cebar mate—si es que trae yerba,—y... el suelo, para tender la cama.

Poblaciones, había pocas, en aquel tiempo, por allá, y tan pobres, algunas, que más valía tender el recado entre las pajas que pedir semejante hospitalidad.

Vimos, por fin, en medio de las sombras ya espesas de la noche, una luz que pareció un sol a nuestros estómagos hambrientos; pues no sólo brillaba en un ranchito que tenía que ser cocina, ya que estaba al lado de otro edificio más grande, sino que, a veces luz de candil, también resplandecía, por momentos, como fuego de asar carne.

Nos acercamos, y en medio del bullicio de los perros, pedimos licencia para desensillar, al dueño del puesto, que acababa de encerrar su majada.

Era uno de esos buenos criollos que, con su pequeño haber y su familia numerosa, viven sin pensar demasiado en el día de mañana, porque les parece bastante pensar en el de hoy, y en los cuales la cordialidad ocupa el lugar de la codicia ausente. Nos ofreció la casa y nos convidó a pasar adelante.

Desensillamos, se maneó la yegua, y, arreglada la tropilla, llevamos a la cocina nuestros recados.

Allí nos encontramos con la patrona, que con

dos de sus hijas, estaba preparando la cena, y después de cambiar con ellas los apretones de manos del protocolo campestre, empezamos a saborear el mate amargo que nos alcanzaban las muchachas.

¡ Cosa rica, un cimarrón, después de un buen galope !

Libre ya de sus quehaceres, pronto se juntó con nosotros el dueño del puesto, y quedamos charlando con él hasta que se sirvió la cena, a la cual hicimos el debido honor, siguiendo nuestra conversación sobre los campos de afuera, de donde veníamos y a donde nuestro huésped pensaba ir.

Pero las sobremesas son cortas, en el campo ; los ojos que se han abierto temprano, temprano también se cierran ; los cuerpos que desde la madrugada se han agitado sin cesar, en movimientos violentos de todo género, apenas han tomado su frugal alimento, aspiran al reposo.

Bien lo vió la buena señora y le dijo al marido :

—Bueno, Antonio ; mira : este señor querrá descansar. Déjate de conversaciones y ayúdame a sacar el catre.

—¡ Qué catre, señora, ni qué catre ! Puedo dormir en mi recado. No se tome tanta molestia.

—Ninguna, señor. No somos muy ricos ; ¡ usted dispensar ! ; tenemos pocas comodidades, pero siempre estará usted mejor que en el suelo.

¿ Quién no se hubiera dejado hacer ? Un catre

no es, por cierto, cama de sibarita, pero me tendí voluptuosamente entre las limpias sábanas de algodón, sin tener tiempo de fijarme que eran cortas y que olían a jabón, pues el sueño que me acechaba, apenas hube descansado la cabeza en la almohada, se apoderó de mí. No sé si el catre soñó, esa noche; puede ser, pero yo, no.

Y el día siguiente, al amanecer, volvimos a emprender la marcha, llevando de esa pobre morada el inolvidable y grato recuerdo, lleno de tierno agradecimiento, que siempre guarda el huésped que se va, de lo que, sin más obligación que el impulso de su buen corazón, ha hecho por él el huésped que se queda.

A éste, lo llena de íntimo gozo la satisfacción de haber cumplido con su deber de sociabilidad; a ambos les queda la firme y fundada convicción de que, cualquier día y en cualquier circunstancia que se vuelvan a encontrar, tendrán un amigo con quien contar. Y esto basta para explicar por qué ha sido siempre sagrada la hospitalidad, desde los tiempos más remotos.

Apenas habíamos hecho cinco cuadras, cuando me dijo mi peón:

—Patrón, he dejado la tabaquera en la mesa del comedor; siga no más usted arreando, por favor, que ya vuelvo.

¡Mentira!—me acordé que durante la cena, los ojos negros de la hija mayor de don Antonio habían cambiado tiros con los ojos pardos del amigo Pancho; y pensé que lo que había dejado

allá, no era la tabaquera, sino—colgado de alguna mirada—un jironcito de su incauto corazón.

Cuando volvió, le pregunté si había encontrado lo perdido, y me contestó que no, pero que le habían prometido, si lo encontraban, de guardárselo.

COMPADRES

¡ Dios bendice a las familias numerosas ! Es éste un dicho que, si tiene poco de verdad, por lo menos sirve de excusa a muchos padres imprudentes que se figuran, al parecer, que lo mismo es aumentar su familia como aumentar su majada.

Don Anacleto fingía ser de esa opinión, y cuando completó su docena de hijos, solía decir a los que lo felicitaban, con ciertas restricciones compasivas o burlonas, que todavía no le bastaban y que más pares de brazos le mandara Dios, más trabajo podría hacer.

Añadiremos que don Anacleto era un insigne haragán que, en ningún tiempo, había hecho mucho trabajo, y que los mayores de sus hijos, que recién empezaban a ser hombrecitos, parecían más dispuestos a ayudarle en no hacer nada, que a cuidarle los intereses con mucho empeño.

Asimismo siempre le servían de algo, y si, antes de tenerlos, trabajaba poco, casi podía ahora dejarlos del todo al cuidado de la majada

y mandarse mudar para la esquina, donde le gustaba mucho pasar las horas, en las emociones siempre renovadas de un truco lleno de peripecias.

Lo que no decía don Anacleto es que, para ayudar a Dios a bendecir a su numerosa familia, sabía elegir con un tino especial a los padrinos de sus hijos.

Cada hijo, cada padrino, y cada padrino es un compadre; y todos saben que, en la campaña, un compadre que se respeta y toma a lo serio su misión, es mucho más que un amigo, algo más que un hermano. El compadre, aunque no entre para nada en la paternidad de la criatura que le atribuyen, a la fuerza tiene que compartir algunas de sus cargas.

A don Anacleto, astuto y pobre como era, no se le podían escapar las grandes ventajas que le podía atraer el tener por compadres, gente de mayor fortuna que él, lo que no era muy difícil, por cierto, y lo que supo conseguir a fuerza de hábiles zalamerías.

Tenía un compadre cuyas majadas, muy refinadas, le servían de plantel, para sacar carneros.

—¡No me lo cape! amigo—decía él, en la señalada, ponderando algún cordero que le gustaba y que iban a operar, y la respuesta natural era:

—¿Le gusta, don Anacleto?

—¡Cómo no, compadre!

—Bueno, tómelo para las ovejitas de mi ahijado.

Esto de las ovejitas, no quedaba perdido—sino enterrado hasta que brotase—el día del santo del niño o de su cumpleaños. Y si el compadre no se acordaba, fácil era hacerse entender, con decirle que el pobre carnerito, ahora que era grande, se aburría solo y que sería bueno casarlo.

Otro tenía muy buenas yeguas ¿y cómo, entonces, hubiera faltado a su ahijado un buen padrillito y un potrillo o una potranca?

Al vasco tambero, padrino de la hija mayor, siempre se le podía pedir algo; pues, era muy bueno, el hombre, muy servicial, loco con la chica, y siempre dispuesto a prestar, a dar, a ofrecer lo que le iban a pedir. No faltaba leche en casa de don Anacleto.

A otro, éste le hacía cortar la alfalfita, porque tenía máquina y que no se la quería pedir prestada, pues no la sabía manejar, y se la hubiera podido romper. Y éste le mandaba a sus hijos, para entrar el pasto o ayudarle a esquilar; aquél siempre tenía el colgadero lleno de carne —¡qué casualidad!—justamente cuando, por uno u otro motivo, don Anacleto no había podido carnear.

No le faltaba un compadre a don Anacleto en el juzgado, que siempre le podía servir mucho, en algún apuro, para evitar de ser llevado en caso de revolución, o que le arreasen los caballos, o cualquier otra cosa.

Hasta tenía don Anacleto un compadre muy aficionado al trago, en busca de quien iba, los días de farra, y sin el cual no había fiesta posible ; pues era hombre liberal y bastante bien de fortuna, que poco miraba los pesos, una vez tomado, y que no hubiera permitido jamás que su compadre Anacleto pagase un peso, estando él.

A otro, pulpero rico, lo tenía de banquero ; y era cosa de ver las cartas que le dirigía don Anacleto, tratándolo cariñosamente de : «Mi querido compadre», cuando le escribía para pedirle plata prestada, y contestando por un : «Muy señor mío», seco como un pampero, a los discretísimos reclamos del compadre, cuando este solicitaba alguna devolución a cuenta.

Y vivía muy bien, así, nuestro hombre, feliz y satisfecho, cantando las glorias de Dios que bendice a las familias numerosas. Pero le sucedió al pobre, que uno de sus hijos murió, criatura de ocho meses. Lo lloró junto con el correspondiente compadre, tratando de hacerle bien comprender a éste, que, aunque se hubiera ido el ahijado, no soltaba él al padrino.

Pero dió con una de estas naturalezas difícilmente pechables, que no sirven para nada : y como de las grandes afecciones nacen los grandes odios, le crió al ingrato una rabia incurable, persiguiéndolo con su desprecio en todas partes, hablando de él a todos sus demás compadres, como de un hombre sin moralidad, inca-

paz de comprender lo sublime del compadrazgo, indigno de ser nunca elegido para padrino de un niño de familia decente.

Y estos anatemas hacían temblar a los compadres fieles, manteniéndolos firmes en la senda del deber.

LA SEÑALADA

Hoy es fiesta en lo de don Juan Bautista Etchautegui. Diez de mayo, luna menguante, tiempo otoñal precioso, una mañana fresca, sin viento; un sol que calienta sin quemar, y, tendida por todo el campo, una alfombra de terciopelo verde, nuevita, flamante. Un día como mandado hacer.

En la cocina se agitan doña Mariana y sus hijas, preparando con huevos y harina, carne picada y pasas de uva, canela, clavos de olor, sal, pimienta y azúcar, unos pasteles que seguramente dejarán recuerdo a los convidados, sin contar otros manjares criollos, para acompañar el cordero gordo al asador, con cuyo sacrificio se festejará la inscripción de sus hermanos en el registro civil de la hacienda lanar.

Están de «señalada». Don Pedro, un cordobés que de todo entiende y sin cuyo consejo no hace nada el Vasco, vino a ver ayer la majada; declaró que estos corderos ya eran gente y que, siendo el tiempo lo más favorable, había que aprovechar para la operación el menguante de

la luna ; y bien pronto supieron los vecinos que en esta casa hospitalaria habría pasteles, cordero y vino para todos los conocidos que se presentasen a ayudar en el trabajo.

Del corral grande han encerrado en el trascorral la majada, por puntas, y de cada punta han sacado y apartado en chiquero especial, de listones bien juntos, para evitar que se escapen, todos los corderos, grandecitos ya, los más, de pocos días, algunos ; y las madres, inquietas, vuelven del campo de a una, de a dos, de a puntas, balando, llamando entre los listones a los hijos que se lamentan en tono agudo, y se van otra vez hasta la majada, buscando siempre y cambiando con las compañeras llantos amargos.

Ocho a diez vecinos han aprovechado la ocasión para venir a revisar la majada y apartar las ovejas de su propiedad que bien pudieran estar en ella ; pues siempre sucede que uno que otro animal se corta, sin saber cómo, muchas veces, y se mixtura con la majada del vecino ; y como el campo que ocupan Juan Bautista y sus vecinos es todavía campo abierto, sin alambrados, las mixturas parciales o generales son frecuentes. Entre las ovejas de dos horquetas y muesca de adelante en la izquierda, señal de don Juan Bautista, pasan en los chiqueros muchas otras de punta de lanza, de martillo, rajada, patria, de agujero, de zarcillo y otras señales, en todas sus combinaciones : y se cruzan, corriendo, de un lado para otro, bajo el ojo ex-

perto de sus amos, que, con mano ágil y fuerte, las cazan de una pata y las llevan caminando en las otras tres, hasta la puertita, del brete, donde las encierran.

A pesar de permitirlo el Código Rural de 1865 —monumento venerable de civilización primitiva, que hoy todavía rige, aunque en estado avanzado de impotente senectud,—nuestros hombres ya no usan sino las señales en las orejas, y han dejado por completo aquellas bárbaras de botón en la nariz, en la quijada o en la frente, que afeaban tanto al animal, después de haberlo hecho sufrir mucho.

*

* *

Los vecinos han acabado de apartar sus ovejas : empieza la señalada. Con el cuchillo en la mano, agachados, don Juan Bautista, su hijo mayor, buen mozo de 18 años, y don Pedro, solos, para evitar errores... involuntarios, apretando ligeramente en el suelo con un pie al pequeño animal que, del chiquero, les han alcanzado, echan la señal en las orejas con mano delicada, y buscando la coyuntura, cortan la cola, casi en la raíz, para las hembras ; sacando sólo la puntita de ella a los corderos que hacen capones.

Tres tajos, una vuelta ; otro tajo, un balido ahogado, un chorrito colorado, y se van los pobres, desfilando hacia la majada, uno tras otro,

con un quejido de melancolía o de terror, ensangrentados, lastimosos, tristes, avergonzados, menos unos pocos que, al contrario, disparan como si los corriese Mandinga. Las colitas se van amontonando, y cuando se vació el chiquero, se cruzan las apuestas sobre el número probable de corderos señalados.

—¡ Vamos a ver, muchachos ! voy a setecientos cincuenta.

—¡ Ochocientos !—grita otro.

—¡ Setecientos !—amengua un tercero.

—¡ Seis litros de vino seco !

—¡ Pago ! el que quedó más lejos, pierde.

Y poniendo, en montoncitos de a diez, las colas casi enteras de las hembras a un lado, y los rabitos de los machos a otro, pronto cuenta don Juan Baustista y proclama : cuatrocientos siete capones y cuatrocientas diez y ocho hembras ; el total vino después, un poco más trabajoso : ochocientos veinticinco señalados.

—Paga el de los setecientos. ¡ Linda señalada, amigo, en mil quinientas ovejas !

*
* *

Aumentó la majada ; los corderos señalados son de cuenta, y la esperanza parece realidad. Esta sonrisa de la Fortuna llena de gozo el alma del pastor, y se va risueño ; calculando lo que le darán de lana, en la esquila próxima, estos corderos hechos ya borregos ; y que al año, qui-

zá, muchas de las hembras parirán y que podrá formar, en otro año, una linda tropita de capones.

Para mejorar la lana y agrandar el tipo, comprará carneros puros. ¿Rambouillet o Lincoln? vacila: la lana fina es muy buscada, pero la carne se vende muy bien para la exportación; y antes que en su espíritu esté resuelto el problema, pasan, en visión rápida, el invierno con sus heladas; la primavera con sus lluvias; el campo pelado por la sequía, o tapado por la crecida; la sarna que carcome la lana; el hambre que come la gordura; los soles del verano que queman el pasto; los temporales en plena esquila, que dejan el tendal de ovejas peladas; la manquera que aniquila y la lombriz que mata.

¡Bah! ¡Atrás, pesadillas, y viva la ilusión! Y contentos, todos, alegres, narigueando ya con apetito campestre el perfume de la grasa derretida y de los pasteles calientes, se dirigen hacia la cocina, donde doña Mariana y sus hijas se siguen agitando.

CABALLO CRIOLLO

En tropel llegan al corral los caballos de servicio, arreados a galope por un muchacho ; con un silbido prolongado en una sola nota, los sujeta en su furia, para que entren más despacio, y no se lleven el corral por delante. Asimismo, y quieren todos entrar juntos, y crujen los postes y los alambres, y algo también las costillas, al pasar por la puerta.

Coces, mordiscones, patadas, manotones llueven, y al verlo así por la primera vez, podría creer cualquiera que el caballo criollo es un animal feroz ; pero toda su maldad—que es poca—la reserva para sus compañeros.

Entró en el corral un hombre, con un bozal en la mano, y toda la caballada, como aterrorizada, se da vuelta, se amontona, atropellando, en un rincón, con mucho bullicio y mucha tierra levantada, pero sin que ningún caballo se permita tener la más remota idea de alzar el pie contra el amo.

El hombre sigue penetrando con la mayor cal-

ma en el agitado montón de los animales, eligiendo con el ojo al que piensa ensillar.

¿Tomará ese picaso, o el pangaré que está a su lado? Malacaras y lobunos, tordillos, zainos, pampas y rosillos, moros, zebrunos y bayos, rabicanos, colorados, alazanes y overos, se cruzan y se remueven. Parece que el Creador, cuando permitió que el caballo se multiplicase en la Pampa, no se dignó emplear para pintarlo, más que algunos colores pasados de moda y mixturados al azar, raspaduras de su paleta.

Y las formas : también hay de todo ; desde el petizo, compañero fiel y manso juguete de los muchachos de la casa, hasta el caballo esbelto y elegante que todavía hace pensar en sus remotos antepasados andaluces.

A uno de los mejores, despacito, tieso, se acercó el gaucho, a pasitos cortos, arrastrados casi, sin levantar el pie para adelantar, con una mano atrás, y en ella el bozal escondido, mirando fijamente al animal con ojo fascinador.

Y el caballo bien parece conocer en esa mirada que a él lo buscan, pues trata de esconderse detrás de los compañeros. Estos se van apartando, uno por uno, y disparan, y también quiere disparar él ; pero, por donde que enderece, siempre se encuentra con el gaucho por delante, y con su ojo fijo, clavado en el suyo ; da vuelta para correr al otro lado, y otra vez están frente a frente ; es un duelo sin armas, un debate mudo.

El animal ya quedó cortado del todo ; el úl-

timo de sus compañeros pasó al otro lado del corral, y quedan solos en el rincón, los dos contrarios, el hombre y el caballo. Este todavía se quiere mover; busca por donde escapar, pero un movimiento rápido del gaucho lo sujeta; un gesto lento, un silbidito, una mirada lo paralizan, hasta que por fin queda inmóvil y permite que la mano del hombre, levantada despacito, se ponga suavemente en su pescuezo, mientras que la otra pasa por debajo y le coloca el bozal en la cabeza.

Esto es *parar a mano*, cosa de caballo civilizado y bien enseñado, que ya no precisa que cada día lo enlacen y lo mortifiquen para agarrarlo. Su educación será completa cuando *sepa comer maíz*.

Elegante era en sus movimientos rápidos, cuando quería escaparse; ahora está atado en el palenque, esperando la voluntad del amo, y, cabizbajo, medio dormido, el ojo apagado, una pata doblada, descansando el pie en la punta de la uña, parece merecer, como ninguno, el título de *mancarrón*.

Sabe quedar así, resignado, horas interminables, frente a la pulpería, donde su amo se entrega a su pasión favorita de llenarse de caña, sin pensar en él, más que para asomarse de tarde en tarde a la puerta y cerciorarse de que siempre están ahí sus pies... los buenos, pues los en que está parado empiezan a divagar.

Sin comer, sin tomar agua, sin hacer más movimiento que el de cambiar, de vez en cuando,

la pata en que descansa, enfrenado, ensillado con el pesado recado, bajo los rayos ardientes del sol, las ráfagas de viento y de tierra o los torrentes de lluvia, ahí queda, sufrido, paciente, triste.

Y cuando, bamboleando, salga por fin el bruto que tiene en su poder al pobre animal, éste, dócil y sin rencor, lo llevará despacio, con precaución y sin tropezar, hasta el palenque del rancho, donde puede ser que todavía tenga que esperar otras horas más, antes que lo desensillen y le den las gracias con un lazazo en el lomo, autorizándolo a que busque por allá con qué no morirse de hambre y de sed.

Pero el *mancarrón* así tratado se volverá pingo guapo, capaz de hacer veinte leguas en el día, por tal que lo cuiden un poco; será el valiente corcel, que en los trabajos de corral y de rodeo, elegante, ardiente, rápido, fuerte, audaz, capaz de voltear con el pecho un toro pesado, de sujetar enlazado al animal más fuerte, lucirá de veras todas las admirables calidades de su raza.

Tampoco teme las balas, y como todos los caballos descendientes del árabe, es un gran caballo de guerra.

¡ Pobre caballo criollo ! tan feo a veces, y tan bueno ! Antes que vayas desapareciendo, lo que será pronto, perdido, disfrazado, ahogado en mil cruzas y mestizaciones con razas que quizá no te den tantas calidades como las que te quiten, te he querido dedicar cuatro renglones,

en recuerdo de los goces que me diste, y en testimonio de mi admiración.

De los que hubieran debido hacerlo, ninguno ha querido tomarse el trabajo de devolverte las elegantes formas de tu raza, que generaciones de amos ingratos te han dejado perder. Ponderan tu resistencia, tu guapeza, lo sufrido que eres, tu valor y tu docilidad, las virtudes, en una palabra, que no ha podido quitarte su desidia secular, pero no han hecho nada para ayudarte a conservarlas incólumes.

Creyendo reparar sus faltas hacia ti, te han cruzado con ingleses agalgados que te han quitado tu fuerza, sin darte su ligereza; con alemanes enormes que te han vuelto lerdo; con percherones opíparamente mantenidos que, de sufrido y sobrio, te han hecho delicado para el comer, goloso y exigente; sin que ninguno hasta hoy, te haya hecho más bonito: y pronto sólo quedará de ti el recuerdo de que, si bien de poca alzada, por lo menos eras de gran corazón.

IDILIOS AGRESTES

La esquila estaba en su auge. Las guirnaldas verde claro, cada día más espesas, de los sauces llenos ya de revoloteos y de gorjeos impacientes, acariciaban, al menor soplo de la brisa, los techos de paja, mientras las hileras tupidas de los álamos iban cerrando su discreta cortina verde-obscuro sobre los suaves misterios de la naturaleza enamorada.

Los insectos, entre el pasto, los pájaros en el monte, las mariposas en el prado, lo mismo que los bichos silvestres en el campo y los animales domésticos en sus rodeos, se buscaban, se amaban, y peleaban entre sí para obedecer a la ley bestial y divina de la reproducción.

¿Y por qué, entonces, no hubieran sentido moverse en sus venas, más activa, su sangre juvenil, todos estos muchachos, ocupados todo el día en hacer correr la tijera en el lomo de las ovejas? ¿Qué había de extraño que en el tendal, donde trabajaban, mixturados, hombres y

mujeres, corriese, de vez en cuando, una mirada rápida, una guiñada de ardiente deseo, seductora en su brutalidad? ¿Y los ojos, grandes y negros como la noche, porque no hubieran contestado, perversos, unos, humildes, otros, y agradecidos; o con estas miradas de simulada indignación, severas, imponentes, que disfrazan la picaresca sonrisa pronta a asomar y a comprometerlo todo?

Las viejas no dejan de vigilar a las muchachas, para tratar de impedir lo que ellas mismas, ¡ay! no han sabido siempre evitar. Rezongan, como si no se acordasen el tiempo en que cualquier guitarra les hacía cosquillas, y como ya poco las sacan a bailar, quieren hacerles creer a las chicas que todavía no les ha tocado el turno:

—Pero si con dos plumas vuelan, hoy, comadre; ¡si es un escándalo!—decía, entre dos tijeretazos, misia Crispina a doña Carmen; y ésta, en vez de contestar, tuvo justamente que enderezarse, para pegarle un sopapo a Damiancito, hijo de la misma doña Crispina, diciéndole:

—Pero, no te pasés, mocoso; que sos muy ternerito.

El ruido de las tijeras asorda las palabras atrevidas y las respuestas, irritadas o benévolas. Alrededor de la piedra de afilar, es donde se podrán soltar las declaraciones osadas y esperar, refregando las hojas de acero en la piedra mojada, el asentimiento deseado a la cita nocturna.

*
* *

Escolástica no ha sabido resistir a los avances de este loco de Cirilo y le prometió, imprudente, de estar bajo los sauces, a mano derecha del galpón, a las nueve y media de la noche. Cirilo, como dispuesto a dormir, después de la cena, tendió el recado en un lugar apartado, para quedar libre de curiosidades peligrosas, y a la hora indicada, a tientas, andaban ambos buscándose en las tinieblas, con los brazos extendidos y las manos abiertas, hasta que se juntaron y empezaron a conversar.

—No lo vaya a saber mamá, ni nadie—dijo Escolástica, casi arrepentida ya de haber venido.

—¿Quién va a saber nada?—contestó Cirilo; —y a más: ¿qué mal hacemos? Conversamos un rato, y, ¡a dormir!

Y así hubo de ser, seguramente; y nadie hubiera sabido nada, tampoco, si algún fauno errante que, por casualidad, arrastraba por allá, entre los árboles, el chiripá, no hubiera contado a sus compañeros lo que en la obscuridad, decía que había visto. Mentiras, por cierto; pero estos esquiladores son muy pillos, y, por la mañana, temprano, se juntaron unos diez o doce, bajo los sauces, y alrededor de una mata de paja

muy pisoteada y quebrajeada, estaban todos— ¡ las risas !—escarbando la tierra con el pie, imitando los bufidos de los vacunos enojados o llorones, cuando se juntan en el sitio donde se carneó una compañera.

—¡ Si serán zonzos !—dijo, entre enojado y complacido, Cirilo a Escolástica, toda ruborizada y más dispuesta ella a llorar que a reirse...

—No llorés, Escolástica, que a otras les pasa peor.

*

* *

—Mirá, Natalia ; ¡ pisá derecho, pisá derecho ! ese mozo no me gusta—decía a su hija mayor doña Pepa ; y rascando con la bombilla el fondo del mate, como muy atenta a lo que estaba haciendo, sin mirar a la muchacha, agregaba :

—Es lindo hombre, no digo nada, y bien parecido, pero no por eso te dejes engañar. No se ocupa más que en jugar, no tiene nada propio ; vive, como vago que es, en cualquier parte, de agregado ; sin contar que dicen que debe una muerte en el Tandil.

No me gusta ese mozo, y si viene cuando no estoy, échamelo afuera.

Pero Natalia, toda empapada en indulgencia para el mozo en cuestión, cuando se apeaba en el palenque sin decir siquiera : «Ave María», no

hubiera tenido valor para ordenarle que se mandara mudar.

Un día, se encontró sola en el rancho—los hermanitos estaban en el campo y la madre quién sabe dónde.—No pudo más que dejarlo entrar y sentarse, y le empezó a cebar mate.

—Vamos a ver, Natalia—dijo de repente el gaucho ;—he espiado este momento en que estás sola para decirte, por última vez, que te quiero llevar conmigo.

—¡ Oh ! ¡ no sea loco !—le dijo la china, gallarda moza de 18 años, con unos ojos, unos dientes y un pelo que bastaban, a pesar de sus facciones algo toscas y de su tez muy morena, para hacer de ella uno de estos lindos tipos de criolla que, con una sola generación criada en la ciudad, engalanan a sus hijas con esa hermosura perfecta de la mujer argentina.

—Ya sabe que no soy de ésas.

—Si no es a las buenas, será a las malas ; pero me lo juré.

—Aunque se lo hàya jurado.

Y la muchacha, desengañada ya, pero resuelta, pasó por detrás de una mesa para guarecerse. Los dos hermanos estaban repuntando la majada ; y, sola su alma, temblaba, con razón, pobre palomita, en las garras del halcón.

El gaucho se levantó y se dirigió hacia ella. Hombre alto y delgado, de porte elegante, decentemente vestido a la criolla, de facciones que hubieran sido lindas, si los ojos pequeños no hubieran revelado la salvaje perversidad del alma

y la pasión sin freno, la persiguió alrededor de la mesa, hasta que salió ella, corriendo afuera y gritando. La seguía de cerca : pronto la alcanzó, cuando llegó a la zanja, y cazándola de la opulenta trenza, la volteó brutalmente.

Pero los niños llegaban, enancados ambos en su petizo, y ya que no podía saciar su pasión, sacó el cuchillo y cortándole la trenza, dejó a la niña tirada en el suelo, desmayada, y se fué a desatar con toda tranquilidad el caballo, diciendo :

—Siquiera me llevo lindo recuerdo.

Menos cruel fué que aquel chino, que en vez de la trenza, le cortó, por celos—en una reunión, y antes que nadie se hubiera podido interponer,—al desgraciado objeto de su pasión salvaje, una oreja.

No son todos así, y no por haber abandonado el hogar paterno, enancada con un bizarro criollo que una noche la vino a llevar, deja de ser feliz una que otra buena moza a quien le toca la suerte de llegar, después de tener muchos hijos, a ser «la mujer por la iglesia», del atrevido galán.

EL PONCHO

Atado en el palenque, durante horas, el mancarrón pampeano, triste, resignado, descansando en tres patas y con la vista apagada, parece incapaz de andar a otro paso que con un tranco lerdo, tropezador y tardío. Colgado de los hombros encorvados del gaucho ebrio, arrimado al mostrador, donde busca, con los ojos adormecidos y la mano vacilante, la copa empezada, cae el poncho, sin gracia, inelegante harapo, indumentaria simple de poblaciones primitivas, cuya industria todavía se reduce a tejer toscamente la lana grosera de sus ovejas sin refinar, en forma de cuadros que, sin abertura, son cobijas, y, rajados en el medio, son ropa de llevar.

Y tan bien cae el poncho que por él quedan tapadas las manos, inhabilitadas para cualquier trabajo, para el manejo de toda herramienta que no sea el rebenque. La pala no lo puede ver, el pico lo rechaza, ni lo admite el mismo cuchillo—su compañero inseparable—más que por

un rato, el tiempo de degollar la res, exigiendo su remoción para la tarea de desollarla.

Largo, amplio, grueso, para estar a pie, no sirve y queda feo; demasiado corto, apenas abriga las espaldas y los brazos; estorba y carece de garbo.

Pero, lo mismo que el mancarrón adormecido del palenque, se transforma—enfrenado y montado—en corcel brioso, cualquier poncho, corto o largo, grueso o fino, colocado en las espaldas erguidas del gaucho a caballo, se vuelve, flotando al viento, ropaje escultural. Y se comprende, al ver correr por la Pampa, aun ocupado en los más pacíficos trabajos del pastor, un humilde gaucho emponchado, lo imponente que podía ser, en ciertos momentos de la historia del Plata, lo que llamaban, lo que todavía tienen desgraciadamente, a veces, ocasión de llamar una «alzada de ponchos».

Alzar el poncho: irse, llevando la prenda indispensable; dejar el hogar para correr aventuras, de prisa, al grito del caudillo prestigioso, a quien ciegamente se sigue, hasta la muerte, sin saber exactamente a qué responde la palabra que sirve de título al partido levantado en armas: unitario o federal, blanco o colorado. Alzar el poncho: sacudir, con el brazo levantado, en galope furioso, la manta que asusta y arrea en tropel a la hacienda despavorida o al enemigo desbandado, como si el poncho, entonces, fuera arma.

También es escudo: arrollado en el brazo izquierdo, protege el pecho y la cara, y, a su reparo, prepara la mano derecha el repentino y temible ataque del cuchillo. Desafía las uñas del tigre o el facón del contrario y, más de una vez, ha salvado la vida a su poseedor.

Mejor es tenerlo así, para pelear, que llevarlo puesto, pues entorpece los movimientos, siendo expuesto, si es algo largo, a que uno mismo *se pise el poncho*. Y esto de *pisarse el poncho*, a cualquiera le puede suceder, en cualquier asunto; pero lo que el gaucho valiente nunca permite es que otro le pise el poncho.

Hay ponchos muy diversos y si por el poncho no se puede siempre saber a quién abriga, por lo menos establece presunción: poncho puyo, de las provincias arribeñas, más o menos espeso, pesado y caliente, según su precio; con sus listas grises o de color, verdes y coloradas a menudo y gritonas, en fondo color vicuña; el pampa, tejido por las indias de la llanura, de fondo negro o azul obscuro, con anchas tiras de puras cruces blancas, el preferido, en otros tiempos—cuando había toldos y que había fronteras,—de la gente vascongada, popular entonces, hoy, desaparecido ya por completo; el de paño, amplio, con cuello alto y abotonado, negro también o azul obscuro, forrado de bayeta peluda, castaña o colorada, confortable y caro, usado por los hacendados holgados que trabajan y viajan por el campo, objeto de la ambición de

todo gaucho ; el legítimo de vicuña, liviano y fuerte, de tejido finísimo, con largos flequillos, obra de las diestras manos de las indias de la cordillera, prenda obligada del estanciero rico que viaja poco a caballo y nunca duerme a campo y del oficial elegante, para quien más es objeto de lujo que de verdadero abrigo ; y, por fin, el inglés, importado a millares, de algodón o de lana, imitación práctica y relativamente barata del poncho original de fabricación criolla, del puyo y del pampa, y del de vicuña. Pero de cualquier complexión o de cualquier laya y de cualquier origen que sea, el poncho, como el gaucho, su amo, tiene que ser sufrido : tiene que recibir, callado, y guardar para sí, sin dejarse traspasar por ellos, los aguaceros y las heladas.

En tiempo sereno, y hasta en días de calor, lo mismo que en invierno o en días de temporal, acompaña a su dueño. Pero como es fácil doblarlo, el jinete puede hacer de él una matra o un cojinillo, y para blandura es bueno, durante los galopes largos ; de abrigo le servirá, si sopla el viento o cae la lluvia, y de frazada, en la cama improvisada entre las pajas, o de adorno, terciado en el brazo o en la espalda, para afrontar, altivo, a pie o a caballo, al entrar en el pueblito, las miradas de las buenas mozas.

Pocos años quizás ha de seguir hinchando todavía sus pliegues armoniosos el viento pampero ; emblema de tiempos pasados y que no volverán, de holgura y de libertad, de largas e

inútiles correrías, de ociosidad y de abundancia sin labor, lo va reemplazando ya el sayo con mangas del labrador que de las manos necesita para su trabajo.

Paulatinamente lo irá llevando, cada día más lejos, el gaucho empedernido, arrollado por el arado conquistador y civilizador, hasta que llegue y desaparezca, allá *donde el diablo lo perdió*.

LOS CUEROS AL SOL

Don Ignacio había amanecido con muchas ganas de farrear, ese día. Pero farrear solo no era muy de su gusto; y como no estaba seguro de encontrar en la pulpería a quien consintiese en acompañarlo, se apeó, de pasada, en el palenque de su compadre Anacleto para convidarle.

Don Anacleto, por casualidad, no estaba en muy buena disposición para aceptar. No que no le gustara, por supuesto, aprovechar la oportunidad de divertirse un rato de arriba, pero estaba muy atareado, en ese momento, ocupado en cortar un cuero vacuno; y era operación, ésta, que poco le agradaba dejar cuando la había empezado, primero porque se podía encoger el cuero, resecarse y hacerse mucho más difícil de cortar parejo; y, después, porque cuando don Anacleto sacrificaba un cuero para huascas, era en general, que... por error, había carneado algún animal ajeno, y por eso, naturalmente, quedaba más conforme una vez desaparecida del todo la marca.

Justamente, ese día, así le había pasado. En su rodeíto andaba un novillo de don Máximo, un gran estanciero vecino, y—por casualidad—lo había enlazado y degollado... sin fijarse en la marca. ¡Toda una chambonada! Cuando la vió, era tarde, y no había remedio; es decir, no había más remedio que desollar ligero el animal, y cortar el cuero apenas oreado.

Don Ignacio, viendo lo que estaba haciendo Anacleto, se hizo el que piensa en otra cosa; se contentó con mirar de rabo de ojo el cuero para cerciorarse de que no había sido él mismo la víctima del... error de su compadre, y viendo que era otro, felicitó a don Anacleto.

—Ha carneado gordo, compadre.

—Sí, compadre, sí; salió regularcito el novillo; es que yo necesitaba huascas y la patrona grasa.

Y siguió dando la vuelta al cuero, redondeándolo y haciendo de él con el cuchillo cortador, que de vez en cuando afilaba con la chaira, un solo e interminable maneador ancho.

—¿No necesita algunas maneas, compadre? —preguntó don Anacleto, siempre comedido, sobre todo con quien le podía devolver un buey por una huasca.

—Hombre, no me vendrían mal—contestó don Ignacio.

—Bueno, entonces, esta tarde, al pasar por acá, le daré cuero.

No está de más, pensaba con razón don Anacleto, tener siempre cómplices entre la gente de

bien, pues puede llegar a ser una gran ayuda en ciertas ocasiones ; y difícilmente se habría encontrado en la policía del partido, no decimos un vigilante, un milico, sino un oficial que no hubiese aceptado alguna vez de don Anacleto algún bozal, algún cabestro, o siquiera un cinchón.

Una vez guardado y bien escondido en el rincón más obscuro del rancho—«para que no se le fuera a resecar», dijo don Anacleto—el cuero cortado hecho un ovillo, consintió éste en ir a la esquina con su compadre.

Allá, según su costumbre de los días de gran farra, don Ignacio pidió las bolas del billar, los palitos y un bíter con goma ; Anacleto se hizo servir un vaso de vino seco y empezó la partida. Eran poco más o menos las nueve de la mañana ; y hasta las doce, jugaron partida tras partida, ganando sólo de vez en cuando y nada más que para conservarle al juego su sabor, el amigo Anacleto, hombre prudente que bien sabía que al que paga, siquiera hay que dejarle la gloria ; y don Ignacio, en esas fiestas, que a sí mismo se ofrecía, jamás hubiese permitido que pagase otro que él.

Después de cada partida, se consideraban ambos, como es natural, con la obligación de volver a pedir, don Ignacio un bíter con goma, don Anacleto un vaso de vino seco ; de modo que a las doce, después de tanto ejercicio y de tanto aperitivo, tenían ambos algunas ganas de almorzar.

El pulpero, que tenía para don Ignacio toda la consideración que se debe a un fiel cliente de muchos años, gastador liberal y buen pagador, los convidó a almorzar con la familia. Estaban algo «alegres», pero es preciso perdonar sus imperfecciones a la humanidad pudiente; y esto de ver a borrachos y de tratar con ellos tan era cosa de todos los días para la mujer del pulpero, sus hijos y sus hijas, que ni siquiera repararon en ello.

Don Ignacio quería a toda fuerza seguir tomando bíter con el puchero, persuadido, decía, que no había cosa peor que cambiar de bebida. Nadie se hubiese atrevido a tratar de hacerle comprender lo malo que era echarse al buche semejante cantidad de veneno, pero siquiera pudieron inducirle a tomar más bien vino, comiendo; y como don Anacleto había tomado vino seco toda la mañana, don Ignacio se dejó convencer y tomó también vino seco, pensando que, con tomar lo mismo que su compadre, disminuía en algò el temible peligro del cambio de bebida.

Comieron bastante bien; se chuparon bastante vino seco, y después del almuerzo, volvieron al billar. Don Anacleto estaba harto de billar y mucho hubiese preferido echar una siesta; pero don Ignacio, una vez el taco en la mano, se volvía incansable, y ya que pagaba, le gustaban poco los remolones. Anacleto jugaba, pero ya sin ganas, malhumorado y, a medida que iba adelantándose la tarde, más avi-

nagrado se le volvía el vino seco. Don Ignacio, él, seguía jugando y tomando también vino seco, siempre, para no cambiar, muy formal, muy tieso, cada vez más tieso y más formal, pero se le cerraban los ojos y, a menudo, el taco pegaba en cualquier parte menos en la bola ; volteaba con él los palitos, jugaba con el mingo, empujaba con la mano la bola de don Anacleto, y a éste se le iba subiendo la mostaza ; no que le interesara el juego, pero porque ya estaba cansado, aburrido, mamado, incapaz de dominarse.

Una jugada más desgraciada de don Ignacio hizo saltar el resorte que ya estaba al pelo, y empezó don Anacleto a soltar, unas tras otra, algunas chocarrerías de su inagotable repertorio, despertándose don Ignacio de su semisomnolencia para contestar enfadado.

—Para jugar así, mejor no jugar—dijo Anacleto.

—Lo mismo le he de ganar—contestó don Ignacio.

—Claro ; volteando los palos con el taco.

—Miente, que ha sido con la bola.

—Con el taco.

—Con la bola.

—Bueno ; siga no más ; que no todos podemos ser delicados.

—¡ Tanto que lo es usted !

—¿ Algo le habré robado?

—Seguro que no me lo va a contar.

—Lo mismo que usted no avisa a los dueños cuando está por contraseñalar ovejas.

—¿Y usted? ¿los convida para ayudarle a carnear?

—¡A qué les voy a dar ese trabajo! Pero puede cualquiera, y cuando guste, revisar los cueros que tengo en el galpón.

—Pero no los que tiene debajo del colchón.

—Me gusta tener huascas y no criar... ajenos.

—¿Será alguna alusión?

—¡Vaya uno a saber!

—De lo que uno no sabe, lo mejor es callarse.

—Para que se calle la gente, no hay que darle de hablar.

—Lo mismo que usted, habla la gente porque tiene lengua.

—Y ojos.

—Es que nada tengo tapado, yo.

—Quizá mejor haría en tapar ciertas cosas.

—¿Y qué cosas voy a tapar, yo, compadre?

—Por lo menos, tener cerrada la puerta del pesebre donde cría las guachas.

La conversación había seguido subiendo poco a poco de tono, y ya parecía estar a punto de volverse disputa. Rápido, se había desenvuelto el diálogo, en medio de nerviosas jugadas de billar, del golpeo seco de las bolas, y del ruido chirriador de los palitos volteados con rabia; pero, la última frase de Anacleto, como chorro bien dirigido, ya pareció haber acertado en acabar con el amago de incendio. Don Ignacio

quedó callado, como absorta toda su atención en la jugada que estaba por hacer, apuntando con descomunal cuidado la bola con el taco. Dió pifia ; pero como no le habían hecho mucha gracia las alusiones de Anacleto a ciertas sospechas de desgracia conyugal que, personalmente, nunca había podido averiguar y que prefería dejar dormir en la sombra, y menos aún la alusión última a ciertas compensaciones... patriarcales que le proporcionaba la educación de dos jóvenes huérfanas, algo parientas, que caritativamente había tomado a su cargo, juzgó mejor tomarlo todo a risa.

—¡ Qué chambón había sido !—exclamó alegremente.—Con ésta, pierdo a la fija. Juegue, compadre ; juegue, gane, y después nos vamos, que ya se va haciendo tarde.

—Sí—contestó, entre rezongón y risueño, don Anacleto,—nos hemos puesto bastante los cueros al sol y es tiempo que los guardemos, que ya estarán oreados.

HA SIDO INDIO...

Un magnífico sargento de artillería venía en el tren: alto, fornido, fuerte, corpulento.

Las botas lustrosas, el sable brillante, la cartuchera y sus correas limpitas, el uniforme bien cepillado, el kepí, con su galón de oro, elegantemente colocado en la cabeza, todo hacía de él un modelo de aseo y de corrección militar.

Llamaba la atención, no sólo su porte marcial, sino también el aspecto serio de sus facciones, algo morenas, pero bastante finas, a pesar de los pómulos un poco salientes, y en las cuales se podía leer el orgullo de ser lo que era.

—¡Lindo hombre!—dije a mi compañero; —¡hermoso soldado!

—Ha sido indio...—me contestó.

Esta simple palabra, evocadora de toda una era pasada y casi olvidada, de malones, de alaridos, de lanzazos, de peleas, de matanzas, de glorias y de miserias, me hizo acordar que a muchos otros había conocido yo, que también *habían sido* indios, y durante un rato, repasé en mi memoria a todos ellos.

Después de la gran ráfaga que de 1875 a 1877, con Alsina primero y Roca después, acabó de barrer al salvaje de la Pampa, millares de indios, de toda edad y de todo sexo, quedaron dispersos.

Unos, en tribus enteras, se sometieron, siendo pasados por el hisopo y bautizados al por mayor; otros se resistieron, bravos hasta la muerte y fueron pasados por las armas, peleando, quedando la chusma en poder del vencedor.

A ciertas tribus, el Gobierno regaló tierras en propiedad, para que dejasen de ser los nómades de antes y empezaran a civilizarse por el trabajo. Muchos indios adultos fueron incorporados al ejército, a la escuadra, cambiando la lanza por el remington, el caballo por las vergas del palo mayor.

Muchísimos niños indios, en fin, fueron entregados a las familias que los pidieron, quedando en ellas como sirvientes. Suertes diferentes han sacado éstos, en la lotería del Destino.

Una hija de cacique, adoptada por sus amos, educada y dotada por ellos, admirablemente instruída, sedujo por su gracia exótica a un gentil hombre de la alta sociedad europea, que la hizo condesa; y algunos, allá, seguramente, en los salones aristocráticos, no dejarán de cuchichear: «Ha sido india».

Otro conocí a quien nunca le pudieron quitar la mala costumbre de robar a su amo, toda la

plata que podía encontrar en la casa. Tuvieron que renunciar a educarlo y lo devolvieron al ejército. Indio había sido ; indio había quedado.

Cierta tribu, colocada en tierras que le ha dado el Gobierno, cerca de un pueblo bastante adelantado de la provincia de Buenos Aires, ha conservado muchas de sus antiguas costumbres : la carne de yegua, por ejemplo, y particularmente de yegua ajena, es todavía, para muchos de ellos, la comida predilecta.

Poco les gusta el trabajo, y, bajo este concepto, pocos progresos puede la agricultura esperar de ellos. Hay, asimismo, unas pocas excepciones que prueban la facultad de asimilación que posee esa gente, cuando está bien dirigida, y existen allí familias seguramente tan civilizadas como muchas de las que nos llegan de ciertas partes de Europa.

De éstas salen una cantidad de jóvenes colocados como empleados en las diversas reparticiones administrativas locales, donde llenan sus puestos con la misma competencia y la misma honradez, matizada de lucrativa viveza, que cualquier cristiano de origen. Y también se ocupan de política, enrolados todos en un mismo partido, al éxito del cuàl contribuirán irresistiblemente, peleadores como son, por atavismo, mientras las elecciones se hagan a tiros y tajos.

También entre ellos, hay algunos que han nacido, viven y vivirán indios, sin compostura : sanguinarios, traidores, ladrones, viciosos, in-

capaces de cualquier trabajo y que sólo respetan la fuerza bruta. Estos, poco a poco, van desapareciendo, por la ley natural de la lucha por la vida; ebrios, se matan unos a otros con la mayor desenvoltura, y los reglamentos de la esgrima tienen poco valor para estos salvajes. He visto a uno degollar, sin la menor vacilación, a un pobre santiagueño que, peleando y reculando, había caído de repente en una barrica vacía enterrada a ras del suelo, detrás de él.

Otros hay que no conocen del idioma nacional más que una palabra: «¡ Caña !»

Todos están, en terreno indiviso, con los mismos derechos, los que viven de robo, como los que se dedican a cultivar la tierra y a criar hacienda; para el progreso de las localidades donde se encuentran, sería mejor repartirles la tierra, dando a cada individuo o familia su título de propiedad, pues así pronto venderían su lote los haraganes a los que trabajan, yéndose del pago, a vagar a otra parte y a desaparecer, elemento indigno de ser otra cosa que indio.

También podrían algunos encontrar su colocación en la brillante escolta presidencial, de coraceros armados a lanza, escogidos entre puros indios, evocación de la conquista del desierto por el mismo que la hizo; espiritual fantasía cesariana, que vino, como en la Roma imperial, a formar con los restos de las tribus sometidas, la guardia pretoriana de su mismo vencedor; consagración, a la vez, de la verdadera nacionalidad del indio argentino, llamado al ho-

nor de cuidar de la persona del primer magistrado de la República.

*
* *

—Patrón—me dijo una vez, en su media lengua, una pobre india vieja,—leer carta.

Leí la carta : estaba fechada en la cárcel provincial, escrita con muy linda letra, muy buen estilo, de ortografía correcta. Contaba el hijo a la madre, la desgracia que le había sucedido : encargado de una estancia, había muerto a un capataz ; en legítima defensa, decía. Puede ser.

Al leer la carta, me parecía conocer la letra ; al llegar a la firma, me acordé haber conocido al escritor de dependiente en una casa de negocio. Muchacho serio, instruído, había sido educado en una excelente familia, habiendo hecho con ella un viaje a Europa, donde había aprendido algo el francés.

Desde varios años, lo había perdido de vista ; me lo volvía a encontrar ; y miraba con cierta melancolía a esa pobre madre india, ansiosa de tener noticias del hijo, orgullo de su vida humilde, y a quien iba a tener que dar la noticia de que el pobre, en un momento de arrebato, se había acordado... de haber sido indio.

GORDOS Y FLACOS

«Jamás llegues a parar
Adonde veas perros flacos.»
(Vuelta de Martín Fierro.)

—¡ Pero, mire que se ha puesto de gordo, don Luciano ! ¡ Qué barbaridad !

—¿ Qué quiere? señora ; la vejez.

—Diga la buena vida, patrón, allá en la ciudad ; con todo a pedir de boca y quizás algo más. Si fuera sólo la vejez, también podría estar gorda yo.

Y doña Filomena, llamando a su hijo Manuelito, le dió orden de matar inmediatamente dos pollos :

—Y trata de que sean de los gordos—le gritó.

Al rato, llegó del campo don Gumersindo, encargado del establecimiento, y esposo de doña Filomena.

—¿ Cómo le va? don Gumersindo—le dijo el patrón.—Siempre flaco, no ; según veo. A usted no le da por engordar.

Y efectivamente, don Gumersindo, hombre de unos cincuenta años, era uno de esos criollos huesudos y apergaminados que hacen acordar a las huascas : cuanto más viejas y sobadas por

el uso, menos grasa necesitan para conservarse flexibles.

La gordura del mayordomo, por lo demás, no indica, en general, que esté gorda la hacienda, y será siempre mejor seña, para el patrón, ver a su mayordomo luciéndose, delgado en caballo gordo, que gordo, en mancarrón flaco. No por esto, se debe exagerar, y el caballo muy gordo tampoco vale gran cosa : se pone pesado, haragán y flojo, lo mismo que los hombres demasiado favorecidos por la buena fortuna.

Hubo un tiempo en que la flacura salvaba a los caballos de un fin prematuro ; era cuando, en cada cambio de presidencia, el candidato eliminado se creía con el deber de protestar, a mano armada, contra los que habían falsificado con más energía que él, los registros electorales. La protesta se resolvía en una alzada de ponchos, inútil y ruinosa, cuyo único resultado, fuera del inevitable acuerdo final, era de dejar sembrado el campo de esqueletos, por millares, de caballos arreados. Entre ellos, iban caballadas de estancieros ricos, que lucían así su devoción a una personalidad, de cuyo triunfo esperaban muchos bienes, y tropillas de pobres gauchos cuya convicción, algo vaga, los hacía seguir a los amos, y también caballos de servicio de modestos hacendados que, sin compensación posible, salían amolados, a la fija.

La comisión no insistía en su requisición, cuando veía los caballos flacos ; y lo mismo hacen los cuatreros. La gordura es tentadora ; y

aunque no precise tropilla, el que da, por casualidad, con una bien gorda, no sabe siempre resistir y se la lleva; pero, ¿quién se va a meter a arrear flacos, para hacerse alcanzar por cualquier gringo?

Tener caballos gordos ha sido siempre la llave de todo, en la Pampa; y cuando, después de medio siglo de lucha estéril contra el Indio, hubo Gobiernos que, cansados de recibir el mismo monótono parte de comandantes de frontera, demasiado gordos, anunciando que para perseguir a los indios, los caballos estaban demasiado flacos, mandaron que fuera al revés, la Pampa, en un momento, fué conquistada.

—Doña Filomena, dígale a Manuelito que me engrase las botas, porque voy a salir a cazar patos.

—Bien, patrón; pero, casi no vale la pena. Están flacos todavía los patos. ¿No ve que ha habido mucha seca, este año, y todavía no han tenido tiempo de engordar?

Y doña Filomena, sin dejar de llenar, con el sebo derretido que tenía por delante, en una olla grande, un velero cuidadosamente guarnecido de sus doce mechas de pábilo, mandó a Manuelito que sacara de una lata que fué de kerosene, un pedazo de unto sin sal, preciosamente conservado para las grandes ocasiones.

En el patio, don Gumersindo, mientras tanto, untaba con grasa de potro el pecho de un caballo de varas que se había lastimado, y un peón, con un pedazo de la pella de un capón,

engrasaba un lazo chileno, estirado entre dos árboles.

Más allá, la cocinera hacía derretir, en medio de una nube espesa de humo, la grasa más fina de los animales últimamente consumidos en la estancia, esparciendo por el aire un olor a chicharrones, tan provocativo que, en todos estos apetitos campesinos, evocaba, con titilaciones voluptuosas en el paladar, el recuerdo de festines de tortas doradas y de copiosos fritangos.

Cuando volvió don Luciano de cazar patos, se quejaba de dolores en la espalda; inmediatamente, doña Filomena le ofreció un remedio seguro, que tenía guardado como tesoro, en el ropero. Grasa de tigre, no tenía, lo confesó: hacía ya tiempo que, por estos pagos, había muerto el último de esos bichos; pero tenía una grasa casi tan buena, la de lagarto, y se la aplicó, antes que se pusiera en la cama, con el sólo recelo de que quizás, a los puebleros, no les hacía tanto bien como a los paisanos.

Bendito el año en que abunda la gordura, en que se le hace agua la boca al hacendado, al hablar de lo gordos que están sus animales; en que los capones están *de pella, tan gordos que repugnan*, y que hay que elegir para carnear, y en que las vacas están *envueltas en grasa;* pues, no sólo dará para freir tortas y fabricar velas, sino que seguramente quedará también el estanciero con el *riñón cubierto*.

No dejará de venir, desgraciadamente, algún otro año, de vez en cuando, que no traerá con-

sigo grasa ni para remedio, ni sebo para una vela; durante el cual, los perros y los gatos flacos se disputarán carne flaca; en que, hasta las perdices y las viscachas, andarán flacas por los campos sin pasto; en que el peón casi no se ensuciará las manos, al manejar el lazo, ni se las tendrá que limpiar con el cuchillo, después de la comida.

La gordura es el exceso de riqueza de la llanura; es lo que en ella no cabe, y es preciso aprovecharla ligero, para que no se vuelva a sumir, otra vez, en el suelo que la produjo.

¡ Al tacho con los carneros gordos! era el grito del estanciero de hace treinta años, en la Pampa desierta; y entre los ríos de sangre, el ruido de los balidos, el olor horrible a hueso quemado y a sebo derretido, en medio del siniestro relampagueo de los cuchillos incansables, degollados por millares, desollados y descuartizados, en un abrir y cerrar de ojos, iban los capones a hervir y deshacerse en las cubas enormes de las graserías, para derramar sobre la Europa, nunca saciada, la gordura elaborada por ellos.

Y los campos, entonces, no eran más que pobres praderas de pasto duro; hoy, cunden los alfalfares; se extiende cada vez más su mancha verde, y la gordura abunda. ¿Quién sabe si no volverá el día, en que no se sepa qué hacer con ella? si no veremos, como se ha visto en Chicago, en otros tiempos, echar a las horna-

llas de los vapores, jamones, por ser el combustible más barato?

Dice la ciencia que la grasa no es alimento completo. Será; pero por los elementos de que se compone, encierra luz y fuerza, calor y vida; y es imposible que esté muy lejos el momento en que algún hombre de genio condense, en forma que asombre al mundo, esta resultante de la producción de las Pampas argentinas, esta obsesión de toda conversación pampeana.

LA GALERA

«¡ Ya viene, ya viene !» y la bandada de chicuelos haraposos, descalzos, sucios y mal peinados, se vuelve gritando y corriendo de la orilla del camino hasta el rancho. Sale una mujer gorda, vestida de percal nuevo que huele a cola y suena como pergamino, a cada paso que da. Las manos llenas de bultitos envueltos en pañuelos de algodón azul a cuadros, se aproxima al camino real y con un gesto entre majestuoso y enojado, les dice a los niños que siguen gritando como teros : «Pero, ¡ callensen, muchachos !»

Efectivamente, se divisa a lo lejos un bulto grande de aspecto algo extraordinario, que se aproxima rápidamente, entre espesa nube de polvo ; y cuando viene llegando, media docena de perros echan a correr por delante de los caballos y por detrás de la máquina, ladrando como desesperados, y desafiando los latigazos, que de lo alto, les dirige el mayoral. Se paró la galera, a la señal que hizo la señora gorda, y los seis caballos jadeantes, entre una verdadera ne-

blina de vapores, respiran ; más bien dicho, soplan como fuelles.

¡ Qué oficio, señor, el de caballo de galera ! No hay duda que deben de ser las almas de los hombres que, en vida anterior, maltrataron animales, los que están sufriendo ahora semejante suplicio.

Pero, ¿ y el oficio de viajero en galera, no será peor ?

Puede ser.

El mayoral ha bajado rápidamente y, abriendo la portezuela del coche, hace subir la señora.

Grito contenido de horror, entre los siete pasajeros que ya están encerrados en el instrumento de tortura.

La «Protegida del Desierto»—así se nombra, y así lo tiene pintado en el exterior de su caja amarilla,—tiene la pretensión de dar sitio en sus bancos implacables, a ocho personas, sin contar las que en racimos apiñados o colgantes, se colocan entre los baúles, balijas, bolsas y demás objetos que pueden cargarse en su techo de cinc.

Hay que resignarse : mal que mal, entre pisotones y apretones, risas y bromas campestres, fuertemente condimentadas, acaba por colocarse la señora gorda del rancho. ¡ Pobre percal !

Y ya sonó el látigo, y los lastimosos y lastimados mancarrones han vuelto a partir a todo galope. Faltaba legua y media, la mitad de la posta. ¡ Valor y coraje ! Y si les viniera a faltar, aquí está el terrible, el incansable látigo. «Tiene

buen látigo», elogio supremo de las aptitudes especiales del mayoral de galera.

En el interior del coche, con los socotrocos del camino, se va emparejando la carga, entrándose los ángulos en las redondeces, con las tremendas y continuas sacudidas de los elásticos, y poco a poco, la conversación se hace general.

Difícil es que entre ocho personas de la campaña, no haya por lo menos dos que se conozcan, y cuatro que conozcan a algunas de las que conocen a las primeras; de modo que pocos intrusos quedan, en esa efímera familia, formada por una comunidad íntima de padecimientos, y después de media hora de viaje, todos son como hermanos, o, por lo menos, primos.

Al llegar a la posta, todos se bajan a desentumecer las piernas, ayudando al mayoral y al postillón a agarrar otros seis mancarrones flacos, para reemplazar a los anteriores que, en libertad ya, y agraciados cada uno con un cuerazo en la grupa o un puntapié en la panza, se revuelcan en el camino, antes de ir a buscar por allá una manutención raquítica, en perfecto desacuerdo con el esfuerzo matador que acababan de hacer.

No hay mal que no se acabe; pero hay males que duran mucho, y, entre ellos, ninguno como un viaje nocturno en galera.

Asimismo, al llegar a su destino, molido, deshecho, rendido, el viajero debe pagar a su verdugo el precio del suplicio, despedirse de sus compañeros como de viejos amigos que no vol-

verá quizás, a ver, felicitándose del gusto que ha tenido en pasar con ellos tan agradables ratos; y si no ha perdido el tren, si la galera no ha volcado, rompiéndole algún hueso; si no ha quedado toda la noche empantanada en un bañado, debe, de yapa, dar las gracias a Dios que lo ha salvado de mil peligros.

CERCOS Y CAMINOS

El sol había desaparecido desde media hora, y el balido de las ovejas, que regresaban al corral, repiqueteaba, melancólico, la campestre oración. La noche se acercaba.

Dos carros pesadamente cargados, atados con diez caballos cada uno, seguían despacio su camino, a lo largo de un alambrado recién concluído. Las tranqueras obligatorias estaban todas cerradas con llave, y los carreros, colocados en la cima de su carga, iban renegando contra el dueño de ese campo, que encerraba una estación, sin dejar paso.

Entre dos latigazos a los mancarrones, cansados de tanto andar en camino nuevo, sin huellas, se oían caer, como las perlas deshiladas de un collar roto, imprecaciones dirigidas al estanciero, al gobierno, a la misma madre del gobierno, y a Dios, y al diablo, que bien se los podía llevar a todos, hasta que se detuvo el carro que iba primero, y, bajándose, dijo el carrero a su acompañante:

—¡A que lo corto!

—¡ No seas bárbaro !—dijo el otro :—mira que son delicados.

—¿Qué importa? ¿Por qué no dejan tranqueras abiertas? Bájate y ayuda.

El otro se bajó : al fin era peón, y debía obedecer. La noche, casi cerrada, favorecía el trabajo ; sacando la filosa y ancha cuchilla, pegó con el gavilán de ella unos golpes fuertes y secos en los alambres bien tirantes, contrita un palo, y los dejó cortados en un momento.

—¿Y si vienen?—dijo el peón.

—Será según y conforme—contestó el tropero.—Si vienen a las buenas, conversaremos ; y si a las malas, no soy manco.

Y arreglando a un lado todo el tiro de alambrado que yacía en el suelo, hicieron entrar despacio los dos carros en el campo, enderezando luego a la estación.

En el silencio ya completo de la noche serena, sonaban los ejes de los carros, haciendo ladrar a lo lejos la perrada de los puestos. Habían hecho cerca de una legua, cuando sintieron, en la obscuridad, el tropel de un galope que les venía por detrás, y el grito : «¡ Párense !» pronunciado con fuerte acento extranjero.

Siguieron un rato caminando sin contestar, hasta que alcanzándolos, el jinete cruzó por delante de los caballos, que dieron, asustados, media vuelta, y les volvió a intimar la orden de pararse, sacando de la cintura un revólver, que relució.

Pocas palabras se cambiaron, amenazadoras,

insultantes; se deslizó del carro el tropero, echando sigilosamente la mano a la cintura, y antes que el jinete hubiera podido ni sospechar su intención, le hundió en el vientre la cuchilla.

El mayordomo, que él era, sobresaltado por la terrible conmoción del golpe feroz que le quitaba la vida, dejó escapar un tiro de revólver, y, llevado algún trecho por el caballo espantado, cayó exánime, al poco rato, entre las pajas.

El matador, sin perder un minuto, desató un ladero, le acomodó el recado y saltó encima:

—¡A volar, que hay chinches! Anda, vos— le dijo al peón,— a la estancia y explica la cosa, que el gringo me ha buscado y que lo maté.

Drama repentino, como tantos hay en la Pampa, porque es difícil llevar armas siempre, sin tener, de vez en cuando, ganas de usarlas, bastando cualquier pretexto para enlutar una familia y hacer de un trabajador honrado, un criminal vagabundo.

*

* *

¡Cuántas desgracias iguales ha causado el abuso de los cercos y la escasez de los caminos!

El transeunte, cerca ya del objeto de su larga jornada, se pone nervioso, entra en ira, al ver que, por conveniencia propia, el dueño o el administrador de un campo grande cierra el paso, y le prohibe, sin razón, esa cosa tan sencilla de poder pasar por el camino, desobede-

ciendo a la ley y obligando al viajero a vueltas enormes, a cruzadas de campo matadoras, con vehículos.

Por otra parte, es el sentido de la propiedad exagerado por el celo del guardián fiel, pero vulgar y engreído, para quien esa violación de la propiedad de su patrón es como un atentado a su propia dignidad, y llegan las cosas impensadamente a los extremos más lamentables.

¡ Cuántas leyes se han hecho sobre la materia, la última mejorando siempre la anterior, entrando en más detalles y acercándose a la perfección! Pero la aplicación es lo que falla. Amistades o relaciones de familia, influencias políticas, el respeto instintivo de las autoridades para la fortuna, el orgullo del potentado territorial, cierran las tranqueras, cortan los caminos, entorpecen la circulación en las arterias del país, creando conflictos.

Los estancieros abren tranqueras, como lo exige la ley, pero cierran las puertas con candado. Dejan, como está mandado, si esto les conviene más, un camino abierto en toda la línea de su campo, entre dos alambrados. ¿ Quién, entonces, se podría quejar, después de tan gran sacrificio? Pero el camino es intransitable.

¡ Pobres viajeros, desgraciados carreros, infortunados troperos! Sí : hay camino, camino recto y sin vueltas. Aquí, atraviesa una laguna; el piso es bueno, ¡ paciencia! Allá, es un pantano, de barro blanco, pegajoso, donde quedan encajados los carros, teniendo, para salir, que

ser descargados. ¡ Trabajo enorme ! y el camino queda deshecho por los pozos que se han tenido que cavar para despejar las ruedas.

Salidos de la laguna, salvado el pantano, se da con un gran médano de arena, imposible de franquear con rodados, que corta todo el camino con sus murallas casi a pique. Mejor sería que no hubiese camino y pudiera el viajero desviarse a un lado, trazando, como se hacía antes, huellas tortuosas que, sin ser caminos, facilitaban, por lo menos, el tránsito ; mejor aún, que las municipalidades, cumpliendo y haciendo cumplir la ley, cuidasen que estos caminos alambrados fueran mantenidos en buen estado, a mitad de gastos, por ellas y los vecinos.

Prefieren todos dejar que hagan el trabajo los camineros habituales de la Pampa.

¿No ven, acercándose despacio, esas seis, ocho, diez moles inmensas, en larga fila de dos kilómetros? Cada una es un carro, de estilo moderno, largo de diez metros, colocado en dos ruedas de dos metros y medio de diámetro, con llanta de veinte centímetros de ancho. Encima, ciencuenta lienzos de lona, bien atados, bien estivados con un total de tres a cuatro mil quilos, forman una montaña movediza, sobre la cual se sienta el carrero, con el látigo en mano.

Por delante y a los lados caminan, a veces al tranco, a veces al trotecito, según la firmeza del piso, diez o doce caballos de baja estatura, al parecer de poca fuerza ; uno en las varas, conservará el equilibrio del monumento ;

otro, en las cadenas, de guía, de baqueano, de piloto, inteligente, vivo, fuerte, evitará los pozos y las vizcacheras; enderezará, viboreando, en los pasos difíciles, por el lugar angosto donde no hay encajadura; es el alma del atalaje. Los otros, atados en balancines o con recados de cincha, tiran como pueden y cuando pueden, sin apuro, y sin mayor esfuerzo, sólo cuando hay que arrancar y poner en movimiento la mole.

Cañadones interminables, arroyos barrancosos, pantanos y pajonales, todo, poco a poco, va quedando atrás, vencido por la paciencia, el coraje, la resistencia casi increíble del mancarrón argentino.

Y los caminos se van abriendo, formando, componiendo solos, pero de singular modo. La tierra que cada tropa de carros, al pasar, levanta, se la lleva el viento a las orillas del camino. Este no se aboveda; se cava.

A cada aguacero, corre el agua por el camino como por un río, llevándose la tierra para los bajos, de modo que al cabo de algunos años se tiene, más bien que un camino, una especie de canal terrestre, que no ha costado nada y que, mal que mal, siempre vale algo para el tránsito, hasta que vengan los rieles a cortarlo en trozos inútiles, devolviéndolo al pastoreo o al arado.

EL CHIRIPÁ

Argentinos no llevan calzones;
Pero llevan su buen chiripá,
Con un letrero que dice:
«Libertad, libertad, libertad!»

Así cantaba, hace ya alrededor de treinta años, un morenito que entonces tenía cinco o seis, repitiendo con graciosa convicción ese ingenuo y patriótico canto, aprendido en la escuela.

Cómo es que me ha quedado en la memoria, no sé; pero nunca he podido ver un chiripá, sin acordarme del morenito de ojos relucientes y de su cancioncita.

Y realmente que es muy argentino el chiripá, o más bien dicho era, pues ya va desapareciendo, dejando el lugar a la bombacha y al vulgar pantalón de gambrona.

El chiripá, pintoresco atavío del gaucho; de paño negro para el criollo acomodado, hacendado, que lo usa a ratos, por costumbre vieja, y lo va dejando poco a poco; de tela liviana de algodón, vistosa, con rayas coloradas o verdes,

azules y blancas, para los mortales menos afortunados; de tela fuerte, azul obscuro con cruces blancas, *pampa*, para algunos vascos rancios, que miran la moda con desprecio.

*
* *

¿De dónde salió el chiripá? Autores graves lo dan como indígena, significando la palabra «para cubrir», y aseguran que apareció como a fines del siglo pasado.

No puede haber duda que sea indígena, pues en ningún país europeo se ha usado jamás, desde los tiempos históricos, semejante prenda, y aunque se hubiera usado en Europa, ningún sastre la hubiera introducido, pues no se necesita arte ni tijeras para confeccionar esa personificada negación de la sastrería.

¿Cómo nació?—cuentan que así fué:

Los indios usaban poncho; a caballo, el poncho les tapaba todo el cuerpo y parte de las piernas desnudas; a pie, siempre estaban en cuclillas, y el poncho los tapaba enteritos.

La primera vez que un jefe indio tuvo que acercarse a los cristianos, los vió tan vestidos, que al apearse, con sólo el poncho puesto, se avergonzó de su desnudez, y quitándoselo de las espaldas, se lo ató en la cintura.

Cundió la moda, y de los indios pasó a los cristianos.

Se non è vero, è ben trovato, como dirán los argentinos de la generación venidera.

Pero si siguen éstos con la moda del chiripá, le habrán cosido bolsillos, que siempre, hasta hoy, le han faltado.

HUMAREDAS

El sol apenas entreabre con sus dedos de oro la cortina rosada de los vapores matutinos, cuando ya por el agujero abierto en el techo de paja del rancho, una columnita de humo azul desenrosca lentamente sus graciosas espirales.

El criollo es madrugador. Le gusta, cuando nada se mueve todavía en el campo adormecido, saltar de la cama, sacudir el sueño y prender fuego para el mate. La cama es dura, poco confortable, y se la puede abandonar sin mucho sentimiento ; el *toilet* ės corto, sin complicaciones, y, si no hay peine en la casa, con pasarse los dedos en la melena, está todo del otro lado.

Un poco de sebo en una tira de percal, unas ramitas de cicuta, tres o cuatro pedacitos de leña de oveja bien seca, y con un solo fósforo, si está todo artísticamente dispuesto, ya se tienen prendidos el fuego y el cigarro. El agua pronto canta en la pava, el mate bien rascado se llena de yerba nueva ; está todo listo para gozar de la vida.

Y el hombre, sentado en una cabeza de potro, se entrega con beatitud a la contemplación de los humos que lo rodean.

El humo del fogoncito se levanta suavemente y no demora en la pieza, pues la atmósfera está serena, sin vientos, sin mucha humedad, y la llama brilla, viva, alegre.

Un sorbo del mate, una bocanada del cigarro; el mate es sabroso: un cimarrón rico, bien cargado, mate de egoísta, para chupárselo solito, sin visitas, y mientras está durmiendo la familia. El cigarro muy bien lo acompaña, y su humo perfumado contribuye a que casi no se interrumpan los sueños de la noche empezados en la cama, dejando flotar las ideas en una somnolencia medio consciente.

«La majada está bien; no está muy gorda, pero muy pareja; el campo se ha compuesto algo, y en buen tiempo, pues ya viene la parición, que va a ser magnífica. Los precios de la lana, dicen todos que van a subir, y como el oro ha bajado, el dueño del campo tendrá que bajar el arrendamiento.

»La familia está bien de salud; el último chiquilín bien parece algo indispuesto, pero no debe de ser nada y mañana estará del todo bien. Al fin, al pulpero no se le debe gran cosa; con la esquila se le alcanzará a pagar; y, en un caso, hay novillitos que bien han de agradar a algún resero. El año no se presenta tan mal.»

Y mientras así sueña, vacía y vuelve a llenar el mate, prendiendo de cada pucho un nuevo cigarro.

*
* *

El sol salió ya, pero de mal humor, y empezó a soplar un vientito feo, del norte, húmedo, y el humo, de azul se ha vuelto gris, de transparente, opaco; en vez de levantarse y de salir por el agujero, se hace nube ahora en la pieza, enceguece al hombre, lo hace llorar, lo hace toser. El mate ya no tiene sabor y el humo del cigarro mezclado con el de la leña de oveja toma un gusto horrible que quita las ganas de fumar.

Todavía sueña el hombre; pero, en semejante atmósfera, los sueños se vuelven pesadillas.

«Quién sabe, el año, cómo nos saldrá al fin. Estos novillitos, parece que no quieren echar cuerpo, como si estuvieran entecados. Y el pulpero, seguro se me va a enojar; porque de pagarlo con la lana, ni pensarlo, por bien que se venda. No sé, ese muchacho, lo que tendrá, ¿no me saldrá con alguna enfermedad grave?

»Y este arrendamiento bárbaro que estoy pagando aquí por cuatro ovejas. ¡Cuándo lo van a bajar! ¡si más tienen, más quieren!

»La parición se anuncia bien; pero después, vendrá la lombriz a comérsela.

»Hablan mucho de suba en la lana, pero hasta hoy ofrecen cinco pesos, como el año pasado.

La majada está así no más ; no sé cuando tendré siquiera un animal gordo para vender.»

El humo se ha hecho más espeso ; ha invadido la pieza casi hasta el suelo ; el aire es irrespirable.

El hombre deja el mate y el cigarro ; se levanta, sale y va a su trabajo ; el sol está alto ya, y, una vez más, se puede comprobar que no por madrugar mucho, se amanece más temprano.

EL CRÉDITO

Al oir sonar el maíz en el morral, el zaino levantó la cabeza, y, sin dejar de mascar la gramilla verde que estaba saboreando cerca de la tranquera, echó una miradita hacia el pesebre. Paso a paso, mordiendo el pasto corto, se venía acercando, sabiendo de antemano que no lo iban a olvidar y que se aproximaba la hora.

—Zaino, vení—dijo el capataz ; y el animal regalón echó a trotar, entró al corral y extendiendo el pescuezo, buscó con el hocico la abertura del morral.

Algo petizón, con la cabeza un poco fuerte, la oreja pequeña y bien formada, el ojo negro y vivo, la crin y la cola negras, abundantes y gallardamente atadas, de pecho ancho y hondo, zaino colorado de pelo, con la punta de las patas negra, por cierto no era, con todo, ningún animal de valor, y no hubieran dado por él muchas libras esterlinas en Londres.

Pero era el crédito del patrón. ¡ El crédito ! es decir el compañero fiel de las grandes fatigas ; el único con el cual se puede contar, cuando se

ofrece un galope largo, de quince, veinte leguas y más.

Para las diez primeras, no necesitaba rebenque.

Impaciente en el palenque, algo ligero al montar, un poco loco al salir, arisco, los días de mucho viento, pronto comprendía por la dirección dada por el jinete, por el peso del recado, por el modo de andar, con poco, mucho o ningún apuro, si se trataba de un viaje largo o corto, o de un paseo por el campo.

Y una vez convencido de que era cosa seria, ya dejaba de compadrear, sosteniendo con una constancia sin igual un paso parejo, tendido, capaz de tragarse leguas y leguas sin sentir, y sin hacerlas sentir mucho más al amo, de que si las hubiera galopado en un sillón.

Y esto último es ya de alguna importancia: no es el zaino el primer crédito que el patrón haya tenido; pasan los años y con ellos la robusta juventud, la flexibilidad del cuerpo. Han muerto ya dos o tres, altos, briosos, espantadizos, ligeros, locos, que han durado pocos años cada uno, pues a fuerza de galopar, de correr carreras, de pegar pechadas, de lucirse, por fin, y de darse corte, se han mancado, deshecho, inutilizado.

Por allí andan otros, príncipes destronados, buscando con los demás caballos del establecimiento su vida por el campo, ensillados una que otra vez por algún peón para el servicio.

Al zaino lo cuidan más y no le piden mucha

elegancia ; es un poco bajo, mas fácil para montar. Aunque guste todavía su porte marcial, la calidad que más aprecia en él su amo es : la resistencia.

—¡ Sabe ser guapo !—dice con orgullo.

Pasarán algunos años más ; el zaino andará tirando agua en el jagüel, bichoco, flaco, con la cola en porra, y con abrojos en la crin ; haciéndose el sordo cuando oiga sonar el maíz en el morral, y el ciego al ver otro caballo en el pesebre, bien cepillado y rasqueteado, lustroso y demasiado gordo para ser guapo como ha sido él.

—¡ Nunca tropieza !—dice el amo al ponderar su nuevo crédito. No le pide ya veinte leguas al día, y con tal que, al recorrer el campo, no le pegue alguna rodada inesperada, le encuentra mucho mérito.

También pasará éste, y pasarán otros, y vendrá el tiempo, para el amo, de declarar con melancolía : que su crédito tiene «un tranco como hamaca».

CERDEADA

A cualquiera que no sepa, le parecerá cosa fácil el cortar la cerda de un animal yeguarizo. Claro : si es un caballo manso, no es grande el trabajo. Con tener el animal del cabestro, le puede uno pasar por la crin, con toda tranquilidad, una tijera de esquilar y despuntarle la cerda, haciéndole con la mayor prolijidad, dibujitos y cortes de fantasía que lo dejen lo más gauchito, con tal que los sepan hacer. Despuntarle la cola, tampoco es difícil y es operación sin peligro ; basta agarrar la punta, bien apretada, y con el cuchillo afilado como navaja, cortarla de un tajo. El mancarrón ni caso le hace, pero sí, el muchacho que está espiando los gestos del padre ; pues con la poca cerda así sacada de algunos caballos, correrá en su petizo a la esquina, se trepará hasta llegar a la altura del mostrador y cambiará su cosecha por medio quilo de confites o de galletitas, de pasas o de nueces.

Si el menor puñado de cerda representa un valor, se comprende que, para el estanciero, no sea despreciable el producto que de ella se pue-

da sacar en un número crecido de animales. Lo que sí, es otra tarea cerdear una manada de yeguas ariscas y de potros, que de peluquear un mancarrón. Ahí no se trata de hacer obra de arte, sino de pelar, lo más cerca posible del cuero, la cerda de la crin y de la cola ; y para esto, es preciso enlazar y voltear los animales, impidiendo por medios enérgicos que puedan despedir a patadas al oficial con sus tijeras.

Llegó marzo, con sus días frescos ; las yeguas tienen todavía por delante muchos meses que esperar el aumento de su familia, y los golpes inevitables les serán menos funestos. El mayordomo cuidadoso evitará que se pialen los animales ; se voltearán lo más suavemente posible, y hasta se tendrá la delicadeza de dejarles un mechoncito largo en la punta de la cola, para que puedan seguir con ella espantando los mosquitos. Que queden así muy bonitas, las yeguas harían mal en creerlo y en volverse presumidas por lo bien tuzadas. À los potros, sólo se les acorta la crin y la cola, para que tengan íntegros sus adornos naturales cuando venga el momento de domarlos.

Pero, ¿podrá siempre el estanciero contar con el producto de la cerdeada y tener la seguridad de que el trabajo se hará con las precauciones debidas? ¡Oh! no ; pues la cerda no tiene marca. Cualquier gaucho posee algunos yeguarizos, y el derecho de tuzarlos ; y una vez embolsados los mazos de cerda, ¿quién se atreverá a asegurar que pertenecen a don Nemesio, hacen-

dado rico, más bien que al paisano Gregorio? ¡Hombre! justamente acaba éste también de cerdear sus yeguas. ¡Qué casualidad!

El domingo, a la tarde, llovió gente al puesto de Gregorio. Vinieron los tres Ponce, el hijo de Agüero, el rubio Florentino y su hermano Máximo, otros más, todos con lazo y boleadoras; y era para ayudar a Gregorio a cerdear sus yeguas. Los pobres, amigo, se tienen que ayudar entre sí. ¿Dónde iríamos a parar si, para tuzar cuatro yeguas, hubiera que conchabar peones por día? Que lo haga don Nemesio, está bien; pero Gregorio no puede, y tiene que ser de convite el trabajo, en su casa.

Y así fué. La noche del domingo pasó, según dicen, muy tranquila: descansando, seguramente, pues era como si no hubiera habido nadie en el rancho; y al día siguiente, llevaron a lo de los Ponce, que tenían un corralito, las yeguas de su huésped. Entre todos, y como jugando, por supuesto, pues eran, sin excepción, buenos enlazadores, las iban tuzando con prolijidad, sin estropearlas y dejándoles, como es de regla, el mechoncito para los mosquitos.

Don Nemesio quiso aprovechar esta reunión de trabajadores hábiles para hacer tuzar, él también—pagando—las yeguas de su establecimiento; y se dirigía a casa de Gregorio para tratar del asunto, cuando se encontró con una manada de su marca, tuzada ya. Y ¡qué tuzada! por poco le sacan con la cerda, el pellejo. ¿Mechones, para qué? si las yeguas eran ajenas. Venía

también un animal quebrado de una pata, otro medio descogotado y faltaba un potrillo rosillo, el más lindo de la manada. Lo habían degollado para surtirse de lonja, tan necesaria para coser huascas.

Don Nemesio se paró, contempló el desastre, y en un arranque de legítima rabia, arrolló la manada y se la llevó por delante, hasta lo del alcalde. Pero cuando llegó allá, se encontró con el mismo representante de la autoridad abismado, aniquilado, derrumbado, en su corralito, mirando con ojos húmedos y labios temblorosos, no una vulgar manada de yeguas, sino su propia tropilla de caballos, señor ¡ sus caballos ! sin crin ni cola, pelados hasta el cuero, y meneando sus rabitos del modo más ridículo.

Al ver en tan deplorable estado los famosos lobunos de don Servando, don Nemesio no tuvo valor para quejarse. Consuelo de tonto, dirán ; pero, con todo, consuelo sentía, y entre las arrugas de su cara enojada, ya se iba esbozando como una sonrisa.

ESQUILANDO

¡ Clic, clic, clic, clic, clic ! suenan las tijeras ; corren rápidas entre la lana que cae y se amontona en enormes copos, cuya nitidez contrasta con el color gris y sucio del vellón de las ovejas sin esquilar.

La gente ha almorzado y descansado durante las horas más calurosas de la siesta ; han cobrado todos un nuevo brío, y a pesar del calor de plomo que todavía pesa sobre la naturaleza aletargada, trabajan con empeño, apurados. Agachados sobre la oveja, de un tijerazo hacen saltar el copete, la lana de la cara, y atacan con dos manos y de punta la lana tupida de la paleta.

Gracias al calor que suaviza la lana grasienta, en pocos momentos, está todo el vellón en el suelo. El esquilador, de una sacudida, lo pone como soplado : «¡ Lata !» dice, y el latero acude al grito, paga, alza la lana y la deposita en la mesa del atador.

Ya se agachó otra vez el hombre y desató las patas de la oveja, toda sorprendida al verse tan

blanca, al sentirse tan desnuda y al mismo tiempo, toda asustada por haber sido tan violentada, cortada, sacudida, manoseada. En un minuto, están peladas la barriga y las patas.

«¡ Remedio !» grita el esquilador, parado, un pie encima de la oveja, y un muchacho, con un tarro en la mano, tapa con una pincelada de bleque los numerosos tajitos que colorean en la piel, inmaculada por un breve momento, del pobre animal. Se acabó ; ¡ a otra ! y mientras se va a juntar la oveja pelada con las compañeras en el chiquero, el esquilador sigue con ardor su trabajo.

Nadie chista ; el calor ambiente, duplicado por la sudosa actividad de tantos cuerpos en movimiento, por la respiración anhelante de las ovejas que el agarrador ata de las cuatro patas y acomoda en hilera, en la orilla del tendal ; por los mil olores que se mezclan, variados y poco suaves, en la espesa atmósfera del galpón, acobarda a los más alegres y no les deja fuerza de sobra para chancear.

Durante dos horas, sigue así el trabajo. A pesar de haber, al entrar, agarrado cada esquilador una oveja elegida entre las de menos lana, el agarrador está continuamente en apuros ; las chiqueradas vuelan en un momento, y mientras encierra otra, los esquiladores con su incesante clic, clic, clic, clic, acaban de pelar casi todos los animales que han quedado en el tendal. Y el hombre se apresura.

Puesto envidiado el suyo ; si bien tiene ciertas

obligaciones fastidiosas, como la de estar el primero en el trabajo, para carnear o encerrar, y el último en el tendal, para barrer, también puede, de cuando en cuando, disimular para un sabroso churrasco, algunas achuras, como la tripa gorda o los riñones, y si, a ratos, el trabajo es fuerte y penoso, también tiene sus largos momentos de descanso.

Los esquiladores, por supuesto, no dejan, cuando pueden, de hacerle alguna jugada, o de llamarle fuerte a la orden, si lo pueden pillar faltando a su obligación.

Si las ovejas remolonas han tardado mucho en entrar al brete, asustadas por el movimiento del tendal, los esquiladores, apurándose, no tanto por el interés de ganar una lata más como para desacreditar al agarrador, han acabado ligero con la última oveja atada, y claman: ¡Ovejas! como para volverlo sordo. Con el apuro, ató mal un carnero, y, a medio esquilar, éste se desmaneó, y con sus pataleos desesperados, hizo saltar la tijera de manos del obrero, deshizo todo el vellón, dando motivo a una algazara que obliga al mayordomo a intervenir con una reprensión.

Poco a poco, la gente se va cansando, pero al mismo tiempo, revive con las primeras brisas de la tarde.

—Me duele la cintura—dice uno, y se endereza, estirándose para descansar un rato, al soltar una oveja. La verdad es que no sólo le duele la cintura, sino que también le hace cosqui-

llas la lengua. Mientras ha durado el calor, no se ha conversado, y esto de trabajar sin charlar es una cosa bien triste.

—A afilar—dice otro; y se va a sentar cerca de la piedra, donde está ya afilando las tijeras un compañero con quien, por supuesto, entabla una conversación llena de interés.

—¡A pitar!—grita aquél, riéndose y armando un cigarro; y así, uno tras otro, con un pretexto o con otro, se paran, descansan, charlan y desentumecen a la vez el cuerpo y el alma.

El trabajo sigue; pero ya con menos apuro. El agarrador, cruzado de brazos, ha llenado el tendal de ovejas maneadas y saborea un cigarro, el primero, desde la siesta.

El atador, todavía, anda medio atrasado, con un gran montón de vellones en la mesa. Extiende, sin descansar, las blancas capas de lana; las separa, las coloca unas encima de otras, las arrolla, las envuelve con el hilo, aprieta con el pecho, cruza el hilo, aprieta otra vez, hace nudo, corta y ¡a la pila! y sigue así sin resollar, hasta que el montón desaparecido de la mesa le haya hecho lugar para sentarse también un momento, y prender el pito.

—Te corro cinco cuadras.

—¿Con cuál?

—Con el bayo.

—¿Cuánto me das?

—Nada, a mano. Está a campo hace dos meses.

—¡Qué esperanza! los míos están mancos.

—Te doy cinco quilos.

—Así, todavía, ¿por qué plata?

—Cien latas.

Y en el momento en que todos seguían con oído atento los detalles de la carrera que se estaba por hacer, apareció en la puerta del galpón el mismo patrón, el dueño de la estancia.

Hay patrones que se hacen temer, otros que se contentan con ser respetados, y algunos pocos que saben también hacerse querer. ¿Por qué? ¿cómo? esto no se aprende; pero cuando, después de su buena siesta, viene el patrón al tendal a ver cómo anda el trabajo, y si la lana sale liviana o pesada, limpia o fea, es fácil conocer a qué variedad pertenece.

El primer momento es siempre de silencio, súbito y completo, y el clic, clic de las tijeras suena como nunca.

—¡ Ay !—exclama de repente un esquilador, sacudiendo el dedo, como si se hubiera pinchado :—¿ Será abrojo?

—Está feo... el tiempo—dice otro ;—voy a que tenemos tormenta.

O bien el silencio se hace profundo, y profundo queda, hasta que la aparición silenciosa se haya retirado, y un rato largo, todavía, después.

Basta que ciertos patrones pidan que se trate de acabar la majada en esta misma tarde, para que no falte quien conteste : «no se puede» ; o «son muchas» ; o «¿ quién sabe?»

Al patrón que para sus peones no es ente ni tirano, lo saludan ellos afectuosamente, cuando aparece, y si también pide que se empeñen en acabarle la majada :

—La lana está muy seca—dirá uno.

—¡ Qué agua fea !—contestará otro ; y con un litro de caña que mande buscar, sin que, así, nadie parezca habérselo pedido, conseguirá lo que, para los otros ni, pudiendo, se hubiera hecho.

*
* *

El agarrador, al pasear la escoba por el tendal, entre los esquiladores atareados en cumplir con el patrón generoso, ha visto el litro de caña, apenas principiado, depositado en un rincón, cerca de la mesa del atador. Ha podido hacerlo desaparecer, y, sin que nadie lo viera, lo escondió entre unos vellones de lana negra que se han puesto aparte.

Al fin, se acabó la majada : cansados, sedientos, rodean todos un balde de agua fresca que se mandó traer, y buscan la caña, para tomarla con ella.

¿La caña?—¡ voló !

Ladislao es muchacho alegre, vivo, perspicaz : se fija que el agarrador sigue barriendo con entusiasmo, sin protestar, sin pedir su parte, y ya tiene sus dudas.

—No digan nada—les dice a los compañeros ;

—pronto vamos a saber quién es ; váyanse, no más, a comer.

Y él, en el crepúsculo, pronto queda invisible entre los árboles que rodean el galpón. Poco tiempo tiene que esperar : ve venir al agarrador, y también lo ve echarse al buche un gran trago de caña y volver a esconder la botella entre la lana negra.

Ladislao corre a la cocinà, pide una botella vacía, la llena con un líquido... de color parecido a la caña, y la pone en el lugar de la otra.

Después de comer, se fueron todos sin ruido, a esconder en el galpón, y cuando el compañero volvió para asentar la comida, que empinó voluptuosamente el litro y lo tiró de repente, enojado, queriendo tirar con él hasta el gañote, ¡ no fueron nada las risas y los golpes en la boca con que lo aplaudieron !

HOGAR CRIOLLO

Doña Baldomera es la mujer de don Anacleto ; no se sabe de cierto si esposa por la iglesia o simple compañera, pero viven juntos y tienen familia numerosa. Tienen hijos de todas edades, desde el hombrecito cuyos labios empiezan a criar vello, hasta la criatura cuyo pudor no exige todavía más que una camisita, y que se siguen de año en año, con una regularidad de majada estacionada.

Sólo los más chicos son hijos de don Anacleto ; los mayores lo son de su antecesor, pues doña Baldomera ha sido... casada varias veces ; casamientos sin anotar, la contabilidad del registro parroquial o la del registro civil siendo algo inoficiosa, donde no hay bienes. La procreación, sola, no necesita tanta prolijidad, y la ley divina : «Multiplicad», no habla de apuntes.

La Pampa es grande, hay holgura ; crezca el rebaño, que después, lo contaremos.

Y doña Baldomera, cuando se juntó con don Anacleto, sólo trajo a la comunidad algunas le-

cheritas, un lote de gallina y otro de entenados ; y también algo como un embrión de esas cualidades caseras que de toda mujer hacen, y de la misma paisana criolla, podrían hacer, cultivadas, el alma del hogar.

*
* *

Sentada en un cajoncito vacío de kerosene, doña Baldomera, vestal un poco marchita, con una tira de percal, rasgada de un vestido viejo, envuelve un pedazo de sebo ; dispone con arte en el suelo, un montoncito medio suelto de fragmentos de leña de oveja, bien seca, y pronto se llena la cocina de espeso humo, con olor a grasa derretida y a amoniaco caliente, incienso digno del altar.

Mientras empieza a calentarse el agua, doña Baldomera, sacerdotisa también de la batea, se va, bajo la escasa sombra del sauce raquítico, único árbol que existe alrededor de la vivienda, a enjabonar un lote de ropa que tenía preparado.

Ha empezado a salir, hormigueando, gente de la casa. Uno de los hijos, saltando en el caballo que ha dormido atado en el patio, fué a traer la manada de caballos.

El padre está en la cocina, tomando mate y vigilando la preparación del churrasco jugoso que chisporrotea en la ceniza y le hace agua a la boca. Y sale la chorrera de muchachos y niñas, grandes y chicos, poco vestidos los mayo-

res, medio desnudos los más chicos, que van en busca de la madre, refregándose los ojos, cayéndose, llorando, peleando, hambrientos, sucios.

En los dos cuartos del rancho, de donde sale toda esa carne humana, hay poca luz, porque las ventanas son pequeñas, y poco espacio, no porque haya muchos muebles, sino porque nada está en su lugar ; los muebles, fuera de una cama grande de fierro y de media docena de catres, son todos cajones : cajones chicos para sentarse ; cajones pegados en la pared para servir de armarios, un cajón grande para las huascas y la ropa de abrigo ; cajones viejos de tienda o de conservas, comprados en la pulpería. También hay, en un pie de fierro medio descuajaringado, una palangana enlozada, bastante averiada, que cada miembro de la familia, cuando se le ocurre lavarse, lleva cerca del pozo, para hacer sus abluciones.

En la mesa grande de la cocina, podría comer toda la familia, pero generalmente come cada uno donde quiere, sentado, parado, en cuclillas. Y los dos únicos muebles de verdadero lujo que haya en toda la casa, son un sillón viejo de mimbre, donde generalmente se sienta la señora para coser, y una cómoda para guardar la ropa blanca de las mujeres y soportar la imagen de San Ramón Nonato, con una vela prendida.

¡ Coser !... Poco cose doña Baldomera.

Cose tan mal y tan penosamente, que la agu-

ja es, para ella, más pesada que la tijera de esquilar.

Y por esto es que los pequeños andan medio desnudos y los grandes tan mal entrazados, ataviados con los productos mezquinos y caros de la industria que, para bochorno de sus protectores, se llama nacional.

De ropa casera, poca provisión tiene doña Baldomera : los muchachos duermen en sus recados ; cada catre es un revoltijo de ponchos usados y de pedazos de frazadas viejas que no da lugar a tender sábanas ; la mesa de comer no precisa mantel, ya que nunca se sienta la familia alrededor de ella, y con media docena de toallas, está montada la casa.

Pero, si poco sabe coser doña Baldomera y si, en vez de perder el tiempo en componer los trapos usados, prefiere rajarlos para hacer mechas, por lo menos, ¿sabrá cocinar?—¡ Como no ! y de hachar la carne en pedazos, lavarla y tirarla en el agua de la olla, con arroz y sal ; de hacer, en una palabra, el puchero, o de confeccionar el sabroso asado al asador, entiende como ninguna.

*
* *

—Deben de estar muy bien estos extranjeros que han arrendado el otro puesto—dijo doña Baldomera a su esposo al volver de una visita.—Vieras cómo están de bien instalados y lo

bien que viven. En la cocina hay un fogón alto y una cantidad de fuentes y cacerolas todas brillantes, colgadas en la pared ; ésta, por supuesto, blanqueada. En los cuartos, muchos mueblecitos bien arreglados, con coco punzó ; las camas, todas bien tendidas, con sus buenas frazadas ; un ropero repleto de ropa blanca, nada más que para los usos caseros, y un gran baúl lleno de ropa, para los muchachos.

Doña María tiene máquina de coser, y ella misma corta y cose todo, que es una maravilla.

¡ Y cómo se come bien allá, Anacleto ! Un puchero no más, una tortilla y arroz con leche ; pero una cantidad de verduras de todas clases, manteca, crema, qué sé yo ; un almuerzo, pero en regla, en una mesa bien puesta, con su mantel planchado, que daba apetito con sólo verlo.

Deben de estar muy bien estos extranjeros.»

Doña Baldomera exageraba ; estos extranjeros ocupaban un puesto igual al de ella, pagaban el mismo arrendamiento ; tenían, como don Anacleto, una majada, algunas vacas y bastantes hijos, y compraban también en la pulpería cajones vacíos para hacer muebles.

Lo que sí, es cierto, habían aprendido, desde chicos, a nunca quedar ociosos, y trataban de que sus hijos hicieran lo mismo, enseñándoles a hacer uso constante de sus diez dedos.

PAZ Y JUSTICIA

Se iban acabando las últimas ovejas de la última chiquerada; el agarrador recogía las maneas, las tijeras corrían a todo vuelo, agarradas a dos puños, y cortaban, cortaban, apuradas y cansadas, la lana, y a veces el cutis, para concluir de una vez. Ladislao se enderezó, manteniendo con el pie la oveja desmaneada, a la cual sólo le quedaba por pelar la barriga y las patas, y le dijo al mayordomo:

—Patrón, no voy a poder venir el lunes.

—¿Por?

—Porque tengo que ir al pueblo, a las elecciones.

—¿A las elecciones? ¿Y qué elecciones son? —preguntó el mayordomo, asombrado de que Ladislao pudiese tener tanto empeño en cumplir con sus deberes cívicos.

—No sé, patrón, pero he prometido ir.

—Pero, ¿serán municipales, provinciales, nacionales?

—¿Qué sé yo, señor? pero le prometí a don Narciso ir a votar, porque así me lo pidió, cuan-

do lo compuso a Manuel, mi hermano, por esa pelea que tuvo el mes pasado, y en la cual cortó medio feo a Juan Sota.

—¡ Al diablo con las elecciones ! en fin, si es así, vaya no más.

Y Ladislao se fué, haciendo, en la noche del sábado, diez y ocho leguas, y diez y ocho, el lunes, para volver a su casa, todo para cumplir con ese singular compromiso de dar su voto a un desconocido, para una función desconocida, en cambio de la absolución de un culpable.

Pero don Narciso lo recibió muy bien, y cuando se presentó en la plaza, para que le indicasen el bando con el cual se debía juntar, fué presentado al juez de paz, con los demás votantes ; y este magistrado les dirigió la palabra, dándoles las gracias en nombre del gobierno y hablándoles de la Constitución, de la patria, de los deberes del ciudadano y de varias otras cosas por el estilo, que por retumbantes que fueran, no les llamaron mayormente la atención ; agregando que después de la elección, habría carne con cuero ; esto sí, lo entendieron bien, vivando ruidosamente al orador.

Y el juez de paz los dejó y volvió al juzgado, donde lo esperaba, según le avisaron, un hombre, para un asunto urgente.

El juzgado era la sala de una casa esquina : un asta-bandera en la azotea, un escudo encima de la puerta principal ; un vigilante, de guardia, muy ocupado en repartir sonrisas y piropos a las chinas que pasaban en la vereda,

eran los signos exteriores que diferenciaban de las demás casas del pueblo, ese templo de la justicia.

En el interior, un plano del pueblito, otro del partido, varios proyectos de iglesia y de escuela, estas aspiraciones natas de toda población naciente, irrealizables siempre, por falta de fondos, adornaban las paredes de la sala, con avisos para el pago de la contribución y de las patentes ; en la mesa, un escribiente extendía una guía, ese documento de dos filos que, bajo pretexto de proteger los intereses legítimos del criador, se ha vuelto instrumento de su despojo, al buscar en él las municipalidades despilfarradoras, una elástica fuente de recursos, y cuya fácil falsificación permite a los empleados infieles aliarse con audaces cuatreros, para saquear, por otro lado, la propiedad del hacendado.

El juez pasó con el individuo que lo estaba esperando, a otro cuarto que le servía de oficina particular.

—Señor—le dijo éste,—venía a ver si usted podía arreglar el asunto que tengo con don Justo.

—¿Qué asunto?

—Unas ovejas que, no sé cómo, señor, han encontrado, contraseñaladas, en mi majada. Dicen que soy yo, y me han metido pleito.

—¡ Ah ! sí ; me acuerdo. Pero es de suma gravedad, esto, amigo, y no se va a poder arreglar. ¿Quién sabe si no le cuesta todo lo que tiene,

y si se libra de una temporada en la cárcel? Mire que, hoy, se han puesto muy severos para el abigeato.

—Pero, señor, si no he sido yo; ha de haber sido alguno que me quiso embromar.

—¿Qué quiere? amigo; todas las pruebas están en su contra; no puedo yo hacer nada.

—Pero, señor juez...

—También le diré una cosa: en las últimas elecciones, usted cometió la barbaridad de votar en contra de nuestro partido, y se me enojaría don Narciso, si me empeñase en su favor.

—Señor, lo he visto a don Narciso, y me dijo él que arreglase con usted.

—¿Le dijo? ¡Ah! entonces, cambia de especie; pero, con todo, me parece difícil, porque, al fin, la justicia es la justicia.

—Pagaría, señor. Aquí traía mil doscientos pesos, todo lo que pude juntar, pidiendo prestado y empeñándome, por tal que todo quede arreglado.

—Bueno; quizás... Es muy difícil; don Justo es hombre bueno, pero muy testarudo, cuando se trata de robos de hacienda. En fin, déme la plata y haré lo posible; por tal que, por otra parte, se comprometa a acompañarnos cuando haya alguna otra elección.

El paisano lo prometió todo, sacó del tirador el rollo, y al remitírselo al juez, pidió tímidamente un recibito.

—Se lo daré cuando hayamos arreglado con don Justo—y agregó:—No vaya a decir a na-

die cuanto le cuesta, pues todos dirían que es demasiado poco y me armarían un bochinche.

Poco tiempo después, el juez mandó llamar a don Justo, y le hizo comprender que no valía la pena seguir pleito a semejante infeliz; que tampoco, quizás, era él el culpable; que podía ser, lo de las ovejas contraseñaladas encontradas en su majada, alguna venganza de peón despedido o quién sabe qué.

—Y a más, ¿qué es lo que va a sacar de él? —le dijo.—El hombre es pobre. ¿Quién sabe si a usted, por fin, no le viene a costar muchos dolores de cabeza y dinero, encima?

Sin mayor trabajo, dejó convencido a don Justo que doscientos pesos era todo lo que razonablemente se podía sacar del individuo en cuestión, y que con esto, cobraría, bien pagas, las ovejas que le pudieran faltar.

Algo es algo, y don Justo se llevó la promesa de los doscientos pesos, considerando que no había del todo perdido el día.

*
* *

El puesto de juez de paz es honorífico; y ¿cómo no se va a entender, entonces, que tengan que encontrarse algunas compensaciones a los sinsabores inherentes al ejercicio del poder? Esto de tener que distribuir a cada uno lo poco que, en este mundo, le deba tocar de paz y de

justicia, no deja de ser algo fastidioso, y si no hubiera, de cuando en cuando, algún arreglo provechoso, o alguna recogida de animales de marcas desconocidas, o concesiones de tierras municipales, cuyos mejores lotes es fácil reservar, o cualquiera otra cosita, ¿adónde iríamos a parar los jueces de paz?

EL TIRADOR

—«¡ A ver, mozo ! Un tirador.»

El mozo era un galleguito recién llegado, cuyo espíritu crítico no había tenido todavía tiempo de desarrollarse bastante para que pudiera hacer la diferencia entre un cliente y otro cliente, y ya que le pedían un tirador, y que los tiradores colgaban de las vigas del techo, agarró una caña larga, armada de un gancho en la punta, y empezó a descolgar y a depositar en el mostrador todos los tiradores de la casa.

Si hubiese echado primero una ojeada en el parroquiano, se habría dado cuenta de que éste no era más que un gaucho cualquiera, un peón, y que era inútil deslumbrar con semejante profusión de muestras a quien sólo era capaz de comprar un pobre tirador de carpincho, de los más baratos.

Tentador era, por cierto, el surtido : tiradores de toda laya y de todos precios, anchos y angostos, con bolsillo para el revólver o sin él ; con hebilla de acero o con ojales para botones de plata ; de carpincho y de vaqueta, de imitación de cuero de cocodrilo, de tafilete y de gamuza ;

algunos, bordados con flores de todos colores, otros, con magnífico escudo patrio en perlas, que por poco lo hubiera hecho parecer al que lo llevara, todo un presidente de la República, y más, teniendo el mismo emblema en las botas acartonadas, con arrugas artificiales, último grito de la moda de entonces, en la Pampa : ¡ y qué grito !

Claro es que, en este mundo, cada hombre necesita un tirador ; para el gaucho andariego, es la caja de seguridad, donde conserva todo lo que posee de mayor precio : es el cinturón que detiene las puntas del chiripá y sirve de asiento al cuchillo ; en sus tres o cuatro bolsillos, se resguarda el boleto de la marca, para evitar tropiezos en el camino, cuando se va de viaje, arreando la tropilla ; y el boleto de la señal de las ovejas, con la papeleta de Guardia nacional, el papel de pitar y los pesitos que, por casualidad, y por poco tiempo, hay que encerrar. La cartera los acompaña, con sus hojas grasientas y su lápiz, para pintar marcas de animales perdidos o apuntar algún dato.

Otras cosas habrá todavía, pues cada uno es dueño ¿no es cierto? mientras algo quepa en ellos, de echar a sus bolsillos cualquier cosa.

Hay tiradores especiales para los trabajos de a pie, con lazo ; pues no es todo pialar un animal o enlazarlo ; es preciso detenerlo hasta que lo volteen ; para esto es el *culero*, delantal de cuero que cuelga de la parte posterior del tirador y permite hacer fuerza con todo el cuerpo,

y apoyar en las piernas así garantidas, el lazo, antes que resbale en las manos, quemándolas, cruelmente, a veces. El que usa culero es gaucho guapo siempre, y fortacho; ¿de qué le serviría a un flojo? de parada, no más; pues, con culero o sin él, lo mismo se dejará arrastrar por el animal enlazado, hasta que lo suelte, esputándole ajos, porque se lleva el lazo.

Es el antípodo del tirador angosto, de gamuza, de hebillas de acero relucientes, cuyos bolsillos sólo pueden servir para guardar plata en billetes grandes, y que lleva el joven estanciero, cuando viene a pasar una temporada en el campo y trata de dar a su persona el aspecto pintoresco que requiere la situación: bombachas anchas y botas cortas, el sombrero gauchito lindamente puesto, y, en la cintura, el revólver, discretamente amenazador y cuya boca sugestiva infunde respeto.

El ancho y sólido tirador de carpincho ciñe la musculosa cintura de los trabajadores, de los vascos ovejeros, de los que necesitan bolsillos grandes para amontonar los pesos, ganados de a uno, con el sudor de su frente. No es elegante, y se vuelve, con el tiempo y el uso, mugriento y ajado, dejando bostezar los bolsillos cansados.

Es cierto que este mismo tirador sencillo, modesto y sin pretensión, suele, a veces, ensancharse en la opulenta panza de algún resero cargado de pesos, o en el talle elegante de algún gaucho compadre, en vena de prosperidad, con

un lujo de adornos y de monedas de plata, capaz de tentar a algún pobre.

La hebilla, toda de plata, es la misma marca del envidiado dueño de tanta maravilla, y alrededor, resplandece todo un mosaico de monedas de todo tamaño y de toda procedencia: patacones españoles, de columnas, gastados, pero de buena ley, y piezas de cinco francos, con la cara olvidada de Luis Felipe; dolares americanos, de águila y estrellas; piezas chilenas, con el cóndor, rapiñador hambriento, y bolivianos humildes, con la palmera achatada, mal acuñadas y de valor mermado; soles peruanos, algo borrados y águilas mejicanas, tragándose víboras.

El tirador de flores bordadas sienta a la juventud amorosa, y sucede que la bordadora, en un arrebato de imaginación—quizás era joven también, y soñaba de besos dados y devueltos, —ha pintado dos corazones unidos, atravesados por una flecha.

¡Bendito sea Dios! ¡y también le hizo bolsillos! ¿para qué? si su dueño todavía no posee más que su bigote naciente y su buena figura? ¿o sólo será para alojar, lo que en todas partes cabe, alguna risueña esperanza?

El viejo Zuviría, él, ya no tiene esperanza que alojar, ni tirador para ello; hace años que nunca se ha juntado con bastante plata para no poder chupársela toda, y nunca le ha quedado para comprar tirador. Se contenta con una faja; no la faja ancha y larga, de lana azul o co-

lorada, en la cual algunos extranjeros suelen envolverse tres o cuatro veces el cuerpo, sino una pobre, miserable fajita, angosta, de algodón, descolorida y sucia, torcida por el uso como hilo de acarreto, y que cuelga desatada, cuando está borracho, haciendo acordar, a pesar de la gran flacura de su dueño : *que al que nace barrigón, es al ñudo que lo fajen.*

CARNE AJENA

—Señor, venía a ver si usted me podría dar licencia para hacer un ranchito en el fondo de su campo, allá, en la orilla del cañadón. No lo estorbaría en nada, señor, pues, fuera de unas lecheritas, no tengo hacienda ninguna.

—Mire, amigo Montoya; no puedo, porque como usted tiene mucha familia y poca hacienda, siempre estaría yo con la pesadilla de que carnea de la mía, y viviría intranquilo. Es mejor que busque su comodidad en otra parte.

Y Montoya se fué, medio pasmado de tamaña verdad, expresada con tanta frescura.

*
* *

—¡ Oh ! ¡ Señor ! dénos hoy nuestra carne cotidiana.

El pan es todavía un artículo de lujo en muchas partes de la Pampa ; la misma galleta tiene que ser excluída de muchos hogares ; y pedir a Dios el pan cotidiano sería, de parte del

gaucho, casi tan osado, como para los pobres de las ciudades, pedirle manteca. Pero algo tiene que comer ; lo que gana en changuitas se va en vicios : yerba, tabaco y otras cositas, y aunque tuviera pesos de sobra, no le vendría seguramente la idea de ir a comprar carne. ¿Ir a pedirla en la vecindad? esto está bueno una vez por casualidad ; y por lo que es de carnear de los cincuenta guachos que forman su majada, o de las diez lecheras que componen su rodeo, ni pensarlo.

Pero estos pocos animalitos son la pantalla bendita que tapa los misterios de la milagrosa multiplicación de la carne gorda, siempre colgada de la cumbrera del rancho. Quien tiene ovejas, bien puede carnear un capón para su consumo ; y no puede extrañar nadie que, teniendo vacas, mate una, de vez en cuando, para comer a su gusto y mandar a los amigos un cuarto o un costillar. El hombre tiene su marca bien registrada, y el boleto de señal de sus ovejas ; ¿por qué no tendría, como cualquier otro hacendado, cueros para vender... y para cortar?

Lo único, quizá, que podría parecer extraño, es que, con tan poco capital, no sólo viva bien una familia tan numerosa, sino que también aumente el rebaño, a pesar de la gran cantidad de cueros vendidos al pulpero y acreditados en la libreta.

¿Será que como la familia es numerosa, y que todos sus miembros, grandes y chicos, no se ocupan más que en cuidar sus haberes, la ha-

cienda tiene que prosperar a la fuerza, mucho más que la del estanciero vecino, que hace cuidar la suya por peones a sueldo? No hay duda que así sea; y ¡qué diferencia en todo! El estanciero, por economía, come puras ovejas y vacas viejas, muchas veces no muy gordas; mientras que el que le dije siempre carnea gordo. ¡Lo que es, amigo, el trabajo personal!

*

* *

La carne va tomando valor, con el incremento de la exportación; pero todavía es, y por algún tiempo, será, para el paisano, a la vez que el alimento primordial, un objeto de liberal desperdicio: ¿y no se dejaban, antes, podrir en el campo, las osamentas a millares, cuando se trataba sólo de recoger cueros?

Lo que abunda no vale, y el gaucho hambriento muy bien volteará una res por el solo placer de llevar para su casa un matambre, echando a perder un valor—ajeno, es cierto—de treinta o cuarenta pesos, para conseguir un bocado que no vale ni cuarenta centavos, y que le hubieran regalado, si lo hubiera querido pedir.

¡Ah! pero es que el atractivo de la carne ajena es atávico, en la Pampa. El pobre que carnea ajeno para evitar el hambre, merece, por cierto, indulgencia, cuando no se vuelve por demás dañino y no mata por matar, como el pu-

ma ; pero, ¿qué diremos del hacendado rico que no puede ver un animal ajeno en su rodeo o en su majada, sin que le venga el agua a la boca ; para quien es amarga la carne de las vacas de su marca y sabrosa la del vecino?

Y no es una excepción ; la excepción está del otro lado ; es cosa corriente, en los campos de afuera, por lo menos ; y, entre vecinos, hasta objeto de espirituales chanzas :

—¡ Qué rica, amigo, la carne de la marca del candelero !

—No tan rica como la de la llave ; ¡ jugosa, la vaquillona colorada que carneamos el otro día !

—¿ De veras? ¡ Caramba ! me hubieran convidado.

—¡ Qué esperanza ! ¡ no ve que esa carne no le hubiera sentado, por la poca costumbre que tiene de comer de ella !

Y como lo ajeno poco cuesta, se tira la carne, se malgasta el cuero, se desperdician bienes materiales y se perpetúa la desmoralización.

Si Dios hubiera ubicado en la Pampa el paraíso terrestre, el Espíritu del mal, no encontrando manzana para tentar al hombre, se hubiera contentado con deslizar en la majada de Adán, una borrega gorda de la señal del Señor, o en su rodeo, una vaquillona apetitosa de la hacienda celeste. El éxito hubiera sido seguro, aun sin necesitar a Eva para nada.

HUASCAS

Entró en la casa de negocio un joven de diez y ocho a veinte años, de cara más rosada que tostada, de bigote naciente, retorcido para arriba, y que no dejaba de tener buena figura, con su boina azul, su chiripá y sus alpargatas, su tirador bordado y el pañuelo floreado, de seda, medio suelto en el pescuezo.

—¡Gauchito lindo!—murmuró, al verlo, un criollo viejo, recostado en el mostrador, acordándose de los tiempos en que también él solía lucir su elegancia; y se quedó mirándolo con interés.

El muchacho, carrero de oficio, compró algunas chucherías, chacoteando alegremente con el mozo; y divisando, colgado de un estante, un cabestro que por lo muy flamante, y lo demasiado pulido, olía, a pesar de ser de cuero crudo, a talabartería de poblado, pidió al mozo que se lo alcanzara.

—Te lo vendo—dijo éste;—cuatro pesos.

El joven había desatado y desarrollado el cabestro; lo estiraba, lo miraba, tentado, y acabó

por ofrecer tres pesos. La discusión fué corta, y se lo dejó el mozo por el precio ofrecido, asegurándole que era pichincha.

—Te lo tomo porque es bueno—contestó el criollito, en tono de conocedor ;—siempre tengo que atar animales ariscos y necesito buenas huascas.

Esa palabra quichúa : huasca—cadena,—evocadora de Huascar, último poseedor de la legendaria cadena de oro, emblema de la omnipotencia de los Incas, antes de la conquista española, sólo designa—ahora que de sus montañas fértiles en oro, ha bajado a la llanura,—todas las sogas de cuero crudo usadas por el hijo de la Pampa en sus faenas. Fácilmente se comprende qué prolijidad exige la fabricación de estas sogas, de cuya solidez pueden depender, a menudo, el éxito de un trabajo, la seguridad de un animal, y hasta la vida de un hombre ; y por esto, se volvió extrañeza, y casi desprecio, el interés con que el gaucho viejo miraba al carrerito, al ver que compraba cabestros cortos y delgados, hechos, quién sabe por quién, y con qué cuero.

—Pues amigo—pensaba :—¡ cómo serán de ariscos los redomones para semejantes maneadores !

Y casi se quedó atónito, al ver que, a más del cabestro, compraba el otro diez metros de cabo de manila, para completar el surtido.

¡ Miren ! ¡ cabo de manila para atar caballos ! y el viejo, atorrante y matrero mal domado, vol-

vía a los años de su juventud, cuando para hacerse de una buena cincha, ancha y sin defectos, se elegía una res de poca marca, y se mataba, nada más que para esto.

No faltaban entonces huascas, en las estancias ; pues en campos abiertos, como lo eran todos, nunca faltan en los rodeos animales ajenos ; y de los cueros ajenos salen las huascas más fuertes... porque se cortan más anchas. Pero, como el rico siempre es algo mezquino, porque sabe que es el mejor medio de conservarse rico, mientras que para el pobre, todo animal es ajeno, tenía cualquier gaucho, en algún rincón del rancho, a más del apero corriente, un surtido completo de maneas y cabestros, lazos y boleadoras, cinchones y bozales, maneadores y cinchas, riendas y rebenques, y de todo.

¡ Qué ocurrencia hubiera parecido entonces atar un caballo con cabo de manila ! ¡ ni los napolitanos !

Tampoco se necesitaba talabartero para trabajar huascas. Cualquier gaucho lo era : con el cuchillo para cortar, la lesna para coser, la maceta para ablandar, y la horqueta para sobar ; grasa de potro, en invierno, de vaca, en verano, un rollito de lonja de potrillo para tientos, saliva para remojarlos y larga paciencia, el taller estaba armado. Esa sí que era industria nacional ; y sin pedir protección a nadie. Por tal que la policía hiciera la vista gorda, no había peligro que se importasen huascas trabajadas en Europa ; sobraban las de acá ; y como los milicos

también necesitaban riendas, cabestros y cinchas, se surtían en cualquier parte. ¿Cuándo va a faltar un bozal para ganarse un amigo?

Este arte tan criollo de trabajar lindamente las huascas de uso corriente, que era cosa común en la campaña, hace veinte años, se va perdiendo bastante. El gaucho tiene pocos cueros a su disposición, y menos ocios, y ya pasó el tiempo de voracear con las huascas. Un lazo trenzado es, hoy, objeto de lujo que se conserva con cuidado; y un maneador de tres dedos de ancho y de algunos metros de largo en manos de un peón, hace sospechar que lo ha de haber comprado en noche obscura y sin pedir certificado.

La bota de potro se ha vuelto prenda de museo, y los hijos de Martín Fierro van a la escuela, de alpargatas, conversando, algunos de ellos, de los caballos... vapor de la trilladora, montados en sillas, con cinchas de algodón trenzado y sobrecinchas de género.

Y cuando se fué el mocito, llevándose su cabestro tan pueblero y su cabo de manila, el gaucho viejo, acabando de un trago su copa de ginebra, rezongó :

—Los criollos de hoy, amigo, son lonjas de otro cuero que los de ayer.

*
* *

Mucho antes que los criollos, hubo quien supo de un cuero sacar lonjas bien cortadas ; pues

cuentan que la reina de Tiro, Dido, al llegar, fugitiva, en las costas africanas, después de conseguir de los habitantes la concesión—según su pedido—de la tierra que podría encerrar en un cuero de vaca, cortó el cuero en lonjitas largas y delgadas, abarcando así una extensión de terreno tal que pudo, en ella, fundar la ciudad de Cartago, y tarde vieron los incautos africanos que se habían *pisado la huasca.* Fué el estreno de la fe púnica. Los cartagineses modernos reemplazan, en América, el cuero de vaca y las lonjas con rieles de ferrocarril.

PARADAS COSMOPOLITAS

—Mire, don Anacleto ; ¿ por qué no se retira? Mejor que se vaya para su casa, hombre, a dormir. ¡ Mañana será otro día ! — decía, con tono persuasivo, don Juan Antonio a un gaucho algo entrado en años y bastante ebrio, que empezaba a meter bulla.

Pero, en este mismo momento, entró en la casa el hijo mayor de don Anacleto, hombre ya, y conocido por guapo, que venía en busca del padre ; y el gaucho viejo, sintiéndose con resguardo seguro, se afirmó en el mostrador y echó a compadrear más fuerte que antes.

Pidió otra copa, a pesar de la discreta exhortación del hijo, que le aseguraba que su mamá los esperaba para comer ; y empezó a explicar, sin que nadie lo hubiera provocado, y a repetir con insistencia tenaz y cargosa :

«Que él no tenía miedo a nadie, y que quien lo buscaba lo encontraba, y que a nadie le sabía mezquinar el cuerpo ; que bien sabía que hay hombres que lo quieren embromar a uno, y ponerlo en compromisos, pero que él era pobre

y honrado y no se dejaba pisar, y que todavía sabría enseñarles, a esos compadritos lampiños, que el viejo Anacleto era capaz de ponerlos a raya ; y que no, por unos mocosos, aunque fueran extranjeros, iba a dejar el sitio ; que él era buen criollo, y que sólo a los ingleses los respetaba, porque había tenido un patrón inglés, que si no lo hubiera echado, todavía estaría con él ; y que mientras habría un gaucho para pelear, ahí estaría Anacleto.»

¡ Parada ! ¡ pura parada ! pero parada de gaucho borracho, fastidiosa como el ruido de la lluvia tormentosa en techo de fierro ; enervante, porque nunca se sabe si no traerá alguna manga de piedra, o—si dura,—algún desastre.

Hay paradas más inofensivas. Miren el tordillo viejo, si supiera todo el miedo que le tiene el maturrango a quién lleva de jinete, capaz sería de erguir la cabeza, y acordándose de otros tiempos, de echar a corcovear. Y seguramente, en ese caso, el pobre Nicolás Guazzalone, venido, hace poco, de Nápoles, no demoraría ni un minuto en comprar terreno. Pero el tordillo es sumamente pacífico, y sólo extraña que su jinete lo sujete de la rienda, como si fuera redomón, y lo haga trotear corto y seco, en vez de dejarlo galopar como acostumbra.

El amigo Nicolás, con las piernas medio descuartizadas por lo ancho del recado que le han prestado, con los pies fuera de los estribos, y abiertos como hojas de guadaña, suda a mares

y salta como mano de mortero pisando mazamorra.

Su pantalón está ya a la altura de las rodillas, el sombrero bambolea ; la mano derecha, armada del rebenque, busca, inquieta, donde prenderse, en las pilchas del recado, y la catástrofe final le parece tan cercana al imprudente, que ya encomienda sus huesos a la Santa Madona, cuando, de repente, en movimiento involuntario, afloja la rienda, y el tordillo echa a galopar, con el ritmo suave del caballo pampeano.

El susto fué rudo, pero breve ; el mismo galope restableció el equilibrio físico y moral del jinete ; y Nicolás Guazzalone, cuando vuelve a pasar por delante de la puerta de la casa de negocio, donde le había parecido oir, momentos antes, un concierto de risas burlonas, aunque siempre tenga los pies abiertos, el sombrero en la nuca, y el pantalón arremangado, lleva ya inscripta en la mirada orgullosa, la conciencia de su valor como amansador de animales ariscos, y hasta se atreve a castigar el tordillo, arriesgada parada, ésta, que casi descompone las cosas.

Con todo, el napolitano, a los pocos meses, se ha vuelto tan compadre, que podría ser peligroso, a ratos, expresar dudas demasiado acentuadas sobre alguna de las inauditas proezas de que se alaba, pues lleva en la cintura tamaña cuchilla, mal afilada, es cierto, pero sospechosa

de traicionera, y un tremendo «ribólbere», como lo llama él.

Dios los cría y ellos se juntan : al airoso hijo del Vesubio, de palabra redundante y de mirada torva, que a fuerza de paradas y de jeringonza gesticulante, ha logrado criar fama de malo, dándoles a los gauchos del pago las ganas de probarle las costillas, a la vez que cierto recelo para empezar, se ha pegado como garrapata, Ramón Olivares, español, acopiador de frutos, de boca más zafada que un juramento, y más guapo—en palabras,—que el mismo Matamoros.

Es un dúo lindo, cuando cuentan sus hazañas los dos compañeros ; si de peleas hablan, puras victorias han sido ; y si de negocios, pichinchas resultan todas las compras, y cada venta, una fortuna.

Lo que sí, un día que subía de punto el interés, al articular enfáticamente Olivares, que «¡ al ver el peligro, había salido como un rayo !» un gaucho, medio divertido, agregó : «por la puerta del fondo» ; y no rectificó el narrador.

Puede ser que haya sido porque, justamente, en ese momento, discutía, elevando la voz, un oficial albañil, francés de nacionalidad, con un peoncito que le quería ayudar a transportar una escalera pesadísima.

—¡ Oh ! ¡ decaté de ambromar ! — le dijo el francés, hombre de poca estatura, pero de anchas espaldas y de aspecto nervioso, vestido de blusa azul y de pantalón ancho de corderoy.

Y, alzando solo la escalera, la llevó, erguido, concentrando toda su energía en no aflojar más, bajo su peso, que si hubiera sido de pluma, para él.

Esfuerzo bárbaro, reventador, inútil y gratuito, pero debidamente compensado—para el buen francés que era y que, como tal, no sospechaba que toda admiración encierra una levadurita de envidia y por consiguiente de odio,—por el aplauso, criollamente pasivo y mudo, de los concurrentes.

Entre éstos estaba Mr. Goldenclaw, medio ingeniero del ferrocarril, hombre fornido y fuerte, de pelo rubio como el sol y de cara colorada, que fumando tranquilamente en su pito de madera, apoyado de espaldas en el mostrador, y vaciando y volviendo a llenar su copa de whisky, consideraba con desdeñoso interés, el instructivo espectáculo de todo este latinaje, que se desgastaba en palabras vanas y gestos improductivos.

El, no; gracias al irresistible poder de las libras esterlinas, sus atrevidas, frías y proficuas compatriotas, paulatinas conquistadoras de la Pampa y de todo lo que en ella se vende, almas y cosas, no tenía más que dirigir, descansado, y con sueldo gordo, los trabajos rudos hechos por esos mismos latinos, pobres, flacos, harapientos y bochincheros, que siempre tiran inútilmente la plata, o la amontonan sin usarla.

Impasible, pensaba, con razón, que pueden quedar callados ciertos orgullos, de tamaño su-

ficiente para que todos los vean, sin que necesiten gritar : «¡ Aquí estoy !»

Y parecía ser de la misma opinión, un alemán, vendedor, ambulante todavía, pero con aspiraciones a establecerse pronto, «te basdelidos y te una borción de odras gozas», que con su canasta del brazo, miraba con atención al inglés, pensando ya que también esto se puede imitar.

AL TRANCO

Durante todo el invierno, las mujeres de la familia han trabajado con empeño para completar el surtido de matras, sobrepuestos, cobijas y ponchos, tejidos con la lana grosera de sus ovejas criollas ; y al asomar la primavera, pueden salir los muchachos a vender, por la provincia de Buenos Aires, los productos de la primitiva industria santiagueña.

Saldrán al tranquito, por grupos, y al tranquito, recorrerán centenares de leguas ; los caballos son escasos en Santiago del Estero ; se crían mal, por las palmeritas que cubren el suelo, y hay que cuidarlos mucho.

De puesto en puesto, irán ofreciendo su mercadería : las matras espesas de lana que duran años y los ponchos pesados e impermeables, de colores vistosos, gritones, con flores en relieve. Tentarán a la mujer, con una cobija colorada, capaz de desafiar las heladas más crudas ; al marido, con un sobrepuesto de un verde que hace llorar, con el cual se podrá lucir en las reuniones ; y si hay todavía algunos pesitos en

el baúl, fácil es que los santiagueños hagan el día. De cualquier modo, trocarán algo, siempre, por yeguas que amansarán o mancarrones bichocos, superiores todavía para el tranco, sin contar con el asado que, de llapa, les darán.

Pero pocos son los que tienen tejidos para vender, en suficiente cantidad para que su producto les alcance a pasar todo el invierno ; y se juntan entonces por bandadas, cruzando campo, al tranco siempre, en busca de los trabajos rápidos y bien pagos, como los de esquila y de cosecha, que llenan en pocos días la maleta del hombre empeñoso y sobrio y lo arman de recursos para larga temporada.

Por cierto que, por los 1860, debían de ser pocas, en Santiago del Estero, las ocasiones de ganarse con sus brazos una onza de oro ; mientras que en la provincia de Buenos Aires, y con sólo cruzar apenas unas ciento cincuenta leguas, cortando de punta a punta la provincia de Córdoba, mal despierta, también, ella, de su sueño secular, había un punto—y pronto se supo—donde dos franceses sembraban trigo y pagaban para segarlo con la hoz, una onza las *diez tareas*, o sea una cuadra.

El precio era lindo, y se juntaba la santiagueñada, que daba gusto, en el momento de la mies. Pero más lindo era el precio del trigo que, también, se vendía una onza la fanega ; y como no siempre hay caballos para la vuelta, o que muchas veces faltan las ganas de dejar un pago de vida abundante y fácil, para cruzar otra

vez al tranco ciento cincuenta leguas de pampa, entre penurias de todas clases, para volver a encontrar en la querencia las mismas penurias, muchos se quedaban a sembrar trigo también. Y fué fundado Chivilcoy.

No se sembraba trigo en toda la provincia, pero en todas partes se criaban ovejas y vacas, y se necesitaban peones y puesteros. ¿Quién resiste a la oferta de una majada al tercio, en campo fértil y extenso, con la celestial perspectiva de un continuo *far niente*, acompañado de churrascos a discreción, con carne gorda colgada siempre del alero, con libreta garantida por el patrón para la yerba, el tabaco... y la caña, que tan suaves cosquillas hace en la garganta cansada de charlar en la pulpería? ¡ Si quita esto hasta las ganas de irse robando caballos para volver a Santiago ! Y se fundaron así, por miles, hogares en la pampa porteña.

La corriente que así se desprende de la llanura santiagueña, y corre despacio, deslizándose sin meter bulla, modesta como es, por la pampa de Córdoba, arrastra, de vez en cuando, por la fuerza del ejemplo, a paisanos cordobeses que también quieren tentar fortuna. Hijos humildes de provincias todavía pobres, hechos industriosos por esa misma pobreza ; acostumbrados, desde niños, a cuidar con esmero los cuatro animales paternos, traen a la provincia orgullosa de sus innumerables haciendas, cantidad de conocimientos útiles y de habilidades y prácticas inge-

niosas, que aplicadas en mayor escala a los rebaños porteños, han sido todo un progreso.

En cambio, los que a su tierra vuelven, atraídos irresistiblemente por el amor a la querencia, o porque tienen allá familia numerosa difícil de mover, llevan a sus provincias—alzadas sin saber cómo, lo mismo que las carretillas que por el camino se les han pegado a las caronillas—ideas nuevas, más amplias, más generosas, más humanas. En su tierra pobre y todavía mal preparada, no germinarán seguramente todas las semillas de trébol que llevan ; tampoco se desarrollarán de golpe todas las ideas recién injertadas en su cerebro primitivo, pero vendrá el día—ha venido ya—en que brotarán, cundirán, abundarán los gérmenes así juntados y mezclados, para desarrollarse en planta lozana.

Y esa planta, cada día más lozana, es la Unidad Nacional.

Llegará el día, en que el acento arribeño, de que, por costumbre vieja, tiene propensión el porteño a sonreirse siempre un poco, pasará desapercibido. No se siente ya en la pronunciación del santiagueño, cuando preguntado por su huésped, de qué provincia es, sencillamente contesta : «Soy áárgentino».

MARCAS DE FUEGO

Desde pocos momentos, un forastero, al parecer español, y—por el traje—seguramente pueblero, había atado al palenque su caballo, antes de entrar en la pulpería.

Sin que lo pudiera notar, por lo velado de las alusiones cambiadas, sin mirarlo siquiera, alrededor de él, entre varios gauchos, vecinos del pago, ocupados, cuando había entrado, unos en tomar la copa, otros en comprar algunos artículos para su consumo, era él, y más que él todavía, el caballo que traía, objeto de todas las conversaciones.

—¿Cuánto pagará don Ambrosio por las albricias?

—¿Quién se lo habrá prestado?

—¿Tendrá certificado?

—Recado pesado va a ser, para llevárselo al hombro.

—Puede ser que se lo venda.

—Voy a que ya lo compró una vez.

—¿Si tendrá toda la tropilla?

Y mientras el forastero, que era un acopia-

dor de frutos, pasaba al interior del almacén, a ver los cueros que el pulpero tenía para vender, los tertulianos se acercaron al palenque y comprobaron, sin que la menor duda fuera posible, que el caballo era bien uno de la tropilla de moros que, hacía más de un año, le habían robado, una noche, a don Ambrosio Cascallares, capataz de un establecimiento vecino.

Uno de ellos montó a caballo y lo fué a avisar, mientras los demás volvían al mostrador, a matar el tiempo, hasta que empezase la función.

Media hora había pasado; salió de adentro el acopiador, despidiéndose del pulpero, y se preparaba a asegurar la cincha del caballo, cuando se apeó don Ambrosio.

—Buenas tardes, señor—le dijo al español:—¿me permite una palabra?

Y, habiéndose apartado algunos pasos, don Ambrosio le enseñó el boleto que lo acreditaba como dueño de la marca del caballo en el cual había venido, preguntándole al mismo tiempo cómo lo tenía, y si poseía algún certificado de que se pudiera valer, para probar que lo había comprado, y a quién.

No estaban tan lejos de la pulpería que los parroquianos no pudiesen seguir con atención toda la escena, que parecía interesarlos sobremanera.

El forastero quedaba muy cortado; testimonio de propiedad del caballo, no tenía ninguno; se lo habían prestado en el pueblo; un amigo,

decía, empleado en la policía. Don Ambrosio, por su parte, exigía la entrega del animal, su propiedad, como constaba del boleto de marca.

En semejante trance, acudieron al pulpero, quien, sabiendo perfectamente que el caballo era de su cliente don Ambrosio, no lo podía negar, a pesar de que, por otro lado, poco le gustaba ver a un acopiador, a quien recién conocía, pero que parecía liberal para comprar frutos, condenado, por su declaración, a sufrir la vergüenza de ser dejado a pie, en condiciones tan deplorables.

Se recurrió al alcalde, quien se pronunció por la restitución inmediata del caballo a su legítimo dueño, en cumplimiento de la ley: y se preparaba el acopiador a desensillar, cuando su paisano, el pulpero, *habilidoso*, como dice Martín Fierro, le aconsejó de comprar el animal a don Ambrosio.

Así se hizo. Don Ambrosio se lo dió por un precio acomodado, como que eran pesos que le caían del cielo, sin contar que también quedaba con la esperanza de encontrar a los demás caballos que, juntos con aquél, le habían robado. Y se fué el español, mejor sentado en la montura, como que ya el caballo era de él, y no ajeno — como, muy bien, antes, lo había sabido...

*

* *

«Esta es *mi* marca». Cuando cualquier paisa-

no, que tenga por todo haber una tropillita de mancarrones, pronuncia estas palabras, al pintar penosamente, en el suelo, con la punta del cuchillo, un dibujo complicado, lo hace con la misma solemnidad que si se tratara de la marca de Anchorena.

Es que el poseer, por estos mundos de Dios, con derecho de vida o muerte en ellos, cinco seres vivientes, marcados de un modo indeleble que afirma esta posesión, da al hombre más pobre el mismo orgullo que al más rico, la posesión de cien mil.

Encierra la propiedad de una marca, para el hombre de campo, una idea de dominación, igual a la que puede inspirar la posesión de la misma tierra a su propietario, si no mayor, pues la tierra es una cosa inerte, mientras el animal *siente* la dominación del amo.

No cabe duda que más era la orgullosa codicia del conquistador, que el apetito vil del lucro, la que hacía levantar antes del alba, al estanciero de antaño, para recoger, en la mayor extensión posible de campo, las haciendas alzadas, y chantar su marca a todo lo que caía.

¡ Y qué marcas, señor ! Esas sí que cantaban de lejos : «¡ Esta hacienda es de Fulano ! Casi tapaban todo el costillar o el cuarto, como para no dejar lugar a contramarca. Y si por herencia, reparto entre socios o venta, venía algún rodeo a cambiar de manos dos o tres veces, los pobres animales parecían verdaderos archivos de marcas, con toda la superficie del cuero que-

mada, requemada y vuelta a quemar. Por cierto que ya no se podía cortar en ellos esas primorosas cinchas anchas y sin defecto, gloria del jinete argentino.

Hoy, las marcas se han achicado ; ocupan poco lugar y se colocan en partes donde, aunque el animal llegue a sufrir, por casualidad, una regular cantidad de quemaduras, no dañan el cuero. A más, van teniendo ciertas pretensiones artísticas, reemplazando por la forma de objetos usuales o de animales, de iniciales enlazadas o de números, los dibujos de fantasía de los antepasados.

¿Serán más difíciles de falsificar con alambres u otros medios? ¿Quién sabe?

Lo cierto es que si, antes, precisaba el hacendado un ojo perspicaz para conocer, en un rodeo, los animales de su marca, hoy lo necesita, por lo menos, igual ; pues esas marcas pequeñas, cuando el pelo es de invierno, difícilmente se distinguen, en los apartes, y todavía queda por encontrarse la marca ideal.

Pero la cuestión ha perdido mucho de su importancia. La multiplicación de los alambrados que aseguran la propiedad ; el estado de mansedumbre relativa de las haciendas ; la reducción paulatina de los rodeos ; su repartición en potreritos ; el cambio radical, en fin, en el modo de trabajar, todo nos aleja, cada día más rápidamente, de los tiempos felices en que toda la ciencia del estanciero se reducía en madrugar

más que el vecino, para marcar orejanos y soltarlos, sin ocuparse más de ellos.

¡Qué poco es un cuarto de siglo! Y, sin embargo, no hace todavía veinte y cinco años que trescientas vacas, bien aquerenciadas en un campo entonces fronterizo, y arreadas por los indios en un malón con veinte mil más, de otras procedencias, volvieron, después de ser batidos los indios, a su querencia, trayendo consigo cinco o seis mil compañeras, a quienes, seguramente, habían ponderado las delicias de su campo. Entre éstas, muchas venían orejanas, y el dueño de las trescientas, que ya se había creído arruinado, se apresuró en ponerles su marca.

Esto se llamaba entonces: trabajar.

Eran los tiempos en que Catriel, arreando los caballos de un cristiano, le decía, en forma de transacción, y después de haber visto el boleto de la marca: «Marca tuya, caballo mío».

EL RECADO

Se acabó la esquila; las latas han sido cambiadas por vales contra el pulpero; la cocinera, ya medio empaquetada con pilchas compradas a unos turcos que, al olor de los pesos, han caído como chimangos sobre una osamenta, está preparando el último almuerzo. Algunos esquiladores andan por allí, recogiendo sus tropillas; otros se lavan en una tina cerca del pozo, mientras que aquéllos concluyen de perder a la taba el producto de su penoso trabajo.

—Te corro tres cuadras al gateado, ¡ché, Antonio!—grita un gaucho a otro que se viene acercando despacio al palenque, montado en pelo, en un vigoroso animal.

—No sé correr—contesta Antonio, algo serio.

Y efectivamente, no sabe correr; no juega, no toma, tampoco; es mozo trabajador y ordenado, que emplea en vestirse bien o en comprar algún animal para su tropilla, o alguna pieza para el recado, la platita que gana, fuera de lo que va para ayudar el gasto de la familia: su madre y los hermanitos.

Se apeó, y empieza a ensillar. Con la palma de la mano, limpia, acariciándolo, el lomo, sanito, del animal. Extiende encima, bien doblada, una bolsa de lona que servirá de envoltorio al recado, en caso de tener que viajar en galera o en ferrocarril, lo que, algunas veces, le sucede, cuando trabaja en arreos, pues es muy buscado por los capataces, que saben apreciar sus buenas condiciones.

Después una jerga, dura de sudor y de pelo pegado; otra jerga, más nueva; una matra de lana gruesa, muy usada; otra matra, de lana también, de fabricación santiagueña, fuerte, espesa. Encima, echa un mandil afelpado, y sobre él, una carona de cuero estampado.

Acomoda con cuidado los bastos; desliza en ellos la cincha ancha de cuero crudo, la encimera con los estribos de suela y el lazo trenzado, que cae, adorno típico y original, en la grupa: las junta con los correones. Cincha, tira con las manos y los dientes; el caballo encerrado como en un corsé, bambolea, gruñe y se resigna.

Vienen ahora los aperos de lujo: un cuero de carnero, el cojinillo chileno, un sobrepuesto grande de carpincho, y la sobrecincha de colores vistosos de los días de fiesta; mañana pondrá el cinchón de dos vueltas, de los días de trabajo.

Está ensillado el gateado. Lleva en el lomo un peso de treinta quilos y lo mejor de la fortuna de su amo, pues el recado bien completo,

con las riendas trenzadas y sus pasadores de plata, el bozal primorosamente trabajado, no dejan de representar para el peón una buena cantidad de días de trabajo.

Y atando del cabestro el caballo al palenque, Antonio se fué a almorzar.

—...¡ Se va un gateado ensillado !—gritó de repente uno de los compañeros, con el involuntario y secreto goce del que da a otro una noticia desagradable.

Se paró Antonio, y echando a la cintura el cuchillo con que estaba comiendo, de un salto estuvo en el palenque.

—Tomá el mío—le dijo otro esquilador ; y ligero, saltó y echó a correr al galope, dando una vuelta bien abierta, para no asustar al gateado que todavía no había tomado vuelo, ni desparramado las pilchas, y cortándole pronto el paso, lo agarró, sin bajar, del cabestro y lo trajo al tranco hasta el palenque.

Le había latido algo fuerte el corazón al ver así expuestas a perderse por los yuyos, los cañadones y otros escondrijos desconocidos de la Pampa, las piezas del recado, fruto de sus ahorros, que constituía para él no sólo la montura, el instrumento de su trabajo, sino también la mayor de las comodidades de su vida errante, la cama confortable para pasar noches a la intemperie.

RECUENTO

La majada está en el corral : el mayordomo debe venir a contarla, como lo hace mensualmente, para ver si faltan animales, y por esto es que, a pesar de la hora algo avanzada, la puerta queda cerrada.

Algunas ovejas, cansadas de dormir y de rumiar, se levantan, se estiran, se sacuden, dan despacio algunos pasos, se rascan contra los lienzos, topan suavemente una con otra, para desentumecerse y quitarse el frío.

En un rincón, se levantó un carnero ; después de sacudir el rocío, se aproxima despacio a las ovejas echadas y juiciosas. Las olfatea al pasar ; se para, entreabre la boca, alza el labio superior, mostrando la encía y los dientes, aspira con fuerza el aire, gruñe, agacha la cabeza y con la mano y el aspa, obliga a levantarse una borrega que le gustó. Esta huye, pudorosa, dando vueltas, y el carnero, al seguirla, se encuentra frente a frente con un competidor.

¡ Cancha ! que van a pelear. Las ovejas se paran ; unas miran, al parecer indiferentes ; otras

se retiran, como desdeñosas de esas brutalidades. Y empieza el combate. Reculan despacio los carneros : vuelven corriendo, y, con un tope tremendo, chocan las cabezas, y otra vez, topan : y otra vez : y siguen los topes, hasta que las frentes coloreen. Los otros carneros vienen a juzgar los golpes, y empiezan todos a topar entre sí, armando un bochinche que, en la vida social ovina, seguramente merecerá el título de sensacional.

Llegó el mayordomo. El puestero y los peones saltan en el corral, y, después de abrir entre dos lienzos una puertita angosta, van aproximando despacio a ella las ovejas, para que salgan de a una.

—¿No le faltarán animales, hoy, don Pedro?

—No, patrón, no. Anoche, al encerrar, vi que estaban todos los animales conocidos : dos ovejas negras y un capón, dos capones overos, una oveja con dumba y un capón con cencerro.

—En el último recuento eran 1.233.

—¡ Cabal !

Recelosas de lo que quieren exigir de ellas, las ovejas avanzan lentamente hacia la puerta, no atinando a ver la apertura pequeña que les han preparado ; hasta que una oveja vieja, para la cual la vida ya no tiene secretos, se para, mira el campo por la rendija, se acerca, se vuelve a parar, estira el pescuezo, pasa despacio, haciéndose chica, mezquinando las costillas, y,

viéndose libre, se va adelante : y sigue la chorrera, entre el mayordomo y el puestero, que cuentan ambos, con atención, los animales a medida que van saliendo.

No se necesita ser un gran matemático para contar ovejas, pero dudo que un gran matemático alcance, si lo hace por la primera vez, y también por la segunda, a contar cien sin equivocarse.

Pasan a la vez animales chicos y grandes ; pasan de a uno, de a dos, de a cuatro ; pasan atropellando unos, y corriendo, parándose otros o caminando majestuosamente ; se corta el desfile, vuelve a correr ; con la tierra en los ojos y el sol, también, si se ha colocado mal, el novicio seguramente llegará a ciento quince o se quedará en setenta y tres, cuando cualquier paisano le cantará cien y que será cierto.

«¡ Cien !» dijeron juntos nuestros hombres, y cortando la corriente con el pie levantado delante la puertita, el mayordomo hizo en la cartera una rayita con el lápiz y el puestero una tarja en el lienzo con el cuchillo.

Se echaron atrás las ovejas ; pero un borrego que iba a salir con la madre cuando lo hicieron parar, volvió hacia la puertita, ya que quedó libre, y pegando un brinco fenomenal y un balido agudo, salió disparando, seguido por otros, que atropellaron todos juntos, se apretaron en la puerta angosta, cayeron, se levantaron y volvieron a correr para juntarse con la majada, que,

ya sujetada por un muchacho a caballo, empezaba a comer.

Un capón grande, el del cencerro, como que era de campanilla, se quiso lucir ; tomó cancha, reculando, y como para enseñar a las ovejas de qué era capaz, quiso franquear con un salto la puertita y vino a pegar con la frente y con toda su fuerza en un alambre estirado en la punta de los postes ; dió vuelta entera, cayó patas arriba, y se quedó de lomo, azonzado, un buen rato.

Las ovejas no se rieron ; por lo menos, nadie las oyó.

Entre los últimos animales, llegó un carnero viejo, de astas abiertas y largas, que de frente no alcanzaba a pasar ; tuvo que retroceder ; pero volvió otra vez, con la serenidad que da la experiencia ; se arrodilló y, con paciencia, poniendo la cabeza sesgada, acabó por salvar el obstáculo.

Y cuando hubo salido toda la majada, no quedó más que una pobre oveja vieja, flaca, manca, a la cual, así mismo, tuvieron que perseguir por todo el corral ; que, al querer saltar por encima de los lienzos, quebró un listón, para probar lo cierto del refrán : «Que la oveja más ruin rompe el corral», y que, al fin, salió, tirada de espaldas por encima de los lienzos, por un peón encolerizado.

Se contaron las tarjas, y con el pico resultaron mil doscientas veinte y dos ovejas, lo que, después de descontar los cueros, permitió al

mayordomo cerciorarse, con la debida satisfacción, de que, según la costumbre inmutable en este puesto, como en todos los puestos de la estancia y los demás de la República, faltaban de la cuenta, desde el último recuento, algunas ovejas.

CURANDEROS Y MÉDICAS

En la galera de Nueve de Julio a Bolívar, subió la pareja, y saludando apenas, se acomodó lo mejor posible en medio de sus canastas y atados, mezquinando las palabras y los gestos con la majestuosa reserva de pontífices en oración.

El, grave, se sentó, en actitud hierática, tieso, la cabeza descubierta, las manos extendidas sobre el chiripá, las rodillas bien juntas, conservando inmóvil y vaga la mirada, como si su pensamiento estuviese arrebatado en insondable inmensidad ; mientras ella, con una modestia matizada de algún orgullo, sentada casi frente de él, dejaba traslucir en sus modales sumisos y afectos, la devoción ciega que profesaba a éste su amo y señor, el famoso médico del agua fría.

Gaucho vividor, el Antonio Somoza aquél, venido no se sabe bien de dónde, pero seguramente de lejos, conocedor que debía de ser del refrán que : «ninguno es profeta en su tierra», había conseguido crearse una envidiable si-

tuación... medical, en el sudoeste de la provincia de Buenos Aires.

Su aspecto físico, compuesto con el mayor cuidado, y con una ciencia teatral innata, era su primer elemento de éxito. La melena abundante y rizada, primorosamente repartida en el medio, y que lo menos posible cubría con el sombrero, venía a confundir sus rulos con los de la barba, larga y tallada en punta, como la de Jesús Nazareno, siendo a la vez tan suave y tan severa la mirada de sus grandes ojos, que era fácilmente explicable la impresión que hacía sobre los paisanos ignorantes.

Muy lindo tipo de gaucho era, en verdad, elegante y gallardo, ese Cristo de poncho y de chiripá, de botas finas y de pañuelo punzó; y quizá más temible, con su medicina, que cualquier vástago de Juan Moreira, con su cuchillo.

Su terapeútica, inocente en sí, y hasta bienhechora, hasta cierto punto, en el principio, cuando sólo usaba el agua fría en cantidad medida y prohibía el uso del alcohol, se había vuelto dañina, con el éxito y con el entusiasmo que había cundido entre la gente, al ver que no mataba a todos sus clientes. Los que salvaban cantaban su gloria; la protesta de los muertos metía poca bulla; y la fe en el agua fría fué tal, que las copitas de agua acompañadas de palabras sagradas, rumeadas por el médico, se volvieron jarros, y las unciones inocuas se volvieron baños, y los muertos entonces fueron tantos que su protesta muda empezó a dejarse oir.

El desválido, en la soledad, alejado de todo recurso; el hombre imposibilitado por una herida, paralizado por la enfermedad, acude, en su necesidad de ser auxiliado, a quien puede, y el curandero, macho o hembra, que, sin dárselo de inspirado o de sabio, se contenta con rodear al doliente de cuidados y de atenciones, le presta verdaderos servicios. Le levanta el moral, le infunde esperanza; ayuda la naturaleza con sólo dejarla hacer.

Desgraciadamente, muchas veces, se acaba por convencer a sí mismo de la eficacia de sus remedios y de lo santo de su misión; y cree que si, con lavar una herida con agua fría, la mejoró, con mayor razón salvará a un febriciente, envolviéndolo en sábanas mojadas, y que si una copa de agua no le hizo mal a un herido, un buen jarro sanará a la fuerza a un varioloso. Y así empezó a hacer el amigo Somoza, matando a troche y moche, ayudado en la tarea, por la compañera, cuya especialidad era de acabar de una vez con las mujeres paridas. ¡Y sólo Dios sabe cuántos humildes hogares ha sumido ésta en la desolación!

Y como, en el desierto, se crían los bichos dañinos y que la obscuridad favorece la multiplicación de los microbios, en la Pampa despoblada y privada todavía de los faros de la ciencia, cundieron y se multiplicaron, durante un tiempo, los médicos y las médicas del agua fría, de un modo devastador.

Curanderas ha habido siempre en la campa-

ña, y nunca dejará de haber ; pues, por prolíficas que sean las Facultades de medicina de la capital y de las provincias, y aunque críen cada año una numerosa familia de doctorcitos, es difícil hacer comprender a éstos que sería más provechoso, para ellos y para la humanidad doliente, que fueran a establecer sus penates en los pueblos nacientes de la campaña, donde—tuertos—serían reyes, en vez de vegetar, ignotos y pobres, entre la multitud de médicos ya establecidos y conocidos que, en las ciudades, les hacen forzosamente estrecho el camino del éxito.

Mientras no lo entiendan así los discípulos recién destetados de Esculapio, tendrán que reinar las curanderas y los curanderos en los pueblitos y en el campo. Es cierto que hay hombres incrédulos que dicen en son de burla que las curanderas dejan morir y que los doctores matan ; pero son exageraciones.

No hay duda que, obrando de complicidad el boticario con el médico, los remedios, a fuer de más caros, pueden ser más peligrosos que las prácticas sin artificio de la curandera, pero con todo, ya que brotan tantos doctores en los almácigos, ¿por qué no buscarles tierra fértil para transplantarlos?

Lo que sí, recomendándoles de tener más moderación en sus exigencias que aquel que, llamado por una modesta familia de hacendados, para cuidar al padre, y habiendo encontrado a éste ya despachado por la muerte, quería cobrar

una fortunita por la visita, disgustado como si le hubieran sonsacado al cliente.

*
* *

—Doña Cándida, me duele la garganta.

—No es nada, hijo, no es nada, y ya que estoy en ayunas, te voy a hacer un remedio infalible.

Y haciéndole levantar la manga de la camisa al muchacho, la vieja le apretó con fuerza el antebrazo, hasta dar con una glándula que aseguró se formaba ahí, al empezar el dolor de garganta, y con su saliva de médica en ayunas, fregó y refregó, hasta que el paciente quedó convencido de que estaba sano..

Con esto no se mata a nadie; ni con otros mil remedios iguales que constituyen el formulario habitual de las médicas campestres. Un collar de piola, medido sobre el pescuezo del perro de la casa y puesto en el cuello del niño enfermo de tos convulsa, fácil es que no lo cure, pero tampoco le puede hacer mucho mal.

Ceniza del pelo del mismo animal rabioso que ha hecho el daño, puesta en la mordedura, es remedio casi tan seguro como la vacuna de Pasteur, y contra el dolor de muelas, se recomienda el uso de escarbadientes hechos con huesos de sapo.

—¡ Vaya con los remedios !—No se rían, que

hay muchos así, tan eficaces unos como otros, si los salpican con la fe.

Pero si sus remedios son muchos y muy variados, la diagnóstica de las curanderas es sumamente reducida, y la enfermedad casi única de que se muere la gente en el campo, es el *pasmo*.

En las heridas, en las llagas, entra el pasmo, en el menor descuido; pasmo de frío, en invierno, pasmo de sol, en verano.

Un atracón de fruta no le da a uno indigestión, sino pasmo; pasmo da la insolación, pasmo da mucha agua fría después de un trabajo fuerte, y esto de romperse una pierna casi no sería nada, si no fuera la amenaza que le entre pasmo.

*

* *

Los curanderos son más escasos que las curanderas, pero mucho más temibles. No se arredran por el peligro de matar al prójimo y le pegan, no más, sin recelo. En los pueblitos, abundan, ocupando todavía el lugar de los facultativos que vacilan en tomar el puesto. Están con licencia, generalmente, para ejercer; andan de levita, pontifican, dictan recetas complicadas, hablan de ciencia, y extienden certificados de defunción, asegurando a veces en ellos, para que todos entiendan bien, que el motivo de la muerte ha sido una «*afección cardíaca del corazón*».

Cosa más atroz : se atreven, en virtud de autorización oficial, a hacer autopsias, en casos previstos por la ley ; y es preciso verlos, entonces, aprovechando la ocasión para asombrar al público con su destreza ; despedazando, al rayo del sol, en medio de una nube de moscas, en presencia de todo el que quiere mirar, el cadáver de algún pobre suicida, destrozándole las entrañas, aprendices carniceros, para probar lo que ya se sabía, que el hombre ha muerto de un tiro de revólver en la cabeza.

A los desgraciados clientes de éstos, se les puede aplicar el dicho del paisano que, contando que sus caballos iban muriéndose todos, de un mal desconocido y fulminante, agregaba :

—¡ Qué ! señor ; si mueren amontonados, como si se hubieran prestado el médico !

PUEBLO NUEVO

Los conquistadores, al remontar las grandes arterias fluviales, han ido formando pueblos, de trecho en trecho, jalones de sus etapas atrevidas en esta tierra desconocida, puntos de auxilio contra las sorpresas de todo género, siempre posibles, entre hombres salvajes, en naturaleza chúcara. En la Pampa, las corrientes de agua escasean, y los pueblos se fundan un poco al azar, como caen los dados en un tapete. Muchos han sido edificados por malhechores inconscientes, en terrenos bajos, malsanos, rodeados de cañadones y de ciénagos, cundiendo en ellos, apenas existen, y renaciendo siempre, la viruela, la fiebre tifoidea, la difteria y mil otras plagas, sin contar a los curanderos, que diezman su población.

Otros, a falta de ríos o arroyos, se han fundado cerca de alguna laguna; hoy, la mayor

parte nacen alrededor de una estación de ferrocarril; y lo mismo que los libros, tienen sus destinos los pueblos que así surgen del suelo pampeano, hijos del capricho, de la especulación o de sentida necesidad. Basta que la casa de negocio, primer núcleo, protoplasma de todo pueblo, se vaya rodeando de algunos establecimientos no menos útiles, como la inevitable fonda vascongada, la zapatería de los tres hermanos, la herrería, la peluquería y algunos más, para que se desarrolle el embrión y crezca, con ínfulas de ciudad. La panadería y la carnicería no tardan en establecerse, y en poco tiempo, frente a la manzana reservada, con el nombre de *plaza*, para muestra, al parecer, y recuerdo de la puna destronada, queda formada una calle que, por la intermitencia de sus construcciones y de sus terrenos baldíos, parece la dentadura mellada de una criatura de seis años; criatura a veces capaz de gran desarrollo, otras veces, raquítica y de vida endeble.

Y a los pocos años de edificada la primera casa, donde pacían las haciendas con toda tranquilidad, se ven chiquilinas barriendo veredas, y tirando a la calzada como para empedrarla, los papeles sucios y las cajas de lata vacías del almacén.

Crecerán las chiquilinas, y pronto se necesitarán escuelas, y mucho antes que haya iglesia y campana, el amor al campanario dará su primer fruto, fruto amargo: el odio y la envidia al pueblito vecino, competidor temido.

La necesidad de tener, juntos y a mano, los oficios más indispensables, ha fomentado la creación del pueblo; y en éste, se va creando a sí misma necesidades nuevas la misma población. Es poca, todavía, para tener en propiedad un cura, pero una vez por mes, el del pueblo grande más cercano vendrá a celebrar misa en la capilla improvisada en un galpón, catedral provisoria de la futura ciudad.

Y sucederá que, por una risueña ocurrencia de la casualidad, de vez en cuando, se encontrarán, en la galera, el cura y el sacristán con toda una comparsa de personas alegres, chillonamente vestidas y de conversación a gritos, de loras guarangas, que también van al pueblo nuevo, a prestar al vecindario los servicios de su oficio.

También las aves negras han abierto sus oficinas, pues no sólo necesidades, sino también parásitos nacen de toda agrupación humana, por humilde que sea, precursores infalibles de su naciente prosperidad, como lo es el gusano, de la madurez de una fruta.

El comercio tiende sus redes; la primera casa no ha quedado mucho tiempo sola, y, de todas partes, han acudido bolicheros, rezagados o quebrados de otros lugares, para tentar nuevamente la fortuna, a la luz de esta alba.

Tratarán de comerse vivos unos a otros; venderán perdiendo, por tal que el de enfrente se arruine.

Y seguirá la especulación sobre los terrenos;

éstos irán tomando ficticiamente un valor que no podrán tener de veras antes de muchos años viviendo de esperanzas, por lo pronto, sus felices poseedores.

La municipalidad se forma, y reparte, con mano liberal, impuestos, a troche y moche; la policía se organiza y trata de efectuar arrestos, por cualquier delito, para facilitar a la primera los trabajos de embellecimiento del pueblo, haciendo abovedar por los presos, las calles ahondadas sin cesar por el rápido y constante traqueo de las activas jardineras de lecheros y panaderos, de los carros pesados y lentos, y de las descuajaringadas volantas de alquiler; y tanto se multiplican las autoridades, que pronto parecen una nube de escarabajos atareados en hacer desaparecer algún residuo fertilizador.

¿Progresará, con todo esto, el pueblo nuevo? Sí, porque a pesar de todo, todo progresa en este país; pero el progreso será lento, difícil, a saltos, y no casi milagroso como en los Estados Unidos, donde se explota la agricultura y no al agricultor.

De cualquier modo, será, en medio de la tranquila soledad pampeana, un nuevo hervidero de pasiones humanas, mezquinas y turbulentas. Los odios nacerán en él, como los mosquitos en un charco: la política, las competiciones comerciales, la vanidad, el interés los crearán, de todos calibres y de todas formas.

En sus mil trampas, abiertas siempre: ten-

taciones sin gracia o groseros embustes, espoliaciones violentas o cautelosas estafas, dejará el campesino productor, algo de lo suyo, cada vez que en él penetre ; y se tendrá una prueba más de que no hay infierno mayor que un pueblo pequeño.

LA EDUCACIÓN DE AQUILES

—Alcánzame el chiquilín, Eufemia—dijo don Antonio a su mujer, al montar a caballo, para ir a repuntar la majada.

Y doña Eufemia, sin la menor emoción, entregó al centauro, su esposo, el joven Aquiles, tiernísimo fruto de sus amores, que recién empezaba a probar con las patitas la firmeza del suelo.

Y la criatura, con los ojos agrandados por una curiosidad risueña, miraba las orejas del caballo, volvía la cabeza hacia su madre, se reía, y el padre, apretando las rodillas, hacía caminar al tranquito el animal, en medio de los palmoteos maternos y de las exclamaciones de triunfo:

—¡ Mirá el jinetito ! ¡ pegale, mi hijito !

Y del tranco, se pasó al trote sacudidor, que duró poco, sólo algunos pasos, empezando a galopar, de este galope suave, hamacador, pampeano, que sin atropellar, silencioso, se traga las leguas, sin contarlas.

Y dieron despacio la vuelta a la majada, ata-

jándola, un rato, para modificar su dirección e impedir que fuera a entrar en el campo del vecino.

¡ Qué lástima que el cerebro del niño no pueda notar, para contarlas después, las impresiones de sus primeros pasos en este mundo ! ¡ Lástima es que, siendo tan vivaces, como seguramente lo son, sean, al mismo tiempo, tan fugaces ! ¡ Qué cantidad de cosas expresan esos grandes ojos aterciopelados, apenas abiertos a la luz ! Inquietud, alegría, admiración, confianza, preguntas y contestaciones, dudas, certidumbre, orgullo, todo se podía leer sucesivamente en la carita movediza de Aquiles, durante ese paseo a caballo, en los brazos del padre, alrededor de la majada.

Pero todos los trabajos no son de a caballo, y también hay que aprender a caminar. Esto lo aprenderá Aquiles, bajo la dirección de la madre, teniendo como profesor director, por falta de hermanos mayores, un cachorro de su edad, pero mucho más vaqueano que él para correr. Y juntos irán gateando, a comer, a manos llenas, la sopa de las gallinas ; se revolcarán juntos en el pasto, en la tierra o en el barro, y cuando la madre, justamente indignada, le lave la cara, rezongando, el padre le observará que no se engordan chanchos con agua limpia.

También sucederá, que cuando sepa ya caminar del todo, se lo lleve el cachorro, jugando, campo afuera, poniendo en inquietudes locas a sus padres que lo buscarán en el pozo de la quin-

ta, antes de divisarlo, allá, a cinco cuadras, acercándose a una laguna con el compañero, entre el duraznillal : primer amago de independencia.

Cinco años : ya casi somos hombre. Un hombre sin armas es incompleto ; en las armas descansan la dignidad, el honor, la independencia y no sólo hay que tener armas, sino también saberlas manejar.

El cuchillo, de la cintura ya no se le cae, y con hilo de atar lana y tres pedacitos de carne, se fabricará Aquiles boleadoras poco peligrosas, pero ya muy fastidiosas para las gallinas y los patos, cuando anden cruzando el patio.

Con el cinchón, empezará a enlazar lo que le caiga a mano, y a correr la majada en el corral, cortando las ovejas en puntas, haciéndolas disparar por todos lados, asustándolas con el revoleo del lazito, volteando a veces los corderitos o llevado él, a la rastra, por todo el corral, por algún animal grande que, por casualidad, haya enlazado. Al verlo potrear así, se excusa la prematura severidad de ese buen cordobés que, expresando el deseo de poder hacerse de algunas cabras, vió que su hijo revoleaba el lazo, como para indicar que iba a agarrar uno de los cabritos así evocados, y se le enojó, hasta pegarle un sopapo, exclamando :

—¡ Déjame ese cáábrito !

Pero con todo, Aquiles aprende a manejar diestramente boleadoras y lazo, parte principal de lo que será, algún día, su oficio.

Y no crean que preste pocos servicios. En

cualquier aparte de ovejas, allí está él, haciendo lo que no es capaz de hacer, según dice el refrán, el hombre zonzo : ataja portillo.

Y en la esquila, se pasea por el tendal con un tarro de bleque y un hisopo, para curar las numerosas heridas hechas por las tijeras, en el cutis de las ovejas.

Y ayuda en muchas otras cosas, siendo ya bastante de a caballo para poder prestar también al padre servicios apreciables, en el cuidado de la majada. La repunta con paciencia ; sabe distinguir ya los animales conocidos, y avisar si falta alguno ; cuenta las dumbas y los cencerros, y no deja de hacer juntar con la madre el corderito que se ha quedado atrás, dormido entre las pajas, y que, levantándose al grito, dispara, la cola tremolante, con balidos entrecortados por el susto, hacia la majada.

Pronto empezará a tener el cargo de ir de madrugada a campear y traer la manada de caballos, y a buscar la vaca lechera, cuyo ternero, atado en el palenque, muge tristemente y sacude con el hocico la trompeta con que lo tienen loco de hambre tantálico.

En tiempo de parición, con igual empeño cuidará los corderos vivos y los corderos muertos ; los primeros, por deber, y los otros, por interés, pues representan para él, los cueritos que salve de las garras del carancho, a más del aprendizaje necesario para desollar ligero y bien, deliciosos horizontes de caramelos y de galletitas ; y cuando no haya en la esquina donde los esté

negociando, nadie que lo pueda descubrir, preferirá un atado de cigarros; pues ya sabe fumar a escondidas.

Pero todavía es pequeño para ponerse de un salto en el lomo del caballo, o para usar el estribo; y para treparse en el paciente mancarrón, tiene que buscar vueltas y darse maña, utilizando como escalera la mano izquierda del animal, agarrándose como pueda, con los pies y las manos, y hasta con los dientes, de todo lo que, poco o mucho, resalte, desde la rodilla hasta la paleta, la crin y el cogote...

Allá, lejos, aparecen, ligeramente esfumados en dorada orladura de vapores translúcidos, los contornos de forma dudosa de un ser apocalíptico. Se aproxima ligero, corre, vuela, se viene como si fuera parejero o mala noticia. ¿Caballo? Así parece; pero ¡qué forma rara! lo de encima semeja un toldo negro, bajo, que apenas alcanzará a sobrepasar la cabeza del animal. Caballo es; ya no hay duda; pero ¿qué será ese bicho raro que se le ha pegado encima y lo hace andar como el viento?

Ese bulto raro, ese insecto dominador que maneja al animal y lo hace obedecer a su fantasía juvenil, es Aquilecito: Aquiles que vuelve de la esquina, a donde lo mandaron con la libreta, a buscar una porción de cosas. Como amenazaba llover, lo han tapado con un inmenso poncho de paño, que lo cubre hasta bastante más bajo que los pies desnudos, y, de techo, le han metido un sombrero viejo que deja pasar una mecha, por

un agujero, y le entra casi hasta el pescuezo. De cintura, lleva el clásico pañuelo azul, a cuadros, bien arrollado y rebosando de paquetes y atados, lo que casi duplica el volumen de su pequeño cuerpo, y acaba de hacerle perder toda forma humana.

CABALLO DE TIRO

El patrón llamó a José y le dijo :

—Apróntese para ir de chasque, tempranito, mañana, a las «Dos Hermanas», y como tiene que andar de prisa y traerme la contestación sobre la marcha, llevará caballo de tiro.

José era gallego ; pero, desde unos seis meses que andaba trabajando de peón en el campo, se había hecho, aunque todavía algo desmañado para ciertas cosas, regular jinete ; y como conocía el camino de la estancia de las «Dos Hermanas», le pareció cosa fácil y de bien poco trabajo, ir y venir en seguida ; en total, eran diez leguas, poca cosa para asustarlo, sobre todo llevando caballo de tiro.

Nunca, es cierto, había tenido ocasión de andar así, pues no poseía más que un mancarrón propio, y, una sola vez, había ido con un compañero, arreando tropilla, lo que también le pareció, y con razón, un lindo modo de viajar.

Pero, varias veces, había visto cruzar por los caminos o por el campo, o llegar a la estancia, a gauchos que andaban con caballo de tiro, lo que le había parecido lo más bonito y cómodo.

¡ Tan bien que iban, y tan ligero ; y tan descansados, al mismo tiempo ! Daba gusto ver al jinete galopar en el ensillado, con esa regularidad rítmica de paso y esa serenidad que nada turba, mientras que, desnudo y liviano, trotea el de tiro, igualándose bien en la marcha, ambos, y caminando a la par, tan acordes como las dos manos de un pianista, aunque una toquetee ligero la sonata, mientras la otra insiste en el bajo, acompañando.

Y al salir el sol, el día siguiente, estaba el amigo José ensillando, con todo esmero, un malacara medio petizón, pero guapo, teniendo atado al palenque con buen bozal y cabestro largo, un caballo rosillo alto, delgado y bastante inquieto.

El capataz, al ver que primero ensillaba al malacara petizón, caballo muy manso y bien adiestrado, estuvo a punto de aconsejarle de hacer lo contrario ; pero reflexionó que con esos extranjeros, siempre se ven novedades, y se calló la boca. Hizo bien, pues cada uno, en este mundo, se las maneja como mejor le parece ; y José pensaba que le convenía más salir en el más manso y dejar prudentemente que al otro se le fueran pasando los bríos con la caminata, antes de montarlo.

Ensillado el malacara, desató el rosillo y mon-

tó, teniendo bien arrollado el cabestro con la mano derecha; pero el rosillo era asustadizo, y al verlo montar, pegó para atrás un tirón que casi lo voltea, volviendo sobre sí y queriéndose encabritar.

El capataz, con un rebencazo, lo llamó a la orden, y José pudo asentarse en el recado, tratando, en seguida, de poner el rosillo a la par para emprender la marcha. Fué imposible; hasta que, tirando fuerte del cabestro y ayudado por el capataz que arreaba el animal, empezó a caminar, medio al tranco, medio al trote, haciéndose seguir por el mancarrón testarudo; y pudo hacer así, mal que mal, unas cuadras, lo que viendo, se retiró el capataz.

De repente, y como movido por inquebrantable decisión, el rosillo se detuvo, se sentó y quedó plantado en sus cuatro patas, con el pescuezo estirado, sin que nada lo hiciera mover; y José, al acordarse cuán fácilmente andaban los gauchos, con su caballo de tiro a la par y sin esfuerzo, se sentía abochornado.

Dichoso el tordillo de no entender el castellano de los alrededores de Vigo, pues no resiste la terrible avalancha de maldiciones que, siempre tirando del cabestro y agachado en el malacara detenido, le sacudía el hombre enojado. Así quedaron luchando un gran rato, hasta que después del desahogo, vino la resolución; y José, aflojando, corrió hasta el mancarrón, y, rabiando, le pegó un rebencazo tal que, al disparar éste, casi se corta los dedos con el cabestro.

Fué una revelación y el principio de la victoria. «Más bien arrear que tirar», pensó en seguida José, y como era medio filósofo, se acordó que mucha gente hacía como el rosillo, que, a las buenas, se empaca, y sólo cede a palos; y desarrollando la huasca lo más que pudo, corrió detrás del mancarrón trompeta, pegándole unos chirlos cada vez que lo podía alcanzar, haciéndolo disparar como desesperado y siguiéndolo al galope, dándole, de vez en cuando, unas sacudidas que le hacían entrar la travesaña del bozal en el hocico, hasta que el caballo ya tomó el trote y empezó a comprender que mejor era sujetarse.

Acabó por ponerse a la par del malacara dócil, reglando su trote sobre el paso del compañero, evitando de quedarse atrás, donde lo iría a buscar el rebenque irritado, o de apurar el paso, lo que le hacía lastimar a tirones el cutis del hocico; y todos anduvieron entonces mucho más a gusto: el malacara, que no tenía más que seguir con su galope regular y sereno; el jinete, que dejó de sudar y de renegar y hasta pudo, descansado, prender un cigarro, y el mismo rosillo, más que ninguno.

José, después del trabajo bárbaro que primero le había dado este loco, pudo saborear a su vez, ese lindo modo de viajar con caballo de tiro, como lo había visto hacer a tantos gauchos; y no dejó de pensar que, en la vida, los que más valen no son los que se empacan, ni tampoco

los que disparan, sino los que, sin echarse atrás, ni querer atropellar, saben andar a la par.

A la vuelta, fué todavía más fácil, porque se iba para la querencia; de donde sacó en limpio José que debía estar haciendo, en aquel momento, algo parecido a lo que su patrón, hablando de política, llamaba, días antes, «gobernar con la opinión».

CUERAMBRE

—¡ Antonio ! mira que hay que carnear. Estamos sin carne—dijo doña Ceferina a su esposo que ya, sin acordarse de tal cosa, iba a soltar la majada.

—Carnea gordo—agregó la señora,—que también necesito grasa.

Don Antonio franqueó los lienzos del corral, pasó vista un momento a las ovejas, removiéndolas despacio, y avistando, entre muchos, un capón que le pareció muy bueno, arrolló, como lazo, el cinchón de dos vueltas que tenía en la mano, atropelló, en una esquina del corral, la punta de ovejas en la cual iba el capón, y lo enlazó del pescuezo. A la carrera, se volvieron las ovejas a juntarse con las compañeras ; y quedó solo, tirando, saltando y brincando, el capón preso. Don Antonio lo volteó, le tocó la cola, lo manoseó en varias partes, le miró los dientes, y haciéndolo levantar, lo condujo despacio, en tres patas, hasta la orilla del corral. Allí, lo levantó, lo hizo pasar afuera, pasó él, y en el pastito verde y tupido, le cortó la gar-

ganta y lo dejó desangrarse y patalear, en los últimos estertores de la muerte, mientras iba a buscar la chaira, y que los perros, ávidos, sorbían, en el suelo, la sangre espumante, a medida que iba saliendo en borbollones.

Don Antonio desolló el animal, con cuidado, tiró las tripas a la perrada, después de sacarles el sebo, colgó del gañote los bofes, en un clavo de la costanera, para repartirlos despacio a los gatos, que esperaban, sentados, en paciente rueda, que los perros se hubieran saciado; arregló la carne en dos medias reses, en el cuartito que servía de fiambrera, llevó a la cocina las achuras y la cabeza, y volvió a tender a la sombra, con todo cuidado, para que no se resecara, el cuero del capón, en una travesaña clavada en dos postes altos, colocándolo a lo ancho, y no a lo largo, lo que le hubiera hecho perder su flexibilidad.

Con un pincel, embadurnó de alquitrán las orejas, para que los gatos, más por vicio que por hambre, no viniesen a roerlas y a destruir la señal.

Sacó con el cuchillo, algunas cazcarrias que quedaban pegadas en la lana, y, cortando algunos palitos, dejó, con ellos, entreabierto, el cuero de la cabeza, de las patas y de la cola, para evitar que quedase fresco y se llenase de gusanos, en vez de secarse bien.

Fuera del pobre capón en que recayeron los gastos de la función, todos, con la carneada, se han puesto alegres en la rústica morada. Los

perros y los gatos se han hartado, casi sin pelear ; las gallinas escarban y encuentran, en los residuos, mil golosinas ; los niños salen de la cocina riéndose, cada uno con un churrasco en la mano ; doña Ceferina y don Antonio se reparten en el mismo plato, la tripa gorda, asada en las cenizas, mientras el coro de los chimangos trata, cacofónica banda, de amenizar la fiesta.

Don Antonio es hombre prolijo, que cuida sus intereses como es debido, y en todos sus detalles ; sabe que los frutos en buenas condiciones seducen al comprador, consiguen mejor precio, se venden con facilidad, aun en los momentos de baja, y dan mayor peso, a más de su mayor valor. Y por esto, siempre lo pelea a su compadre Anacleto, que tiene cuatro ovejas y mucha familia, algunos hijos ya mozos y de servicio, y que no es capaz de cuidar un cuero, siquiera, como la gente.

¡ Vaya ! con el hombre dejado ; ¿ qué le costaría, dígame, cuando carnea, de no dejar el capón morirse en el mismo charco de sangre, ensuciéndose todo el cuero? «Le da más peso», dice Anacleto. ¡ Pavada ! le quita valor, nada más. Lo desuella sin cuidado, deja que se pudra la cola ; los gatos se comen las orejas, sin que nadie los espante, y después, son peleas con el acopiador, que aprovecha la bolada y le rebaja la mitad del precio, por el riesgo que corre de ser multado.

Un cuero de consumo que, en casa de don

Antonio, parece dorado y barnizado, por haber sido oreado a la sombra y entrado, o sólo dado vuelta, cuando llueve, apenas se conoce de un cuero de epidemia, en lo de Anacleto. Quemado por el sol, mojado por la lluvia, vuelto a quemar y vuelto a mojar, picado, muchas veces, por la polilla, sólo puede el pulpero comprar semejante cuerambre, con tal de rebajar, algún poco, y aun perdiendo algo, el monto, siempre exagerado, de la libreta.

Y en lo de don Antonio, hasta los cueros de epidemia, que, en algún invierno de flacura, de sequía o de inundación, ha habido que sacar por centenares, muchas veces en el barro del corral, tienen un aspecto de limpieza que llama la atención y excita la competencia de los compradores. Se les puede, por supuesto, arrancar la lana, tirando, porque así es, siempre, en cueros de animales muertos de enfermedad, pero siquiera la sarna no los ha despojado en parte de su precioso vellón, y muchos de ellos, gracias a que se ha tenido la precaución de degollar el animal antes de que echase el último suspiro, han podido conservar la apariencia, casi, de los cueros de consumo.

Con todo, triste se le pone el alma al pobre ovejero, cuando se van amontonando, en el galponcito, los cueros de epidemia. El cuero de consumo, amarillo claro, de cutis suave y blando, de lana larga, pesada y dorada, que resbala sin ruido de la pila, no deja sentimiento al criador. Ha aprovechado la carne que contenía, y la

grasa, para mantener a su familia; con el sebo, ha hecho luz, y con el cuero, tendrá todavía una regular cantidad de pesos. Pero el pellejo descarnado, flaco y liviano, de lanita corta y rala, de la oveja vieja que, por ignorancia criolla, no se ha decidido el pastor a aprovechar, cuando todavía le hubiera podido suministrar buena carne, y que ha dejado morir de senectud, haciéndola faltar a su misión en la tierra; el cuerito del borrego consumido por la lombriz, con su lanita flaca, blanca y liviana como nieve, con su cutis descolorido, que suena cuando lo tocan, pergamino sin valor, quebradizo y reseco; el cutis pelado de las ovejas, que, recién esquiladas, han muerto de frío, sorprendidas—sin haber salido todavía de su flacura invernal, y recién despojadas de su vellón abrigado,—por alguna tormenta traicionera; todo esto apoca la majada, sin compensación, y desespera, a veces, las mejores voluntades, volviendo fatalistas a los más enérgicos.

Llegó el carro del acopiador. Se acomoda, en una tijera del techo del galpón, la romana que, con su brazo fatídico, siempre indica pesos que, al hacendado le parecen pocos; al recibidor, equivocados, por lo grandes.

En una hamaca, hecha con un lienzo de corral, colgado de dos sogas cruzadas, pasan los cueros a montones, después de bien revisados y limpiados por el recibidor, con una prolijidad, no ya de liberalidad pastoril, sino de codicia comercial, de todas las garras, astas y cazcarrias

que puedan haber escapado a la vigilancia, hábilmente superficial, del vendedor.

Y cuando sale el carro, lleno hasta el tope, calcula don Antonio que ahí le llevan una verdadera majada, con la cual hubiera podido pagar el arrendamiento de un año y los gastos de seis meses.

No se desanime, don Antonio; ¡paciencia! Tiene que haber de todo en la vida, y las ovejas aumentarían demasiado, sino hubiera, de cuando en cuando, alguna mortandad que las hiciera mermar. No se turbe por tan poco, y haga como los gobiernos, fuerza, en presencia de las grandes calamidades. Ellos no se arredran por nada: después de la inundación, aumentan los impuestos, y si mermó la lana, aumentan el derecho.. Haga como ellos, amigo, y a la oveja muerta, pídale dos corderos.

CUATREROS

«*Ladrón que hurta bestias*», dice, del cuatrero, el diccionario, y el oficio, realmente, parece mandado hacer para él que, en la Pampa, no quiera vivir de su trabajo; pues él que, allí, tenga que robar para comer, no puede casi robar otra cosa que bestias. Con robar bestias, llena, por lo demás, todas las necesidades de su precaria existencia: carne para su manutención, cueros para vender y proporcionarse los vicios, o para cortar las huascas indispensables para su industria.

No hay duda que le sería mucho más ventajoso al cuatrero, en general, hacerse pastor y cuidar tranquilamente una majada de ovejas o una punta de vacas, propias o ajenas, pues así tendría siempre carne a discreción, los vicios y las huascas a pedir de boca, caballos gordos para andar, y techo seguro. Pero así, se muere el que ha nacido para cuatrero. ¡Miren! ¡qué gracia! carnear a la luz del día; elegir la res en el rodeo, enlazarla con toda comodidad, degollarla y desollarla, rodeado de comedidos: ve-

cinos, perros y chimangos, que todos aprovechan, y quizá después, lo traten de zonzo!

Buscar la víctima en las tinieblas de la noche, sin turbar el silencio solemne del campo más que una sombra en la sombra, enlazarla al tanteo, sin hacerla mover; sentir revolotear, en derredor suyo, al desollar de prisa, la palpitante inquietud de tener quizá que pelear y jugar la vida para salvarse, en caso de ser pillado, esto sí, le da sabor al matambre de cualquier animal y hace el cuero más blando para sobar.

Trabajo ingrato, por fin, peligroso como ninguno y de poco o ningún provecho; pero obra de artista que trabaja para la gloria.

Hoy, todo progresa; el cuatrero moderno, mestizo y hasta importado, ya no se contenta con carnear, de vez en cuando, una oveja o una vaca; se ha hecho criador; ha formado sindicatos; tiene socios habilitados en los varios ramos de su industria, y obra en grande. Autoridades cómplices facilitan las guías; gauchos que, más de gusto que por amor al lucro, se prestan a ayudar, cortan puntas de hacienda y las arrean, abriendo y cerrando portillos discretos en los alambrados; carniceros improvisados, en los pueblos más cercanos, benefician los animales, venden la carne barata y regatean poco por el precio de los cueros, por tal que, ligero y sin fijarse en las marcas, el pulpero, que es alcalde, los haga desaparecer en los arcanos de su depósito.

No falta una estanzuela alambrada, con tran-

queras hábilmente dispuestas a todos vientos, para encerrar los animales que no puedan ser muertos inmediatamente, con su administración prolija, su fábrica de marcas de fuego, y hasta su laboratorio, para estudiar a fondo el arte de contraseñalar ovejas.

Y como no se debe despreciar las pequeñas utilidades, y que la galera pasa cerca, el postillón tiene su puesto en la orilla del campo, y nunca le faltan, para vender al dueño de la galera, caballos, a precios tirados ; las marcas, en general, están aún en llagas vivas y algo mal pintadas, en los certificados, pero todos los sellos están ; y la necesidad, siempre reñida con los escrúpulos, hace que el comprador prefiera dejarlos a un lado que pelear con ellos.

Nunca puede saber el caballo más mimado y mejor invernado, de las cercanías, dónde acabará sus días.

Pero, los estancieros también se van poniendo más ariscos y la policía más activa. Se cansan los primeros de verse robados a cada rato, y sin saber cómo, ni por quién, y echan el grito al cielo. El cielo les hace poco caso, mientras sólo se trata de cualquier hijo de vecino, pero basta que le toque la suerte a la hacienda de un personaje político, para que empiece la cosa a ponerse más seria.

—Señor—decía, un día, un paisano al comisario de un pueblito naciente,—vengo a decirle que me han robado anoche una punta de vacas.

—¿Las ha buscado bien?—preguntó el comisario.

—Sí, señor, pero no encontré nada.

—Es que no las habrá campeado. Búsquelas, amigo, y si de aquí dos o tres días, no las encuentra, entonces veremos.

—Y mientras tanto, señor, ¿qué le digo a mi patrón?

—¿Quién es su patrón?

—Don Benito.

—¿Quién dice?

—Don Benito Vergara.

—¿El diputado?

—Sí, señor.

—Pues dígale, no más, amigo, que hemos de dar con los ladrones, cueste lo que cueste.

Y mandó formar, sin perder un minuto, tres comisiones, a las cuales dió instrucciones terminantes; tan terminantes que, el día siguiente, a la madrugada, antes que el rocío hubiera desaparecido, una de las comisiones pudo seguir, abriendo el alambrado, el rastro de otra punta de hacienda, arreada por allí, esa misma noche, y el rastro llevó a los policianos directamente a la carnicería habilitada por el juez de paz.

Situación difícil para un comisario; pero el diputado era influyente; le tenía rabia justamente al juez de paz ése, por su flojedad en las elecciones, y tanto hizo que fué un bochinche espantoso, una arreada general en el pueblito. Se mandó de la capital un comisario especial,

con gente ; un juez de instrucción, con sus secretarios, la mar. Se pusieron presos al carnicero, a su hijo, al juez de paz, al pulpero. En casa de éste, se encontraron muchos cueros que, mojados y lonjeados, dejaron ver el archivo entero de las marcas del partido.

Quiso negar ; quisieron todos negar, pero se cortaban, se maneaban en las declaraciones y quedaban peor. El carnicero, por ejemplo, le sopló al hijo, al pasar : «niégalo todo». Y cuando al hijo le enseñaron una marca, preguntándole si la conocía, dijo que no ; a otra, lo mismo, y a todas ; hasta que fastidiado, el juez, le enseñó la misma marca del padre, y también afirmó que no la conocía. El padre se levantó entonces y le dijo :

—Pero no seas tonto, ¡ hombre !

—¿ Y no me dijo usted—contestó el hijo—de negarlo todo?

Y como el diputado era hombre de puño, y que no soltó la presa hasta que todos estuvieran en la cárcel, cosa hasta entonces casi inaudita, se moralizó, por un tiempo, el pago aquél. ¡ Dios quiera que a todos los cuatreros de la campaña, se les ocurra, de vez en cuando, robar hacienda de algún diputado !

GRINGADAS Y GAUCHADAS

Don Gustavo, siendo francés, todo le parecía fácil, por tal que lo miraran. Desde poco tiempo en el país, estropeaba con atrevimiento y sin compasión el castellano, haciendo creer y también creyendo que lo entendía, reemplazando por gestos expresivos las palabras ausentes de su vocabulario.

Aunque, en su tierra, nunca hubiera andado a caballo, pronto se había hecho medio jinete, y no dejaba de empezar a querer alborotar al gauchaje con sus proezas; causándoles gracia siempre, a todos, el verlo salir de las casas a todo galope, castigando a dos lados, desde el palenque, como si la carga de duraznillo que debía traer del cañadón, en el petizo, se le hubiera podido escapar.

Una vez, los que estaban trabajando en el corral, al ver volver, a toda disparada, el petizo ensillado, con un chinchón largo a la rastra, comprendieron que don Gustavo había querido hacer una gauchada, y venir con doble carga, pero a la cincha, en vez de traerse una brazada

por delante, como se lo habían mandado. El petizo, por falta de precaución, se había asustado, sembrando por todos lados la cosecha de don Gustavo, y volvía, jadeante, quizá de risa.

Tuvo don Gustavo que volver a pie, lo que para él era de poca gravedad, y cuando llegó, todos lo titearon en grande, como titean al pasajero novicio los viejos lobos marinos. No se enojó; pero quiso dar una lección al petizo— un animal de diez y seis años, ¡figúrese!—Lo llevó al palenque, y allí, lo ató, pero no del cabestro, sino de la cincha, «para que aprendas», le decía, y le pegó un buen rebencazo. El efecto fué inmediato: tiró el animal, y como el poste no podía ceder, se cortó la costura de la argolla y quedó colgando la cincha; el petizo pataleó un rato, y se desensilló solo, quedando ahí no más, muy tranquilo, pellizcando el pasto tierno...

Hubo risas alegres, esta tarde, entre la peonada.

Un compañero le compuso la cincha, y para no dar su brazo a torcer, quiso don Gustavo ensillar otra vez el petizo: pero éste empezó a cocear y a retorcerse por todos lados, sin que pudiera don Gustavo darse cuenta del por qué; hasta que uno le gritó que por el lado del lazo no se ensillaba un caballo.

Por fin, volvió a montar, pero el petizo se puso inquieto, tanto que por poco hubiera corcoveado; ¡cómo no! si ya tenía la cincha en la

verija, lo que a don Gustavo le dió otro trabajito.

—Si hasta los mancarrones viejos se vuelven ariscos con él—decían, riéndose, los compañeros.

¡ Ah ! ¡ gaucho !

*
* *

Muy serio, conversando, después de comer, aseguró, un día, el capataz, que, en la estancia donde antes había trabajado, habían conseguido magníficos resultados, cruzando venados con ovejas. Y el día siguiente, vieron todos que don Gustavo, durante la siesta, ora corría por todos lados a galope tendido, ora caminaba con un sigilo de rastreador, alrededor de la majada rodeada ; y como había muchos venados en el campo, se dieron cuenta de que había cuajado la insinuación, pues, afanoso, trataba él también de echar a la majada algún macho, para hacer cruza.

Otra vez, lo mandaron a que fuera, de un galope, a impedir que se mixturase la majada con la de un vecino que se le iba aproximando, y que se viniese despacio, arreándola para el corral. Y se fué, señor, disparando ; y cuando, a la oración, estuvo cerca con las ovejas, le hicieron ver que se había equivocado, trayendo la majada del vecino y dejando allá la de la estancia.

Lo mismo, de repente, salía a todo correr, creyendo ver cortada de la majada y yéndose a lo lejos, una punta de ovejas; y las traía, triunfante, gloriándose, entre sí, de haberlas salvado de una pérdida segura: «¡ qué lindas !» murmuraba; «¡ las mejores de la majada !», y ¡ zás ! a gritos, mixturaba, muy fresco, el plantel con la majada de consumo.

No hay que hacer, la Pampa siempre desconoce, durante un tiempo, al que no ha nacido en ella, y antes que el extranjero sea capaz de cruzar campo sin perderse, de afilar su cuchillo como es debido, de hacer un nudo que asegure de veras el caballo, de ensillar como la gente, de hacer fuego, en cualquier parte, por cualquier tiempo y con cualquier cosa, de adquirir, en una palabra, por experiencia, por reflexión y por observación, algo de los dones nativos del gaucho, tiene que pagar más de una vez la chapetonada.

Lo que en uno es instinto, en el otro, tiene que ser el fruto, a veces amargo, de muchos desengaños.

Pero no, por eso, dejó don Gustavo de hacer pronto su primera gauchada: manejando un carro, con un solo caballo atado, dejó caer una rienda; el caballo pasó del tranco al trote y del trote al galope, hasta que agarrando con la rueda un poste por el medio, se volcó el carro patas arriba; y la gauchada fué que de semejante trance que le podía costar la vida, salió ileso don Gustavo.

Escapar de un peligro, aun por mera suerte, llevar a cabo algún trabajo difícil, salir parado en una rodada, evitar cualquier perjuicio por una rápida resolución, dar prueba de tener, de día, la vista tan aguda, y de noche, el oído de tal alcance que nada le puede pasar desapercibido de lo que ocurre en el campo, éstas son gauchadas.

El extranjero novel, al ver disparar un caballo lo seguirá corriendo y no lo alcanzará; el gaucho, sin apurarse tanto, pronto le corta el paso y lo agarra; si la hacienda apartada se vuelve disparando para el rodeo, el que no sabe trata de atajarla, y pronto se ve desbordado; el buen gaucho le alza el poncho y la desvía, a todo correr, campo afuera.

Toda *gauchada* es una resultante del conjunto de calidades nativas o adquiridas, apropiadas al ambiente; de la intuición de los peligros que hacen correr al hombre el desierto y sus secretos, los animales y sus mañas, y de los medios que se les puede oponer.

Ser buen gaucho—y muchos extranjeros llegan a serlo,—es juntar la prudencia con el valor, la agudeza de los sentidos con la viveza de la inteligencia, la paciencia en la espera y la rapidez en la acción, la resignación para sufrir las penurias y el saber aprovechar, cuando cae.

Pero si hay gauchadas nobles, también las hay perversas; como de ensillar para una visita, sin avisar, un caballo coceador que se deja aproximar y, de repente, pega a traición; o

para hacerse de un par de botas de potro, la de tirar un pial al potrillo que corre, para detenerlo, y aflojar de golpe, de modo que se quiebre el espinazo : y mil otras.

No hay tampoco gaucho que, de vez en cuando, no haga alguna chambonada ; como él que, confiado, no manea la madrina y amanece sin tropilla ; mientras que, volviendo a la querencia, por una neblina cerrada, el gringo que deja que el caballo ande como quiera y llega así, derechito a su casa, hace una gauchada.

EL AGREGADO

El mayordomo de «Laguna Honda» continuamente lo retaba a don Pedro Linares, porque admitía agregados en su puesto, asegurándole que, el día menos pensado, iba a quedar comprometido por esa gente dañina, en sus intereses o en su familia. En vano : no podía don Pedro decidirse a cerrar la puerta de su pobre rancho al paisano que le pedía hospitalidad ; y ni siquiera le preguntaba de dónde venía, ni adónde iba, sabedor, como lo era, de que todos venían de todas partes y no iban a ninguna.

A todos les daba licencia, previniéndoles—eso sí,—que, el día siguiente, se tenían que ir. Uno que otro acataba la indicación ; pero muchos, con algún pretexto, solían dejar pasar los días, sin que Linares, mientras no asomaba por allí el mayordomo, tuviera el valor de renunciar a lo que le parecía, más que un deber, noble prerrogativa de la pobreza : ayudar a más pobre que sí. Se sentía orgulloso, cuando algún desconocido le venía a decir, con toda ingenuidad :

—Don Pedro, me encuentro fregado; y he pensado en usted.

—Gracias, amigo—contestaba él.—Bájese y desensille.

Y no era poca tarea, pues había cundido, entre la gente vaga, su fama de hombre bueno, y le sobraban clientes. No faltan vagos en la Pampa...

Hay estancias en formación, hay tropas que van y vienen, hay trabajos de rodeo; en las esquilas, escasean las tijeras; se requiere gente para levantar ranchos; hasta se buscan puesteros; para domar potros, como para segar pasto y cuidar ovejas, para todo, faltan los brazos y las buenas voluntades; pero ni los trabajos más apropiados a su modo de vivir, a sus gustos y a sus aptitudes, lo seducen al gaucho que ha guardado en sus venas la sangre nómada de sus antepasados.

Nace uno andariego en la Pampa, como nace marino el isleño.

Tener uno por delante la Pampa abierta, y a mano el caballo, y no correr por ella, sería como tener por delante el mar—con la barca meciéndose, bajo la vela medio recogida, que tan lindamente solicita el viento,—sin echarse a navegar.

Si de las olvidadas generaciones de piratas que saqueaban las costas del mar, a los siglos, todavía nacen aventureros, ¿cómo no saldrían de los nómades que cruzaban, hace poco, la llanura, pampeanos atorrantes, gauchos refracta-

rios a toda disciplina, locos, enamorados de independencia?

Tener por toda fortuna, en un mancarrón ajeno, un recado de mala muerte; a veces, un poncho, un tirador y un cuchillo, con las piezas de ropa indispensables para poder, cuando se ofrece, estar entre la gente; no poseer otra cosa, en el mundo, ni querer poseerla; no tener hogar, ni siquiera querencia, para vivir más libre; desconocer todo vínculo, hasta los de familia, de amistad y de interés; estar hoy aquí, mañana allá; vagar entre el océano y la cordillera, entre los áridos desiertos del sur y los campos fértiles del norte; tener la pampa entera por casa, el cielo por techo, la tierra por cama; gozar con oir, tendido de espaldas en el recado, al reparo de las pajas espesas y altas que lo atajan, silbar el viento furioso, que pasa por encima y por los costados del abrigo improvisado, sin poder penetrar en él; evitar las reuniones numerosas, fuentes siempre de peligros y de compromisos; sin ser perseguido, huir de las autoridades, protectoras natas de la riqueza que las mantiene, contra todo pobre que no sea su esclavo ciego; someterse al trabajo, sólo en casos de imperiosa necesidad y por poco tiempo, por un precio tanto mayor cuanto sean menores las ganas que se tenga de hacerlo; conocer, en todos sus recovecos, la llanura inmensa; poder ir, en línea recta, a cualquier punto de cualquier comarca; saber pasarlo vagando, sin llamar sobre sí la atención de la policía; te-

ner la memoria del lugar de donde se ha sacado el último caballo, para evitar de volver allí con él ; vivir de lo que cae, sin ser delicado, pues, generalmente, vendría mal al caso el quejarse al dueño de que sus animales están flacos ; y de vez en cuando, agregarse, para invernar, en algún rancho hospitalario, para permitir que se componga el flete, o descansar de alguna temporada de mucha miseria, tal es todavía la vida de más de un gaucho errante en la Pampa lejana ; y tal era la de don Matías... nunca se supo de qué.

El no pidió hospitalidad a don Pedro Linares ; le pidió sólo un jarro de agua. Se lo dieron. Pero dejó entender que no le hubiera desagradado un mate, y no se hizo de rogar para apearse. Le bastó, después, una vaga indicación, para ir a desensillar y soltar el caballo maneado, frente al rancho. Y una vez instalado, se mostró muy hombre de mundo con la señora y las hijas de don Pedro Linares, conversador interesante y discreto, conocedor de todos los palenques, a veinte leguas y más alrededor, pudiendo dar entradas y salidas seguras sobre las obras y milagros de cualquiera de las familias vecinas, en el mismo radio, por lo menos ; servicial y dispuesto a ayudar en cualquier trabajito casero, amable, risueño, decidor ; ¡ lo más simpático !

Y cuando, el día siguiente, al amanecer, ensilló, para ir, según aseguró, en busca de trabajo,

hubo frases de sentimiento y ofrecimientos recíprocos.

A la tarde, volvió. No había encontrado trabajo.

La verdad era que, gracias a los mates y al churrasco, con que lo habían convidado por la mañana, pudo pasar todo el día, vagando por el campo o durmiendo entre las pajas ; y como la casa de don Pedro Linares le había parecido un albergue superior y completo, para pasar la mala estación, había resuelto pegarse en ella sin hacerse sentir, como bichuca en hombre dormido.

Traía dos mulitas para comer, y una lagarta grande y gorda, cuya grasa sacó y regaló a la señora de Linares, precioso remedio para muchas dolencias ; dándole a una de las hijas mozas los anillos de la cola, preservativo seguro, como lo sabe cualquiera, contra las picaduras de víbora.

Durante varios días, hizo lo mismo, desapareciendo por la mañana, volviendo a la tarde ; espiándole las mañas al personal de la estancia, hasta saber mejor que el mismo capataz, cuando iba el mayordomo a caer por el puesto de Linares.

Pudo entonces vivir sin inquietud, volviéndose, de nómada, casero. Pasaba los días trenzando bozales y riendas ; cortaba leña de oveja en el corral ; ayudaba a don Pedro a carnear o a curar las ovejas ; prendía el fuego para la señora,

cebaba mate; y también dormía, comía, criaba panza.

Pero cuando, pasados los fríos, se acercó la esquila, y que tanto sobró el trabajo, por todas partes, que no cupo ya pretexto para no encontrar ocupación, sucedió que, una madrugada, don Pedro Linares extrañó no encontrar, dormido en la cocina, a don Matías... nunca se supo de qué, ni el recado que le había prestado.

Al recoger la manada, vió que le faltaba su mejor caballo; del ropero, había desaparecido su poncho de paño, casi flamante. El día siguiente buscó, sin poderlo hallar, su cuchillo de vaina y cabo de plata; y algún tiempo después, supo, por la señora, que una de sus hijas estaba embarazada.

RATOS DE SOLAZ

La cristiandad está de luto; conmemora en sus templos, con cantos lagrimosos y lóbregas plegarias, el aniversario de la muerte de Jesús; y Juan Anocibar, nacido y criado en los Pirineos, todo embuído de la fe ingenua que mantiene incólume su reino en aquellas regiones montañosas, cerradas aún a la irrupción del progreso, ni por un momento piensa, en ese día del viernes santo, en substraerse al cumplimiento de los preceptos que le enseñó el cura de su aldea natal: ayunar y holgar.

Holgar no le hace ninguna cuenta, pues ha tomado por un tanto, con dos compañeros, un trabajo de alambrado; y por lo que es de ayunar, con sólo mirarle la cara, un poco antes de las doce del día, se tendrá la seguridad de que hace un verdadero sacrificio a sus infantiles convicciones.

En la Pampa, no hay iglesia sino en los pueblos, y no puede Juan hacer veinte leguas y perder tres días o cuatro: «para hacerles el gusto a los frailes», dice, riéndose; pues a pesar de

haber conservado para ciertas prácticas un respeto supersticioso, no deja de burlarse un poco, desde que de su tierra salió, de los que, en su niñez, se lo impusieron ; y, vistiéndose con su ropa dominguera, temprano se vino a la pulpería.

Allí, espera, fumando — pues el cigarro no quiebra el ayuno ;—y conversando, a ratos, que lleguen las doce para poder, en fin, comer. Y a medida que se viene acercando la hora, parece marchitarse más y más su grande y pesado cuerpo de atleta : su ruidosa alegría de hombrón algo bruto se calla, y rehuye hasta los juegos de manos que tanto le gustan siempre. Los gauchos que ahí están no participan, en general, de sus preocupaciones ; comen, beben, y no dejan de hacerle algunas burlas :

—Mire, don Juan, que mañana, le va a quedar flojo el alambre, si no come hoy.

—¿Qué quiere? amigo ; no puedo ; me parece que si, en viernes santo, comiera antes de las doce, me haría mal.

Por fin, en el tosco reloj de la tienda, adelantado, subrepticiamente de un cuarto de hora por el pulpero compasivo, han dado las doce ; con un puñetazo formidable en el mostrador, se endereza el vasco, y dejando ver, en amplia risa, sus dientes alargados por el hambre, exclama : «¡ Ahora sí ! ¡ mozo !...» Pero vacila en su resolución : iba a pedir un chorizo, cuando se acordó que, el viernes santo, la carne es prohibida, y sofrenando sus ganas pide una caja de

sardinas, con pan y vino. Las sardinas desaparecen, y el pan y el vino ; todavía no conversa don Juan, pero ya vaga sobre sus labios aceitosos y en sus ojos azules una sonrisa de satisfacción. Ha cumplido con su deber de cristiano, y puede comer ahora sin temer de cargar su conciencia con un pecado ; y come—¡ mil demonios ! —come con un apetito bestial. Después de dos cajas de sardinas, devoró una de ostras ; no le gustan mucho, pero hay que comer algo que no sea carne, y no se puede comer siempre sardinas ; y al enumerarle el pulpero las demás conservas que adornan sus estantes, oye : «pimientos morrones españoles», y pide una caja, y come a plena boca las picantes frutas coloradas que son, para él, como rayos del sol de su tierra encerrados en una lata.

Dos cajas de pimientos rojos pasan por el rojo trapiche de su boca poderosa, mascados y tragados con gran ruido de labios y mandíbulas.

Se ríe ahora el vasco, gozoso ; hazaña les ha parecido el almuerzo a los gauchos que lo miran extasiados ; y déle vino para apagar el fuego que dejan tras sí, inextinguible, semejantes manjares.

—Pues, amigo—dijo uno,—¡ qué atracón !

Para cumplir en algún modo con la regla, todos los que tienen hogar se llevan para su casa un pedazo de bacalao ; es una especie de comunión pascual que nada tiene de penitencia, pues al contrario, es un pretexto para variar un poco

la comida. Todavía no ha muerto la religión de Cristo.

¡ No ha muerto ! no ; apenas han dado las diez, el sábado, por la mañana, empiezan a chisporrotear las gruesas de cohetes de la India, llenando el aire de ruido alegre, de humo y de olor a pólvora, espantando los caballos atados en el palenque, haciéndolos patalear y tirar de los cabestros.

Es el Sábado de Gloria, y el sol otoñal, glorioso como una resurrección, desparrama por todas partes sus rayos de oro que calientan sin quemar y penetran las almas sencillas del intenso y suave gozo de vivir.

*
* *

Muchos otros días de fiesta hay en la Pampa, pero muchos también pasan desapercibidos ; no abundan siempre los pesos, y sin plata, la diversión tiene que ser poca.

Así mismo, no se perderá ocasión de correr algunas carreras, o de armar alguna partida de taba o de naipes, y la guitarra convidará al canto y al baile.

En las fiestas populares, dadas en cualquier ocasión, para el santo del patrón o para entablar en debida forma la manada chúcara de los electores, el asado con cuero será el gran atractivo ; y la fiesta del Patrono del pueblito no irá

sin carreras de sortija, que permitan a la juventud lucir su habilidad y su elegancia de jinetes.

Por lo demás, cuando se quiere, todo puede ser fiesta; y nada como la marcación, por tal que sea de convite, para ser pretexto a mil diversiones, con acompañamiento de bailes y torta frita.

¡Y la noche de San Juan! con sus mil fogatas de chala, que iluminan toda la campaña y parecen grandes ojos amigos cambiando guiñadas.

—¡Mirá! ya prendió don Pedro.

—¡No! es el de la Barrancosa.

—¡Qué lindo el de doña María!

—¡Y allá, en la loma!

Y en todas partes, surgen, efímeras y brillantes, las alegres estrellas, y con la languidez de las tibias noches del veranillo, las insulseces de los versitos de confitería parecen verdad a las niñas morochas. Salomés sin crueldad, dispuestas a entregar su corazón, sin exigir, en cambio, la cabeza de ningún Juan.

Navidad poca alegría suele traer. Hace mucho calor en la Pampa, en diciembre; y Navidad es una fiesta de invierno europeo, fuerte y crudo, fiesta íntima de comilonas opíparas, enormes, en salas herméticamente cerradas y bien calentadas, mientras, afuera, cae y se amontona despacio, en los surcos adormecidos, la nieve silenciosa. En la campaña argentina, le falta forzosamente su principal atractivo.

—¡Ché!—decía el hijo de un mayordomo fran-

cés al hijo del captaz de la estancia, criollito de la misma edad que él, ligeramente ataviado con una bombacha rota y una camisa sin botones,—¡ ché ! esta noche, pongo mis zapatos en la estufa. ¿Y vos?

—¿Yo?—contestó el chinito sorprendido ; en casa no hay estufa, y yo no tengo zapatos.

El carnaval, sí, podría ser lindo y lleno de gracia, por la estación en que cae, si el gaucho supiera reir ; pero no sabe. Y durante tres días, hace vanos esfuerzos para persuadirse que se divierte ; harapos sucios de telas chillonas, adornos de papel y moños de cintas, caretas insulsas e uniformes de alambre tejido, con los ojos zonzamente azules y sus mejillas de color enfermizo, carritos llenos de guitarras mal templadas y de acordeones desafinados, con hombres vestidos de mujeres, y otros hombres disfrazados de payasos o de no se sabe qué, que recorren leguas, sin otra gracia que la de gritar, en cada palenque, con voz aguda : «¡ Te conozco ! ¿cómo te va?» y de recibir con la contestación : «Te conozco, mascarita», algunos jarros de agua.

Da tristeza el Carnaval.

INSOMNIOS

¡ Qué gusto dormir a pierna suelta ! Sí, dormir... cuando uno puede. Pero no siempre se puede. Pregúntenle a Cipriano : ha hecho carrera con el zaino de don Braulio para el domingo de Pascua y no le quedan más de doce días para acabar de componer el picaso. Cierto es que ya está muy bien ; se le adelgazó la barriga, tiene el pelo lustroso y el ojo vivo ; está sano de manos y patas, y se traga la cancha en cuanto le aflojan ; pero no bastan, para salir airoso, la habilidad del compositor y las disposiciones del parejero. Cipriano, por supuesto, no deja pasar la hora de darle su ración de maíz o de pasto, o de hacerle beber ; ni se olvida de ponerle trompeta para que no coma tierra ; pero tampoco basta esto : hay también que levantarse a las cuatro en punto, todos los días, para darle un vareo, y nada más que el temor de quedarse dormido, aunque sólo sea un cuarto de hora, lo tiene, de noche, tan inquieto, que casi se lo pasa dándose vueltas en el catre, sin poder conciliar el sueño.

La verdad que bien vale la pena sufrir un poco para ganar una carrera, pues en ella no sólo va el dinero de uno, sino también, y sobre todo, su fama de compositor y la del caballo, y Cipriano quiere que su picaso, que nunca perdió, siga llegando primero.

Cuando uno se dedica a componer un parejero, siempre debe creerse rodeado de enemigos. Que duerma la siesta, todavía ; pero de noche nunca debe cerrar más de un ojo a la vez. Es que basta que el adversario tenga noticia de que el animal está en buenas condiciones y que no puede más que ganar, para que busque o haga buscar el medio de impedir que corra y hacer perder así a su amo el depósito.

Y para ello bien poca cosa se necesita : un purgante en el agua o en la comida, una herida en el pie, o cualquier otra cosa que de noche tan fácilmente puede suministrar al parejero la diestra mano de algún pillo.

Cipriano no se descuida : tiene buenos perros, y les conoce la voz y las mañas. Según el modo de ladrar de cada cual, al momento sabe si es animal que pasa o gente ; sabe si ésta pasa indiferente o si se ha parado a espiar, si se acercó o no o si trata de llegar adonde no debe ; y por obscura que sea la noche, agachándose, pronto divisará cualquier silueta sospechosa, oirá en el suelo cualquier ruido, y hará correr los perros para espantar el peligro. Pero, ¡ vaya uno a dormir así !...

¡ Y cuando hay, por el temporal, que rondar

la majada porque no se puede encerrar en el corral a causa del mucho barro!

Con el viento frío y el agua que azota, no quieren las ovejas quedarse rodeadas : ni un momento, se echan ; remolinean continuamente, castigadas por el viento ; y si, por un rato, quedan quietas, y a dormitar empieza el cuidador en su caballo, cabeceando, no tardarán mucho los balidos en sobresaltarlo y hacerlo correr a atajar las delanteras que ya puntean para el cañadón anegado... ¡Noche larga!...

Pero aun y más arriesgada la ronda de noche, en campos abiertos y desconocidos, del arreo de novillos ariscos, que de cualquier cosa se asustan y siempre quieren disparar. Ni cabecear dejan éstos al resero ; y casi se podría llamar suerte, a pesar de su valor y de sus vigilantes esfuerzos, que lleguen estos hombres, como sin embargo siempre lo hacen, al fin de su peligroso viaje sin haber perdido animales por el camino.

Pero por duro que sea el insomnio del resero, tiene sus horas de reposo ; llega siempre el momento en que, cansada de atropellar, la hacienda se echa, y si no todos a la vez, por lo menos por turno, pueden dormir los peones del arreo ; mientras que no puede nunca ni dormir tranquilo la siesta, como el compositor del parejero, ni a la madrugada dormitar a ratos, como el puestero, al rondar sus ovejas, en noche de temporal, ni reposar bien siquiera una hora en su recado, el gaucho fugitivo. Tendido en el suelo, escondido en el pajonal, siempre temerá

que cualquier movimiento de su caballo llame la atención de sus perseguidores; y aunque éstos, muchas veces, estén bien lejos o bien descuidados, bastará que se mueva encima de su cabeza, mecida por el viento, la flor de la cortadera o crujan las ramas del cardo seco, para que sobresaltado se enderece y crea ver, mirándole, socarrona o amenazadora, la cara del comisario; bastará que dispare entre los yuyos un cuis o de repente suene la voz del tero para que le parezca oir el ruido de los sables y el galope de la comisión.

PRACTICAS DE DEVOCIÓN

—¡ A ver, Presbítera, si te traes un mate !— exclamó don Evaristo ; y quedó algo sorprendido el forastero que había llegado a pedir hospitalidad, al oir ese nombre raro : «Presbítera». Ninguna santa, que supiera, lo llevaba ; y, aprovechando una de las mil vueltas de la conversación, tan discretamente como pudo, preguntó a don Evaristo en qué día había nacido la patrona.—«El 23 de mayo», fué la contestación, y pronto pudo averiguar en un almanaque que pidió prestado, que ése era el día consagrado a San Vicente, presbítero. Irreverenciosamente, pensó en seguida que poca suerte había tenido esta señora, pues con nacer en otro día, hubiera podido resultar obispa.

El gaucho es cristiano, no hay duda, ni quiere ser otra cosa, pues el bautismo, según su creencia, basta para diferenciar al hombre del indio y del animal. Exagera ; pero así se lo han enseñado, y no deja, en la conversación, de distinguir lo que a los animales corresponde de lo que corresponde al *cristiano*, disculpándose de

ciertas comparaciones, a veces, inevitables. En el bautismo se concreta toda su religión. La iglesia está lejos, allá, en el pueblo, a muchas leguas, y para él no tiene ningún atractivo.

El cura, generalmente italiano o español, más se ocupa de amontonar pesos que de instruir a esa gente. Por lo demás, ¿qué le enseñaría? si él mismo nada sabe. Ha venido a América, no a conquistar almas, que para nada necesita, sino un capitalito que lo haga independiente y le permita volver a su tierra y vivir en ella, rodeado de las comodidades y de la consideración a que dan derecho el dinero y la sotana.

Largo capítulo, por lo demás, el de las dolencias del cura en pueblitos recién creados, de escasa población de colonos pobres, en su mayor parte, con unos pocos ricos, de nueva formación, agarrados, por lo mismo, y desprovistos todavía de esta fe, forrada de vanidad, que levanta templos y engorda sacerdotes.

—¡ Qué gente ! señor. Vienen a buscar al cura para bautizar a una criatura o ayudar a un moribundo, una legua ; dos leguas hay que hacer en algún carricoche de mala muerte, por caminos deshechos, y cuando uno les pide dos pesos—una miseria,—¡ se resisten a pagar !

Los casamientos podrían dar algo, si no fuera por el Registro civil, que a muchos basta. ¡ Y creen, señor, que es lo mismo ! Sin contar la cantidad de matrimonios que, en el campo, se forman y viven, y se multiplican sin esto, si-

quiera... ¡ Infieles !... Cierto es que cuando viene una misión, a veces mandada por otro obispo que el de la diócesis, para dar la confirmación y otros sacramentos, aprovechan muchos para casarse ; y no son raros los días de seis, ocho y diez casamientos... ¡ una ganga ! Pero las misiones son de monjes que trabajan para su convento y, para todo, prescinden del cura, menos para pedirle la hospitalidad ; ni siquiera le indemnizan de los gastos hechos por él para recibirlos, alojarlos y mantenerlos.

De los trámites que requiere el Registro civil, surgen, a veces, singulares asociaciones de ideas. Un colono, un día, había venido a declarar el nacimiento de un hijo ; el encargado del Registro civil del pueblito tenía su escritorio en la oficina de una agencia donde también trabajaba como empleado. Antes de levantar el acta, quiso pasar por la prensa de copiar una carta de su patrón, y, al verle mojar el pincel en el pequeño recipiente pegado a la pared, el hombre, algo turbado, se aproximó y humedeciendo la punta de un dedo, se santiguó con compunción y como pidiendo disculpa por no haberlo hecho antes : le había parecido algo incompleta la ceremonia hasta ver el hisopo y el agua que creyó bendita.

Y no es esto, al fin, tan extraño. ¿Qué más hacía, sino confundir el culto con la religión? lo que hace todo hombre religioso, cualquiera que sea la comunión a la cual pertenezca.

*
* *

El gaucho ignorante, de costumbres sencillas y primitivas, no dejará de obedecer inconscientemente a ciertas reglas tradicionales de devoción, y, el día que su mujer, por haberse quedado a la cabecera de una vecina enferma, no haya podido colocar el acostumbrado candelero al lado de la pequeña Virgen de Luján que tiene en su aposento, lo buscará él, y si no lo encuentra, piadoso, lo reemplazará con una botella previamente desagotada de la caña que todavía contenía, para evitar el peligro de que se inflame.

Es que tener sin vela, en ciertos días, a la Virgen de Luján hubiera podido ser origen de muchas desgracias : hay que temer a Dios y a su gente. También hay que saber pedir a cada santo lo que puede dar, y doña Presbítera, seguramente, por nada faltaría, estando encinta, de rodear la estampa iluminada de San Ramón Nonato de mil zalamerías y atenciones, para conseguir de él un parto feliz.

Fuera de esto, poca cosa : «Ave María», es el saludo que, al llegar a un palenque, y por descreído que sea, debe hacer cualquier hombre, y raras veces le contestarán de otra mane-

ra que por el consagrado: «sin pecado concebida».

«Si Dios quiere; y la Virgen», dirán, y contestarán, al despedirse, de noche, con el habitual: «hasta mañana», los miembros de la familia o las visitas.

«¡Jesús!» piadosa interjección para cualquier susto, admiración o reprobación, y «¡Santa Bárbara!» cuando truena, son voces inspiradas, seguramente, por reminiscencias religiosas, pero que de ningún modo pueden llegar a constituir un acto verdadero de devoción. Y lo mismo pasa con la costumbre de prender fogatas en la noche de San Juan o de comer bacalao el Viernes Santo, ni tampoco tiene nada de religioso la ceremonia del velorio, donde si bien reza, a veces, algún aficionado una que otra oración, más se conversa, se fuma y se bebe, que cualquier otra cosa.

La verdad es que, en la Pampa, apenas ha quedado, de la religión traída en su equipaje por los conquistadores, una que otra práctica, más de superstición que de devoción y una que otra invocación, que sólo puede salvar, en parte, las apariencias y hacer pensar que impera en ella la religión católica.

Ha de venir el día, y no ha de tardar, en que se empeñen los desinteresados servidores de Cristo en invadir ese soberbio reino relativamente tan abandonado, y si no lo han hecho antes, era que, francamente, todavía no hubiese alcanzado para cirios el producto de la función.

PORRAZOS

—¡ Pataplúm ! Si no le digo que son locos... y el otro, ahora ¡ zas ! ¡ Qué bárbaros !

—Mirá ; ¡ el montón !

Y era como para mirar. La vaca, cortada del rodeo, iba disparando al viento, y dos gauchos, persiguiéndola a todo correr para atajarla, la iban a alcanzar, cuando rodó el animal, y, cayéndose al suelo, tendió sin querer una trampa tan repentina a sus perseguidores, que ambos vinieron a caer sobre ella ; no dándoles tiempo para levantarse, otro jinete, que venía en su ayuda y que llegó justito para entreverarse, con caballo y todo, y completar el enredo.

—Siete bestias—dijo uno.

—Al barrer—completó otro.

Ya se habían levantado, parado y sacudido los jinetes caídos, los caballos y la vaca, la cual, abombada por tanto golpe, se volvía, trotando, al rodeo.

—Buenos chambones—les dijo el mayordomo, cuando llegaron ;—atropellar, en vez de abrir-

se. ¿Les habrán parecido pocos los tres rengos que ya andan en el rodeo?

—Qué golpe, patrón—contestó el más viejo, con aire lastimero.—El pecho es lo que me duele. Voy hasta la estancia, a pedirle un poco de aguardiente a doña Sofía para refregármelo.

—Sí, por dentro—murmuró el mayordomo.—Bueno, anda, anda; y vuelve pronto.

—Tráigase la botella, don Victoriano, que también hemos rodado—le gritó uno de los compañeros.

No hay piedras en la Pampa, por suerte, y los golpes, casi siempre, son amortiguados por el pasto y el suelo blando; pero son tantas las ocasiones de sacudirse porrazos que, en la cantidad, no deja de haber algunos que resultan de cuenta; y son frecuentes, si no las desgracias, por lo menos, los accidentes. Es cierto que la mayor parte de las rodadas sólo sirven para poner en ridículo al caballo y lucir al paisano.

Por bueno que sea un animal, es difícil que, de vez en cuando, no le toque rodar. En un galope largo, se le acaban por cansar las manos, y no es difícil que afloje, a ratos; tanto el jinete como el caballo van medio dormidos, y cualquier tronco de paja, o la traicionera cueva del peludo, suelen ser ocasiones de rodadas repentinas, irresistibles. En esos casos, es cuando se ve que jinetear sabemos todos, pero que salir parado es la llave.

Nadie hace caso de una espantada, y si, por casualidad, por un descuido, o por no saber, de-

ja uno, impresa en el suelo, la imagen redonda del piso bajo de su individuo, no es de mayor gravedad; se levanta y vuelve a montar; si está solo, se sonríe, geteando; si anda acompañado, los compañeros son los que se rien.

La rodada es de mayores peripecias, y por ella, se puede juzgar, en un momento, el valor de un jinete. El que salga apretado, que no se meta a domador; el que sale por entre las orejas del caballo y se va a parar... de narices en el suelo, poco sirve. Si la rodada ha sido muy fuerte, como tendremos la finura de suponer, le aconsejaremos de alejarse corriendo, o siquiera, gateando, para evitar que el mancarrón se le venga encima, con todo su peso.

Otros hay—éstos son ya gauchos—que salen disparando y dejan el caballo caer o levantarse, como le parezca; pero el verdadero jinete sabe agregar a la agilidad salvadora, la serenidad impecable, que sola, le permite conservar, en lo más recio del trance, la perfecta limpieza de actitud, la exquisita sobriedad de gestos, la elegante corrección del hombre verdaderamente fuerte y dueño de sí.

En el mismo momento de tropezar el caballo, el jinete boleó la pierna, soltó la rienda, y se quedó impasible, de pie, esperando—sin abandonar la punta del largo cabestro—que el mancarrón que todavía tambalea, se venga, después de un corto momento de reflexión sobre la instabilidad de las cosas de este mundo, a tenderse largo a largo, a los pies del amo. Si el gaucho

está solo, se sonríe, desdeñoso; si anda acompañado, aplauden los compañeros.

Las patadas son escasas; el caballo argentino es sumiso; así mismo no las busquen: no son confites.

Entre el surtido de porrazos que puede la equitación proporcionar al que tiene afán en *comprar campo* en la Pampa, hay uno, reservado sólo a los valientes que se quieren agauchar de veras. Un buen criollo no necesita estribos para montar, ni suplirlos por los pesados y complicados movimientos que algún panadero europeo, sin duda, habrá hecho conocer en la Argentina, ya que por «del panadero» se designa ese modo de montar, ayudándose con toda la fuerza de las muñecas.

Con un simple balanceo lleno de gracia, el gaucho deja caer la cabeza y el tronco, de tal modo que las piernas y la parte inferior del cuerpo se encuentran asentadas en el lomo del caballo, sin salto, casi sin esfuerzo aparente, con una suavidad de pájaro que se posa, y sucede que, para imitarlo, el novicio calcula mal el abalanzamiento, exagera el esfuerzo y cae del otro lado. ¡Qué risa, señor!...

Y el niño, por supuesto, también quiere galopar, y taquea con enojo el petizo con los botincitos, y tanto le pega con el rebenque que, al fin se movió el animal, y empezó a trotar; al enojo sucede un relámpago de gozo, en la carita rosada, que pronto da lugar a cierto recelo: las sacudidas se van haciendo muy fuer-

tes, el niño tira la rienda, el petizo se sujeta de golpe y ¡ pumba ! sonó en el suelo un golpe sordo. Acude la madre asustada, levanta al niño, y a un peón que le dice :

—No es nada, patrona ; a golpes se aprende.

—Los burros—contesta ella.

El niño ya no llora, y quiere montar otra vez : «con estribos», dice.

—Eso sí que no—interviene el padre ; y tiene razón, pues, con estribos, de cómicos que son, los porrazos, muchas veces, se vuelven trágicos.

AMOS Y PEONES

—¡ Sandalio ! tome esa carretilla, y se va a la alfalfa, a buscar pasto para la yunta de la volanta.

—Patrón—contestó Sandalio, esbozando una sonrisa respetuosamente irónica,—yo me he conchabado para peón de campo ; no para trabajos de a pie.

—¡ Pues, señor ! gran trabajo es ir a buscar una carretillada de pasto.

—No es mi obligación, patrón.

El patrón lo miró medio serio.

—Si usted no está conforme con mi trabajo, patrón, me puede arreglar la cuenta.

—Pues, en seguida, amigo ; no me gusta pagar brazos, para verlos cruzados.

Y Sandalio, despachado, después de cenar, se fué de la estancia, lo más contento de haber cazado un pretexto para hacerse despedir y para recobrar su libertad, enajenada durante todo un mes de conchabo. El espejismo falaz de los treinta pesos del sueldo, encerrados en su tirador, le parecía horizonte sin límite, de vida hol-

gada y ociosa ; y se iba, galopando, bajo el cielo estrellado de la Pampa, aspirando, con pulmones enanchados por el gozo de sentirse libre, la atmósfera perfumada por los mil yuyos floridos que pisaba su caballo.

Es que la ambición de Sandalio se limitaba a bien poca cosa : alguna platita para los vicios ; de vez en cuando, una muda de ropa, un par de botas o un sombrero nuevo, y era hombre feliz.

No le faltaba algún techo hospitalario, donde tender el recado, ni el pedazo gratuito de tumba, que siempre sobra en el campo.

Nunca tampoco falta en alguna estancia, por un mes o dos, en los casos de apremiante pobreza, uno de estos conchabos, de trabajo liviano, de peón de campo, que consiste en ayudar, por la mañana y por la tarde, a recorrer las orillas del campo, para repuntar las vacas o parar rodeo, y a sentarse a tomar mate, en los puestos, mientras la hacienda endereza despacio para el centro.

Su criterio para elegir a los patrones, a quienes hacía el honor de ofrecer sus efímeros servicios, era, más que todo, la reputación que podían tener de ser poco delicados para el trabajo.

Apreciaba particularmente a los hijos de estancieros ricos, que manejan los establecimientos paternos, en calidad de mayordomos. Con éstos, en general, hay abundancia de peones y poco que hacer, bajo la indulgente vigilancia

de los capataces, mientras que el amo, joven y amoroso, en vez de engordar el caballo con el ojo, pasa vista a los puestos, para elegir la vaquilloncita más sabrosa y tratar de echarle el lazo, o anda por la ciudad, en busca de ovejas algo refinadas. Y la vida corre, suavecita, para el paisano conchabado.

Un paseito por la mañana, con la fresca; otro, a la tarde, después de la siesta larga; charlas, mates y cigarrillos, buena comida y descanso; por tal que, los días de elección, el patroncito se pueda lucir, en el pueblo, con numerosa compañía de votantes, pronto se pasa un mes, y venga la paga, no antes que el sudor se haya secado, sino, muchas veces, antes que haya tenido ocasión de brotar. ¡ Vida linda !

Se comprende que Fortunato, nacido en la estancia, no haya soñado jamás en dejarla, y se haya vuelto igual a esos pumas nacidos en la jaula, acostumbrados a tener segura la ración cotidina, y que serían incapaces, si se llegasen a escapar o si los soltasen, de buscarse la vida, de noche, en las majadas mal cuidadas.

Al amo le hace, también, cuenta, conservarlo; trabaja poco, es cierto, pero es hombre de campo y no es exigente; no tiene sueldo fijo, y mal que mal, sirve para lo que le mandan.

Los padres de él han muerto en la estancia, en tiempos del padre del patrón actual, y sigue él, viviendo como han vivido sus viejos, sin más anhelo que vivir así, toda la vida. Cuida los intereses del establecimiento, ni más ni me-

nos que si fueran suyos : es decir, bastante mal, porque es descuidado por naturaleza, pero, a su modo, los vigila con fervor, lo que siempre algo vale.

No conoce, en el mundo, más familia que la del amo, ni más casa que la estancia, y si lo viniesen a echar, volvería, como perro fiel, aunque fuese para morir apaleado.

De él se ríe el gaucho Sandalio, que no tiene más patrón, en realidad, que su capricho de incorregible nómade : y también se ríe de él, el catalán Clemente Terradán, valiente trabajador y amontonador paciente de los pesos penosamente ganados, pero para quien el patrón no es más que *el que paga;* concediendo al que lo emplea la misma mezquina dosis de respeto, que sea aristocrático descendiente de los virreyes, o algún inmigrante enriquecido ; reservando sólo la escasa y ruda simpatía de que es capaz para el que mejor retribuya su trabajo y lo mantenga con carne más gorda.

A Terradán, no le gusta trabajar con patrones poco exigentes, poco delicados, que no sabrían apreciar y remunerar sus esfuerzos.

El es hombre de pala, más que de caballo, pero a todo se presta, y lo mismo sabrá cuidar una majada, como arreglar el jardín o componer una puerta ; trabaja sin descanso, siempre tiene algo que hacer, y su actividad, medida y sosegada, pero continua, no necesita pinchazos.

—Trabaja lo mismo que si fuera para sí ;

como peón es una alhaja, Clemente—asegura su patrón.

Y lo es, no hay duda ; pero si así trabaja, es que también él sueña con la independencia, y, que para conquistarla, necesita sueldos altos, en proporción con sus desvelos ; y economiza con avidez, cuida y defiende sus ahorros con legítima avaricia, como que son la preciosa simiente de su fortuna futura.

—Señor—le dijo un día, Clemente Terradán a su patrón,—¿sabe que lo voy a dejar?

—¡ Oh ! ¿y por qué? ¿estás mal aquí? si es cuestión de sueldo, nos podemos arreglar.

—No, señor ; es que entro de acopiador habilitado con don Juan Antonio Martínez.

Y cuando el estanciero le hubo entregado varios meses de sueldo que había dejado acumularse, Clemente, su peón de ayer, hoy comerciante, le ofreció comprar el cuerambre del establecimiento ; el precio era razonable ; se discutió, y trataron. *Don Clemente*, por un momento, pasó a ser casi el patrón, pues era él que pagaba.

AVES NEGRAS

Los tiempos son duros, la plata escasa, el trabajo honrado mal retribuído y la vida cara. En semejante situación, unos trabajan con más ardor, otros viven de privaciones, todos se empeñan en salvar el paso, a la espera de días mejores, de abundante cosecha y de comercio más fácil.

Las aves negras, ellas, revolotean por encima de las ruinas, buscando su presa, entre la multitud atareada, en lo más gordo, lo más sano del cuerpo social.

Con gritos de cuervo, despedazan el honor, los bienes de sus víctimas; las difaman, las calumnian; y si dan con infelices incautos, los despojan en conciencia de todo lo que constituye la vida: fama, fortuna, libertad.

¿Sus armas?... ¡La ley!

—¡Sí, la ley! La ley falseada, manoseada, conculcada por sus maniobras infames, por sus mentiras atrevidas, por sus acusaciones audaces que pueden obligar al juez más recto a poner a disposición de estos forajidos y en contra del

inocente, las armas sagradas que le han sido confiadas para castigar al culpable y defender al débil.

Escarban en las deficiencias de la ley como en estiércol nutritivo, y las saben aprovechar con astucia.

En ciertas provincias, por ejemplo, les bastará para armar su trampa, declarar bajo juramento, que la víctima elegida—un hombre honrado, de buena fama, de buena familia, de posición desahogada, conquistada por su trabajo, —ha *robado* a su protegido—un pobre desgraciado—afirman,—cuyo sudor vertido a torrentes—claman,—le había permitido hacerse de una puntita de animales.

La víctima del ave negra es negociante; el acusador, o sea el protegido del pájaro, es un infame borracho, que ha dado en pago al negociante sus animales, que apenas valían la cuarta parte de lo que le debía. Una irregularidad cualquiera en la transmisión de los animales, ahí está la base de la querella.

Una pirámide sobre la punta de un alfiler: pero el ave negra es hombre muy vivo.

Compra testigos—con promesas, que son más baratas;—tiene sus espías que vigilan a la víctima y hacen correr sobre ella, mientras se forma secretamente un sumario, los díceres más tremendos, arruinándola moralmente, antes de asestarle el golpe final. Crean la atmósfera deletérea que debe turbar la conciencia del juez y la opinión pública.

Y consiguen al fin, con sus solas afirmaciones—victoria bochornosa sobre la justicia,—una orden de prisión contra este *ladrón*, acusado de haber despojado a un pobre trabajador; y lo traen, sin que nunca haya sido siquiera interrogado por autoridad alguna, preso, como criminal, bajo las miradas de las poblaciones, por donde pasa, con su comitiva de policianos, infligiendo así a un inocente un tormento moral inmenso, un perjuicio incalculable a su crédito, a su reputación, y el buitre asqueroso se encarniza en su víctima, renovando cada día sus tormentos.

Cubrirla de vergüenza no ha sido más que el primer paso del proceso; es la baba, con la cual el reptil acomoda su presa, para tragarla con más facilidad.

El hombre honrado, rico, acostumbrado a vivir decentemente, está preso; encerrado en un calabozo, vive entre criminales, entregado a la desesperación.

El ave negra le manda un emisario, quien, hipócrita, le ofrece sus servicios para defenderlo, o más bien para arreglar el asunto amigablemente, y dejarlo así pronto en libertad, mediante una buena suma de dinero.

Raras veces resiste la víctima, y paga.

El ave negra remonta el vuelo, con cantos de victoria, y si, algunas veces, se oyen también gritos de pelea, son las aves más pequeñas que reclaman su parte del botín.

Estos procuradores que, de las leyes, no co-

nocen más que el medio de darlas vuelta, constituyen una verdadera y terrible plaga para la campaña. Abundan en los pueblitos, y como los asuntos, en realidad, serían pocos para hacer vivir toda la bandada, los hacen nacer de cualquier incidente.

La táctica es ingenua : consiste en incitar a un hombre que no tenga con qué caerse muerto a entablar una demanda, por cualquier pretexto, a uno que tenga bienes. Por un error en una cuenta ; por una palabra altisonante que se pueda reputar injuriosa, lanzada en un momento de legítimo enojo ; por una diferencia en la repartición de intereses ; por una exigencia absurda de retribución de algún trabajo ; por cualquier cosa, se empieza un pleito. Al que demanda, que es algún cachafaz atorrante, no le cuesta nada, pues sólo tendrá que dar un poder al atorrante cachafaz que es el ave negra, y este mismo lo toma todo a su cargo. Y empiezan los procedimientos, fastidiosos, costosos, enojosos, con embargos que paralizan al productor, las citas a juicios verbales, a treinta leguas de distancia ; los términos perentorios para la prueba, que entorpecen todo trabajo, haciéndole perder al demandado tiempo, plata y paciencia, hasta que se decida a transar para comprar la paz.

El ave negra se traga la ostra, y el cómplice lo queda mirando.

Para estos repugnantes insectos, nada vale lo que una buena testamentaria ; y puede dormir

tranquilo su último sueño, el difunto cuyos bienes caen a sus manos hábiles. No los dilapidarán sus hijos.

Es un fenómeno curioso lo poco que producen y se reproducen las haciendas de ciertas testamentarias. Será por el pesar que las abruma.

Da vergüenza decirlo: hay en ciertos pueblos importantes de la República, abogados recibidos, doctores en leyes, que no vacilan en volverse aves negras. Gritan muy fuerte que defienden al pobre contra el poderoso, al débil contra los abusos de la autoridad; y en los primeros tiempos, algunos los creen y los felicitan... Dura poco la leyenda.

Pronto ven que, indigno del noble título de abogado, el que se da por desinteresado defensor de los pobres, no es más que un doctor en inmundicias, que envilece la Justicia, y se rodea de malhechores para conquistar algunos pesos, primero, y formarse, después, un núcleo de electores; pues anda pastoreando... nada menos que alguna de las más altas magistraturas provincianas.

A veces se hace el Quijote, cuando puede, el tirano; no pasa de un ave de rapiña que, en vez de los cadúceos consulares que ambiciona, logra a menudo los palos que merece.

BOSQUEJO CORDOBÉS

En cada estación donde paraba el tren, una banda de música mezclaba sus acordes al estrépito de las bombas, y un coro de niños y niñas saludaba con cánticos a su ilustrísima señoría el obispo de Córdoba, en jira episcopal.

Daba gusto ver el cariño verdaderamente filial con que los moradores de cada pueblito o villa naciente venían, unánimes, a recibir la bendición de su Pastor.

El, de aspecto sencillo y bondadoso, con una sonrisa de afectuosa y paternal satisfacción, distribuía su bendición a los feligreses apiñados en rededor suyo, extendiendo la mano para que, arrodillados, besaran el anillo los numerosos sacerdotes y seminaristas que lo venían a saludar ; y esta recepción tan despojada de solemnidad y de ceremonias oficiales parecía todo un cuadro de la iglesia primitiva.

Estas manifestaciones, tan ingenuas y espontáneas, ponen de relieve ciertas diferencias morales que, a pesar del continuo roce, favorecido por la multiplicación de los ferrocarriles,

existen todavía intactas entre las poblaciones de la provincia de Córdoba y las de las provincias limítrofes.

Puede ser que el centro de la docta ciudad se haya librado algo de estas costumbres añejas; pero no así los suburbios, y menos los pueblos antiguos de la campaña.

En éstos, las casas, de construcción colonial y de paredes espesas, con sus seculares adornos sevillanos, discretas y cerradas como conventos; las calles angostas, silenciosas, donde los escasos transeuntes se sienten vigilados, espiados y sondeados por ojos escudriñadores en acecho detrás de las celosías; las iglesias numerosas, cuya vitalidad interior afirma a cada momento el bullicio de las campanas; la frecuente aparición de algún monje o monja; la abundancia de clérigos, todo da la impresión de que allí domina, impera, el espíritu sacerdotal.

A primera vista podría creer el forastero que los habitantes observan una especie de vida monacal y tenerles lástima, si no le fuera dado penetrar en algunas de estas casas, donde reina la calma alegre de familias numerosas, en un cuadro de verduras y de flores encantador y que desdice del todo la apariencia exterior, tan severa, de la morada.

En realidad, si el espíritu sacerdotal ha impreso su sello peculiar a los seres y a las cosas en toda la provincia de Córdoba, no es más que superficialmente.

El terreno era adecuado, la población dis-

puesta a aceptar sin dificultad y a acatar dócilmente las órdenes de cualquier poder, y como no se necesitaba fuerza para imponerse, pues nadie se resistía, ha habido atracción natural y consentimiento mutuo entre los afables dominadores clericales y los mansos dominados voluntarios.

Pero sería de lamentar que cundiese en toda la República el espíritu de esta población, por naturaleza humilde y buena, que, gobernada por un poder de modales siempre suaves y de energía puramente oculta, y dedicada sólo a conservar y nunca a progresar, ha guardado intactos sus inofensivos defectos nativos, adquiriendo pocas de las calidades de viril arranque que necesita, para adelantar, toda sociedad moderna.

Hasta en la buena clase media, el acento característico, la pronunciación cantante y lenta, se va perdiendo muy despacio, y queda como una queja lánguida contra los cansancios que trae consigo la agitación inútil y fastidiosa de los tiempos actuales. El forastero activo, emprendedor, que cae en una población cordobesa y se empieza a agitar para hacer negocios, se expone a muchos comentarios más bien desfavorables, y poco faltará para que lo consideren como plaga.

Aunque el cordobés, a primera vista, parezca practicar la economía, no le faltan ganas de tirar la plata, y será, en caso oportuno, tan gastador como cualquier otro; lo que lo detiene

es que siempre se acuerda que para lograr *dinero* es preciso *trabajar*, y el *trabajo* no le gusta mucho.

Piensa filosóficamente que es mejor restringir sus necesidades, que darse el trabajo de conseguir también lo superfluo.

Prefiere el esfuerzo pasivo de la economía que asegura el pan, al esfuerzo del trabajo creador, que hasta el pan arriesga ; y el sueño de todo cordobés de situación media, es el empleo, el empleo que da poco trabajo y conserva la olla parada : conseguirlo y guardarlo, pues un cordobés destituído es un hombre muerto.

La mansedumbre en los modales, la indulgencia para las faltas sin escándalo, una oficiosidad discreta y bastante efectiva, una paciencia de gente sin apuro, una bondad que parece burlarse algo de sí misma, como si hubiera perdido sus ilusiones sobre la gratitud humana, y una extremada cortesía son las calidades cordobesas dominantes, todas de esencia eclesiástica, y que merecen, por cierto, ser apreciadas —pues hacen la vida muy llevadera.

Todos tienden con empeño en no vejar a nadie, ni a sus mismos contrarios, y—otro rasgo eclesiástico,—cuando se haga necesaria la querella, se apelará, no a las armas vulgares, sino a las de la justicia, bajo la forma inquisitorial de la denunciación, peleando a carcelazos.

Pero son excepciones en esta sociedad sumamente amable y culta ; suave, pero de perfume algo apagado, como la flor de ciertos rosales desprovistos de espinas.

EL AGRIMENSOR

Se ha juntado la comitiva al pie de un mojón que viene a ser el esquinero de tres campos, lo que facilita la tarea. El estanciero, cuyo campo se va a mensurar, no tiene todavía mayor lujo en el establecimiento: un rancho primitivo y un galpón con techo de paja, son las únicas poblaciones que, hasta entonces, haya querido hacer; pero ha podido poner a disposición del agrimensor un carricoche a toda prueba, capaz de resistir los más terribles socotrocos, entre las cortaderas quemadas.

El mojón solitario, un riel fuera de uso, acostumbrado desde varios años a no recibir más visitas que las interesadas de las aves de rapiña, que, sentadas en su punta, espían silenciosamente la presa que les pueda reservar la casualidad, y de las vacas que, regalonas, y sin nunca darle las gracias, se refriegan voluptuosamente las paletas y el pescuezo en sus filos romos, ve con cierta sorpresa, juntarse tanta gente alrededor suyo. Se acuerda que así fué, cuando lo plantaron.

Ahí están los vecinos, llamados oficialmente a presenciar la operación, para que hagan en forma las protestas que de ella puedan surgir. Más que todo, es, para ellos, ocasión de pasar el día juntos, en agradable charla, de conocer mejor por dónde pasa la línea exacta de cada campo, de recorrer los mojones ya colocados y de ver plantar los nuevos.

El agrimensor, después de las presentaciones, dispone su teodolito, estudia el horizonte, toma algunos apuntes, hace cálculos, traza en su cartera pequeños signos cabalísticos, mira con atención en el anteojo, da vuelta a los tornillos, los baja, los sube, vuelve a escribir, todo en medio del más respetuoso silencio, interrumpido a ratos por los gritos de un chimango, que trata de hacer notar a esa gente que tarda mucho en devolverle su asiento.

El hombre, entregado a una tarea práctica de ciencia, por modesto que sea, siempre parece pontificar un poco, rodeado de gente ignorante que lo mira y forzosamente extraña que gestos que no entiende, puedan resultar útiles. El dueño del campo, arrobado en la contemplación de estos preliminares, algo solemnes para él, que los costea, queda ahí, de pie, inmóvil, las manos cruzadas, teniendo del cabestro el caballo, como esperando órdenes, la fisonomía seria, las cejas fruncidas, la boca hecha geta, y los ojos como adormecidos por la misma acuidad del interés con que los contempla, sin entender. Por fin, el agrimensor dispone que salgan peo-

nes a fijar la línea que va a recorrer él con la cadena, y tres o cuatro de ellos disparan a galope tendido, en la dirección que se les indica. Entre las quebraduras del terreno, desaparecen a ratos, y vuelven a aparecer; se destacan sus siluetas, en la punta de algún médano, dando al campo una animación inusitada; y basta para romper la monotonía del cielo azul intenso y realzar el tinte verdoso de la pradera, la alegre nota colorada de las banderitas punzó que corren. Colocados en su lugar los jalones, empieza el largo y fastidioso trabajo de la cadena y la colocación de los mojones.

La ubicación de éstos no deja, en ciertos casos, de ser harto delicada. En las regiones desiertas, el agrimensor que primero mide, coloca sus mojones sin más control que sus propios cálculos, basados en indicaciones geográficas algo vagas, y, a veces, en datos oficiales más vagos todavía. Y su mensura, correcta o no, una vez oficialmente aprobada, será, durante muchos años, artículo de fe, y como tal, base tanto más inquebrantable de todas las que sigan, cuanto más erronea sea.

El mojón, oficialmente colocado, èstaquita de madera blanca, con chapa de lata numerada, que se pùdre y se pierde, o poste de ñandubay, con que los boleadores hacen fuego, o simple hoyo en la tierra, que las vacas y el viento vuelven a tapar, tendrá que ser respetado, si se encuentra, aunque esté equivocado su sitio, como si hubiera sido realmente puesto y consagrado

por el mismo dios Término. Y si, por un descuido del agrimensor, ha sido ligeramente torcida la línea, quitándole al vecino algunas hectáreas, se quedará, no más, sin ellas, el vecino, fuera de que quiera meterse en inacabable pleito, lo que sólo sería admisible en caso de que la casualidad quisiera que cayese, ahí mismo, una estación importante de ferrocarril, embrión de alguna ciudad futura.

No se vaya el perjudicado a indignar demasiado por los errores ; fácilmente se explican, y es de extrañar que no hayan sido más frecuentes, sabiendo en qué clase de títulos de propiedad se tenían que apoyar los pilotos marinos, únicos agrimensores de antaño, para hacer sus mensuras. La fórmula : «media legua de frente al arroyo tal, por legua y media de fondo», hubiera sido de relativa claridad, de no haber sido, a veces, otorgada a favor de muchísimas más personas de lo que tenía el arroyo aludido, de medias leguas de frente ; pero se solía complicar el asunto, cuando, con este tono de majestuosa brutalidad de conquistador, en que están empapadas las leyes de Indias, agregaba el título : «hasta que topare con quien topare». ¡ De qué fondo lo podía armar al favorecido con semejante título, un agrimensor de buena voluntad !

Particularmente en el norte de la Provincia de Buenos Aires, algunas mensuras han sido de extrema dificultad, y se comprende que después de haber medido quince leguas cuadradas,

comprendidas entre cuarenta y dos costados, unos de varios kilómetros, otros de pocos metros, temblase el agrimensor, al sacar el último ángulo, que le debía dar la comprobación final de la exactitud del resultado.

Era, por lo demás, puro amor propio de profesional, pues el valor de aquellos campos era entonces ínfimo ¡ mil pesos papel la legua ! (Ahora, medio siglo después, vale medio millón de pesos nacionales). Así mismo, el comprador se había hecho tratar de loco por sus amigos.

Hoy, abundan las mensuras pequeñas, de áreas cada vez más diminutas, por particiones de herencias, división de colonias, etc., pero tampoco faltan las de centenares de leguas, por cuenta del Gobierno Nacional, bajo los climas más diversos, donde tiene amplio campo el agrimensor moderno, para probar que no desmerece de sus antepasados, y que lo mismo sabe soportar los ardores del sol tropical y los mosquitos del Chaco, como las nevadas de la Cordillera, los fríos y los ventarrones de la Pampa patagónica.

Sus instrumentos serán perfeccionados, algo más completos sus medios de acción y más confortable su indumentaria ; no necesitará salir en coche, de la misma capital, para ir a treinta leguas, por caminos deshechos, para cualquier mensura ; pero si el tren, descansadamente, lo lleva a mil quinientos kilómetros de la ciudad, no por esto deja de tener que hacer, por caminos que no existen, travesías peligrosas por la falta de todo recurso, principalmente de agua,

durante decenas de leguas, a veces. Hay mucho paño todavía en que cortar, y colocación para muchos miles de los mojones de fierro en forma de tubo, que hoy se emplean, porque son livianos y resistentes, y que no pueden servir de combustible.

Lo mismo que antes, poco se enriquece el agrimensor con su oficio ; pero lo mismo que antes, si quiere y puede colocar dinero en campos, está, más que nadie, en condiciones de no equivocarse sobre la calidad de lo que compre, pues nada enseña a conocer lo que es tierra como el pisarla con el pie, durante leguas y leguas, resbalando, paso a paso, sobre las mil clases de pastos que cubren las diferentes comarcas de la República.

De cualquier modo, tiene que ser rica en recuerdos, la memoria del agrimensor, pues el que no ha tenido alguna ocasión de morirse de sed, de hambre o de frío, no puede decir que haya hecho mensura de cuenta.

En otros tiempos, también tenían que contar con los indios ; pues, a pesar de la reserva prudente, en que los hubiera podido, por un momento, detener, la creencia de que el teodolito era un cañón, y lanzas, las cañas con banderitas, éstos eran un verdadero y terrible peligro.

Seguir la cadena durante año y medio, plantando estacas y colocando mojones, para repartir en lotes de cuatro, cuatrocientas leguas en el Chaco, sin poder hacer más que un kilóme-

tro por día, en término medio, por tener que abrir, casi constantemente, picadas entre fachinales y montes, o cruzar terrenos pantanosos, cocido por el sol y devorado por la sabandija, representa, sin duda, una empresa más costosa y trabajosa que agradable.

Y tiene el agrimensor, a pesar de la suma respetable recibida para semejante trabajo, que medirla bien y no perder tiempo, una vez en el terreno, si quiere que algo le quede para su trabajo personal, pues es fácil figurarse lo que tendrá que invertir en medios de transporte, en elementos de trabajo, en peones y en manutención, durante tanto tiempo, y en semejantes regiones.

No le faltarán, es cierto, compensaciones de orden pintoresco, ni momentos sensacionales, capaces de dejarle inolvidables recuerdos; por ejemplo, el instante feliz en que después de sufrir de la sed, durante dos días enteros, divisarán los peones un charquito de agua límpida y transparente, en la cual, en medio de aclamaciones de loca alegría, echarán, antes que se haya podido contener el ímpetu de esa gente entusiasta, toda la tropilla, para que tome agua. Y cuando el agrimensor que viene por detrás, en una volantita, llega, él también, con terribles ganas de beber, no tiene más remedio que renegar con los estúpidos, y contentarse con el agua atrozmente removida, enturbiada y conculcada por toda la caballada, filtrada, Dios sabe cómo, en pañuelos.

Pero, tendrá a veces, después de andar todo el día, sin haber encontrado nada que comer, la suerte de que le regalen en algún puesto, donde justamente se acabó la carne, una sandía o dos, para él y su gente. ¿De qué se podría quejar, teniendo postre?

¡Que pene, que pene! mientras está joven y fuerte. Le llegará el día de poder, sin más trabajo que autorizar con su firma mensuras ajenas, ganar más plata en un mes, que antes, en un año, sufriendo mil penurias; lo mismo, al fin y al cabo, que en tantos oficios, en los cuales gana poco el que hace, y mucho el que dirige.

¿Y no valdrá nada acaso el goce del recuerdo? El recuerdo de la dicha, muchas veces, es un dolor; pero el de los sufrimientos materiales valientemente soportados, en la juventud, es el consuelo de la vejez impotente, el rayo de luz que matiza de alegría las tristezas del invierno de la vida.

GUARDIA NACIONAL

—¿Gusta un mate, patrón?

—Bueno, don Pedro, tomaré.

Y el patrón de la estancia, un extranjero de unos cuarenta y cinco años, de risueña cara colorada y de pelo rubio, se sentó, sin cumplimiento, como todo lo hacía, en la punta del banco, para saborear un cimarrón y conversar un rato con su capataz, Pedro Ponce, un puestero, Francisco Muñiz, que estaba de visita, y el viejo Soria, un gaucho casi octogenario, titulado peón, para poderle dar, sin herir su amor propio, el techo y la comida y algunos pesos para la caña, en que se conservaba, como un encurtido, en vinagre.

Era lindo tipo, el viejo Soria, con su poderosa estatura, apenas encorvada por la edad, su larga y tupida cabellera blanca, y sus modales de fiera vieja, que desdeña de gruñir porque ya

no puede morder, pero que nunca ha aprendido a lamer la mano.

Había sido soldado de Rosas; había llevado el gorro colorado de manga, que, como chorro de sangre, se desparramaba sobre el hombro; había presenciado, por lo menos en parte, los misterios de Santos Lugares; y la imaginación de los muchachos, hijos del estanciero, se encendía, al conversar con él, de aquellos tiempos, en que aseguraba Soria que no había cuatreros en los campos del sur.

—¡ Desgraciado — decía — del que, entonces, hubiera carneado un animal!

Pero, como si el solo recuerdo de ellos hubiera sido terrible, bien se guardaba de agregar que a los mismos que tanto cuidaban de la propiedad ajena, poca plata les costaban los rodeos enteros, con que poblaban sus campos, y que si bien prohibían carnear vacas, degollaban gente por lujo.

Salido ileso de Caseros, Soria había vuelto a sus pagos de la costa del Gualichú; hecho perdiz, entre los juncales y las cortaderas, había dejado pasar las tormentas de Cepeda y de Pavón, sin ganas de meterse en nuevas trifulcas, y disparando de las comisiones arreadoras de gente para la frontera. Conversaba complaciente del tiempo viejo. ¡ Qué de cosas les contaba a los muchachos, del tiempo del tirano! hablando de él sin nombrarlo, como hablan de su Dios misterioso, los sacerdotes de ciertas religiones cruentas.

Recuerdos del ejército de entonces—atrocidades, cruzadas por rasgos de burlona generosidad, historias de cuartel y de campo raso, gauchadas atrevidas, proezas y disparadas, avances y pánicos—brotaban de sus labios ; y los niños escuchaban, bebían sus palabras, ávidos de más detalles, siempre.

Pero, por mucho que se las hubiesen preguntado, había dos cosas sobre las cuales nunca pudieron conseguir del viejo, más que un refunfuño de disgusto, perdido entre los espesos bigotes quemados por el cigarro, y un relámpago de rabia en los ojos empañados, escondidos en los pliegues de la cara, abotagada por el alcohol ; nunca pudieran saber a cuántos cristianos había degollado, cuando soldado de Rosas, ni cuántos azotes había recibido.

Puede ser que el viejo ni hubiera tocado el violín a nadie, ni hubiera recibido palos, pero les parecía imposible que no fuera así, ya que, según la leyenda de aquel tiempo, degollar y ser apaleado, eran dos de las principales atribuciones del ciudadano argentino, bajo las armas.

—Pues en mi tiempo, señor—dijo Muñiz,—así como por el setenta, y un poco antes, no nos trataban tampoco muy bien, a los de la Guardia nacional, pero siquiera, no tuve que pelear con argentinos, y cuando tuvimos que matar indios en la frontera, fué siempre en combate leal, y con riesgo del cuero.

—A mí me tocó algo de la grande—dijo Pon-

ce—con la guerra del Paraguay; ¡suerte que fué recién al final, cuando ya había menos tiempo para morir! Pero, con todo, era medio fuerte la cosa... ¡Lindo país! el Paraguay, pero por demás caluroso, en aquel año del 69.

El otro vecino, él, se jactó de haberse siempre podido escurrir del servicio, gracias a una tía a quien quería mucho el comandante militar del partido. Y seguían conversando, acordándose todos, de los sufrimientos y penurias pasados y también de los caprichosos arreos del 74 y del 80, de hombres, sin más arma que la caña tradicional, con la media tijera de esquilar en la punta, y de mancarrones, a millares, que iban a morir, por todas partes, inútiles.

Iba uno entonces, decían, sin saber siquiera por quién ni contra quién; ahí estaba la comisión y había que seguir, no más. Ya que le aseguraban, y que se lo podían probar a machete, que era usted Guardia nacional, y que siendo Guardia nacional, había que marchar, se marchaba; encontrándose cualquiera, muchas veces, revolucionario, sin saberlo.

Después, a los años de estar tranquilo el país, había surgido por el lado de las cordilleras, el fantasma chileno, y los jóvenes, los hijos ahora, habían tenido los ejercicios del domingo—sin armas, porque no alcanzaban para todos,—chapaleando durante cuatro horas por semana, a pie, en el polvo o en el barro del camino real, maniobrando, como bandada de gansos, el gauchaje, por el modo de caminar, y mandados por

un ex vigilante destituído por borracho que hacía de oficial.

Con todo, los viejos asentían en que la Guardia nacional era bastante diferente de la de sus tiempos; primero, que estaba a pie, casi toda, en vez de andar montada y con caballo de tiro, como antes; a más que, al rato de ser reunidos, se les daba a los milicos uniforme, kepí, manta y todo, y unos fusiles, que hasta los mismos remingtons eran juguetes al lado de ellos.

—Sin contar los cañones—dijo el patrón, y les explicó los efectos de la artillería moderna, lo que los dejó pasmados.

Pero, pocos momentos después, pudieron darse cuenta de que otra diferencia debía de haber, mayor aún, entre los arreos indebidos y al tun-tun, de antaño, y el llamamiento a las armas, legal y respetado, de una verdadera Guardia nacional organizada. Llegó el hijo mayor del patrón, de vuelta del pueblo vecino, saltó del caballo fatigado, y, tirando al aire el sombrero, desde el palenque, gritó:

—¡Viva la patria! ¡Se retiró Portela!

Todos se levantaron y lo rodearon, ávidos de noticias, y el muchacho, con juvenil excitación, les contó que iba estallar la guerra con Chile, que se habían llamado las clases del 78 y del 79, que a él le tocaba, y que con ganas iba. Y pasó sobre todos ellos, sobre el mismo padre, aunque fuera padre y fuera extranjero, como un soplo heroico, que ni el viejo soldado de Ro-

sas, ni él que había roto lanzas con los indios, ni el mismo guerrero del Paraguay, había, hasta entonces, conocido, y que hizo estremecer y ruborizarse al que siempre se había sabido escurrir del servicio militar : era la llamada ansiosa y vibrante de la patria amenazada.

ANIMALES EXTRAVIADOS

Eran ya las seis de la mañana, y el ternero de la única lechera que, todos los días, ordeñaba doña Tomasa, para las necesidades de la familia, balaba todavía lastimosamente en el palenque, con el hocico metido en la trompeta, el ojo triste y la panza chupada. Doña Tomasa, lista desde un gran rato para ordeñar, con su balde, su jarro y su banquito en las manos, miraba el campo y repetía, impaciente :

—Pero, ¿qué estará haciendo este muchacho, que no trae la vaca? Salió hace una hora y no vuelve. ¿O se habrá ido esa gran pícara, quién sabe a dónde?

Momentos después, apareció Luisito, muchacho de ocho a diez años, uno de los hijos de doña Tomasa, y a la pregunta de ésta, contestó que, en ninguna parte, había podido encontrar la Juanita, ni con las otras vacas, que re-

cién bajaban de la loma, ni en el cañadón donde se solía cortar sola; y la madre se iba poniendo inquieta de veras, cuando su esposo, don Anacleto, que estaba tomando mate y churrasqueando en la cocina, se acercó y le gritó al muchacho:

—¡ Ah ! ¡ que no miraste en el maíz !

Sin contestar nada, Luisito se fué al galope, costeando el alambrado mal estirado del pequeño retazo de tierra que don Anacleto, cada año, sembraba, con actitudes de sublime esfuerzo, y como para enseñar a sus vecinos con qué empeño fomentaba en su casa el progreso de la agricultura.

Al cabo de un rato se oyeron los gritos de Luisito: «¡ Fuera vaca !» y la Juanita, buscando el portillo de que era baqueana, pasó como pudo entre los alambres flojos y, sin soltar una chala que todavía venía mascando con el mayor descaro, llegó al trote hasta el palenque, sacudiendo su panza repleta hasta más no poder.

—Ya empieza esa mañera del demonio—rezongó don Anacleto—como todos los años, cuando el maíz está por florecer; no me va a dejar una espiga para el parejero.

—Déjala a la pobre—dijo doña Tomasa, a quien el mismo susto de haber creído perdida su vaca favorita y la satisfacción de volver a verla incitaban a la indulgencia;—déjala, es tan buena, la pobre. ¿Y también, por qué no estiras esos alambres?

En campo abierto, se puede decir que vive

el criador entre inquietudes siempre renacientes. Si la Pampa, en su conjunto, es llana, también tiene sus recovecos; hay en ella lomas, ondulaciones, médanos, cañadones, y en campo algo quebrado o poblado de pajonales y de juncos, es harto fácil perder de vista un grupo de animales, creerlo extraviado y campearlo desesperadamente, cuando con toda tranquilidad lo está esperando en casa. También hay chambones que campean sin tino, sin reflexión, y buscan sin ton ni son, donde de ningún modo pueden estar los animales que faltan. Otros son haraganes, para quienes la campeada no pasa de un pretexto para visitas y conversaciones en todos los puestos de la vecindad, y no faltan tampoco peones pícaros que de cuando en cuando, fingen haber perdido la tropilla, para andar con licencia a campear hacienda de otra laya, cuando no de marca ajena.

La inquietud crece en razón del estado y de las condiciones del animal extraviado. Un animal flaco, enfermo, puede haberse ido a morir detrás de alguna mata de paja; no puede haber tentado la codicia de nadie, y sólo para el cuero, hay que andarlo buscando; pero tratándose de algún novillo gordo o de alguna vaquillona madura para el asador, la desaparición súbita es de mal augurio, y con razón, le hace fruncir las cejas al amo. ¡A campear! y ligero, pero con pocas esperanzas y con muchas probabilidades de encontrar sólo la panza, la cabeza y las tripas en algún pajal. Para semejante cam-

peada, los chimangos son impecables baqueanos.

Si del rodeo o de la majada, echa de menos algún animal conocido el ojo certero del capataz, difícil es que sólo falte aquél, y se puede dar por seguro que toda una punta del rebaño ha de haber quedado en el campo, extraviada, mixturada, o algo peor, y si no se encuentra en el campo, después de prolija recorrida, hay que ir pidiendo aparte a los vecinos y hacerles parar rodeo.

A veces, se encontrarán los animales extraviados ; y no digamos que nunca se encontrarán todos, pues sería calumniar al hacendado que todavía ni ha tenido tiempo siquiera de darse cuenta de la presencia de animales ajenos entre los suyos. Casi siempre, se hallarán muchos de éstos, o por lo menos algunos, y también varios de cuya ausencia ni se sospechaba.

Es que no son pocas las causas por las cuales los animales desaparecen, en campo abierto : caprichos primaverales, de que son presa aún los que menos se deberían acordar de paraísos perdidos ; inoportunos recuerdos de alguna antigua querencia ; arreadas mandadas hacer por el impertinente mosquito ; ganas de caminar al viento, cuando hace calor, o de huir ante él, cuando sopla muy frío ; también se desparraman o se van los animales, en tiempo de sequía o de epidemia, a buscar agua o campo mejor, o huyendo de la muerte, como si no los pudie-

ra ella seguir. Todo esto, sin contar los robos, de que nadie está libre.

¡ Oh ! no le faltan al hacendado ocasiones de *pensar en bueyes perdidos.*

Y justamente, era la complicada operación mental a la cual se estaba entregando don Bernardo Zurutúa, sentado en una cabeza de potro, cerca del fogón, con un mate vacío en una mano y un cigarrillo apagado en la otra, la boina en la nuca y mirando con ojos fijos las llamitas que, de vez en cuando, bailaban en las brasas y teñían, en la noche, de rojo subido, su cara colorada de vasco viejo, recocido, durante cincuenta años, por el sol de la Pampa.

Pensaba, sí, y de veras, en *bueyes perdidos*, con la tropa parada hacía tres días, a espera de los campeadores.

Es que a los bueyes, con su aire bonachón y sumiso, con su facha de gente formal y seria, incapaz de hacer una mala jugada a nadie, de repente les da la loca para mandarse mudar y volverse solos a la querencia, dejando plantadas las carretas, que ya se cansaron de arrastrar. Se figurará uno que debe ser cosa fácil encontrarlos, lerdos como son ; sí, si fuesen lerdos de veras, pero no es el caso, cuando así se van, y tienen su trotecito, que no deja de tragarse las leguas.

También deben de saber ellos que no sería, con todo, muy penoso alcanzarlos, pues nunca se van derecho a su destino : agarran por cualquier lado, dan una vuelta grande, y recién un

poco antes de llegar a la querencia, enderezan a ella.

Y así se burlan de los que se van pelando... la montura, campeándolos, sin más rumbo que el miedo de perderlos, sabiendo que son comestibles.

Y por esto mismo, don Bernardo Zurutúa, con la tropa parada hacía tres días, pensaba, melancólico, en bueyes perdidos.

PARA ALCANZAR EL TREN

Resolvió el patrón salir para la ciudad el día siguiente, y hubo consulta entre él, el mayordomo y el capataz, para decidir cuál de los dos caminos era preferible.

La estancia quedaba a sólo catorce leguas de una estación del ferrocarril del sud, y a veinte de una del oeste; pero, para llegar a la primera, había que cruzar mucho campo bajo; había llovido bastante, y los cañadones, arroyos y pantanos del camino estaban en un estado tal, que sólo el pensar en las dificultades del viaje hacía erizar el pelo.

—Ni con veinte caballos, llegamos—dijo el mayordomo;—sin contar que van a quedar estropeados para todo el invierno.

Y se acordó ir por el oeste, a pesar de no haber huella, en una gran parte del camino, y de ser, por lo menos, de veinte leguas, la tirada.

Pero era por campos altos, bastante parejos, donde no había más que meterle trote seguido.

El tren pasaba a las seis de la tarde, hora linda, que permitía aprovechar todo el día entero para alcanzarlo ; con condición de madrugar, pues era en invierno, con días muy cortos, y teniendo los caballos poca fuerza, no se podía pensar en apurarlos.

A la tarde, hizo juntar el mayordomo las dos manadas de caballos y encerrarlas en el corral ; y seguido del capataz y de los peones, armados de bozales y de cabestros, penetró, caviloso, abrumado, al parecer, por el peso de sus meditaciones, en el entrevero inquieto de las grupas en movimiento, que se encogen, o disparan, o reculan, ondeando sobre la estacada movediza de las patas nerviosas, que pisotean el suelo con estrépito, y patalean, en perpetuo susto.

—Cuatro mudas de cuatro caballos, y llegaríamos volando ; pero ¿de dónde saco ocho caballos de pecho? Juan, agarra los dos tordillos ; Pedro, saca el rosillo y el malacara.

Esto ya se sabía de antemano ; eran los cuatro de siempre ; comían maíz, trabajaban sólo en las grandes ocasiones y se mantenían gordos ; pero ¿después? y mientras la agarrada de los indicados daba lugar a un revoltijo general de la caballada, seguía pensando el mayordomo. Poco a poco, a fuerza de consultar con el capataz, de mover y remover los animales, de eliminar a los maulas, a los flacos, a los lastimados, a los mañeros, se pudo formar una tropi-

lla regular de laderos que, a pesar de la mediocridad de algunos de los de pecho, salvarían la situación.

Y durante toda la noche, alrededor de los pesebres improvisados en el patio, hubo ruidos insólitos de mandíbulas quebrando maíz o mascando pasto, entreverados con pateaduras y coces sonoras en las carretillas llenas de alfalfa, y también en los flancos vacíos de aquellos mancarrones que, siempre mantenidos a campo, ignorantes de las costumbres sociales, y demasiado tímidos para imponerse, trataban de acercarse al pesebre, sin haber sido presentados; festín precursor de grandes fatigas, pero, con todo, festín, y quedaban pocas migas, cuando apareció el farol vagabundo del mayordomo, empezando éste, con voz imperiosa, a despertar a la gente.

Las estrellas pestañeaban, como cayéndose de sueño, después de tanto velar, esperando que el sol, todavía lejano, las viniera a relevar.

Hacía frío, y en la obscuridad, aún bien espesa, pronto se movieron sombras, que, tiritando, empezaron a desatar de los postes, los caballos medio dormidos. En la cocina, crepitó un fósforo, y, al rato, brilló el fuego, reanimado de las brasas por la humilde vestal del fogón, saliendo en seguida por el techo las espiras del humo. El mayordomo golpeó a una puerta, llamando:

—Patrón, son las cinco.

Por la segunda vez, cantaron los gallos, y,

poco a poco, se fué animando el patio, con los bulliciosos aprestos de la salida.

Al breque, sacado del galpón, eran arrimados los caballos, aperados por los peones. No faltaban reniegos y puntapiés a los mancarrones, ni rabietas del mayordomo contra su gente, por dormidos, unos, por torpes, otros. Una hebilla que se cortó, pareció todo un acontecimiento :

—¡ Estamos frescos, ahora !—gritó el mayordomo ; pero el capataz, sin decir palabra, cortó ligero un tiento, sacó la lesna plantada en la pared del rancho, y, en cinco minutos, puso todo mejor que nuevo.

Se abrió ya la puerta del patrón ; listo, él, bien emponchado, de guantes, con las botas finas y el sombrerito gacho, gallardamente colocado, la escopeta a la espalda, no se necesita mirarlo dos veces para adivinar quién es ; y mientras la cocinera le sirve el café, los peones llevan al coche las diversas piezas de su confortable equipaje de hombre refinado.

Aclara ; las estrellas van desapareciendo ; los gallos cantan por última vez, antes de bajar al suelo :

—Cuando guste, patrón—avisan ; y después de una despedida, cariñosamente protectora, a la cocinera y a los peones, el amo sube en el breque, dejando, por ahora, que el mayordomo maneje.

Em[illegible]l viaje largo.

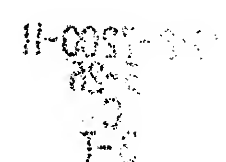
—¡[illegible]r !... no hay mosquitos, esta mañana—

observa el patrón, envolviéndose en sus cobijas.

—Los hemos de ver más tarde—contesta el mayordomo.

Y efectivamente, si, a las seis, hace frío, a las diez, habrá sol bastante para que, en los bajos, no dejen de fastidiar en grande, mosquitos y jejenes. Y el sol picará, a pesar de estar en invierno, y calentará casi demasiado, por un costado, hasta las doce, para, después, calentar por el otro, hasta la llegada, oblicuo y fastidioso, más y más, a medida que va bajando.

Parándose, de vez en cuando, para mudar caballos, para almorzar con las provisiones traídas de la estancia, para que resuellen los animales o para componer algún desperfecto en los aperos o en el coche, se va, se camina, se adelanta, dejando tras sí las leguas andadas, en interminable cinta, y después de diez horas largas, se llega a la estación anhelada, cansado, aburrido, pero con el alivio de pensar que si se ha necesitado todo el día para hacer cien kilómetros, en toda la noche, durmiendo, sin sentirlo, se harán los cuatrocientos que quedan, para llegar a la ciudad. Y se bendice el progreso.



VASCADAS

Los peones de don Juan Arambeheré estaban cargando en un vagón fardos de pasto, y trabajaban con cierta flojedad, por el gran calor que hacía, cuando llegó el patrón. El había sido peón también, unos cuantos años antes, y peón de almacén por mayor, de estos que, por apuesta, suelen llevar al hombro una bordalesa de vino, de trescientos kilos, caminando, con ella cargada, veinte pasos; y no le desagradaba, ahora que estaba en el camino de la fortuna, enseñar, de vez en cuando, a sus subordinados que no había perdido del todo sus pequeños talentos de sociedad.

Se apeó, lo que, por el soplido que éste dejó oir, pareció gustar sobremanera a su caballo, pues era corpulento el vasco, musculoso y de poderosa humanidad; a pesar de lo cual, se trepó al vagón, retó por la forma a sus hom-

bres, y, agarrando con las dos manos el alambre de un fardo que trataban los otros, inútilmente, de cambiar de sitio, tiró con todas sus fuerzas. El fardo no se movió ; ni se podía mover, pues estaba atrancado por otros, pero a don Juan no le importaba ; del momento que él tiraba, tenía que ceder el fardo, ¡ c... ! Y siguió tirando, no más, hasta que reventó el alambre, tan de golpe que, de lo alto del vagón y de la pila de pasto, fué a dar de espaldas en la vía el pobre don Juan, lo que le valió un mes de cama.

El que tiene mucha fuerza la debe usar con tino, y si no, se perjudica.

Pero don Juan Arambeheré, de músculos hercúleos y testarudo como él solo, hacía poco caso del tino y aplicaba, con inquebrantable resolución, el sistema de la fuerza bruta a todos los problemas de la vida. Y cuando, con brío ciego, enderezaba a algún pantano... y se quedaba en él, sacudía el mancarrón con toda clase de nombres y apellidos, sin reservarse para sí ninguno, como hombre modesto que era, lo mismo que hubiera hecho con el alambre, si no hubiera desmayado, al caer.

La prudencia más elemental parecía serle extraña, y, un día que andaba muy apurado para alcanzar el tren, pensaría que la línea recta es la más corta, aun cuando esté sembrada de vizcacheras, pues entre éstas azotó al caballo como si tal cosa y pegó una rodada feroz, naturalmente. Se levantó, cubiertas de tierra su ro-

pa dominguera y la boina nueva, pero muy fresco, se sacudió y se consoló pronto, al ver que, por suerte, no se le había roto el pito.

Cuidaba sus ovejas con mucha prolijidad, y los vecinos podían tomar por modelo las majadas de don Juan Arambeheré. La sarna no tenía peor enemigo que él y no mezquinaba remedio ni trabajo para extirparla. Pero sucedió que, un año, fué tan porfiada que ya no sabía don Juan qué hacer, y se le ocurrió que sólo recargando el baño con una dosis bárbara de remedio, la iba a vencer. Y le metió el doble, ¡ c... ! de lo que rezaba el prospecto. El resultado fué inmediato, y doscientas ovejas se le murieron en el día.

Quedó un poco ajada su convicción de que nunca daña la abundancia ; pero no por esto dejó de seguir comiendo hasta reventar, y bebiendo vino como pipa, cada vez que se le ofrecía la ocasión, pues ¡ c... ! él no era oveja, y el vino no es veneno.

Firme en estos principios, y como le gustaba mucho el pavo gordo, quiso hacer como su vecino don Urbano, un bearnés vivo, que cebaba los suyos a la fuerza, con pelotillas de harina y con maíz ; pero quiso engordar los de él más ligero y mejor, y, para esto, le metió al pavo tanto maíz en el buche que lo ahogó.

Difícilmente pudo entender que con maíz se pudiera ahogar un pavo, pero ahí estaba, no más, la prueba.

Con todo, le parecía ser esto como si, cuando

iba uno a pagar cien pesos, hubiera tenido que sacar del tirador justito los cien, en vez de sacar, como siempre hacía él, un puñado siquiera de cinco mil, por lo menos ; no para lucirse, no crean, sino porque siempre es mejor que sobre y no que falte.

Oyendo contar don Juan que unos troperos, sus compatriotas, habían querido, en otros tiempos, hacer caer la Piedra Movediza del Tandil, y no lo habían podido conseguir :

—¡ Vascada linda hubiera sido ! — exclamó, pero pensó que no debían de haber sido vascos de veras, ya que no habían atado bastantes yuntas de bueyes.

Don Juan Arambeheré sentía no haber estado allí ; no hubiera cejado él, no, para conquistar semejante gloria, pues cuando se metía algo en la cabeza, ¡ c... !

Y, a veces, le habían aprovechado la manía ; como aquel que habiéndole, en una feria, ofrecido en vano, por quinientos pesos, un carnero premiado, se lo hizo pagar mil en el remate, ayudado por dos gurupíes : uno que hacía posturas, y otro que le decía al vasco :

—Déjelo, hombre ; no ve que son muchos los que lo quieren—lo que aguijoneaba de tal modo a don Juan que, por ningún precio, lo hubiera dejado ir.

Pero, ingenuo como era, al punto de ceder por un momento, durante un almuerzo, a la maligna insinuación que los caracoles se comían con cáscara y todo, le parecía conveniente, para dar

a sus pesos todo su valor, imponer bien al médico de lo que, por su plata, exigía; y un día que había venido a ver al doctor, con su sobrino, pobre joven, víctima de una de esas enfermedades que, celosas, velan en las puertas del paraíso, le dijo:

—Mirá, sabes; está medio... embromado, sabes; ficate bien. Y es preciso darle unos arremedios que arrempujen, sabes, para que yo no gaste plata al ñudo.

MISERIAS MERECIDAS

Junio, apenas; y ya se cortan en puntas las ovejas. Mala seña, piensa don Martín, al recorrer el campo de pasto duro que acaba de poblar, y al encontrarse, por todas partes, con pequeños grupos de diez, de cinco, de dos ovejas, flacas y sin fuerza.

¿Y qué será, en agosto, cuando hayan pasado tres meses más, de heladas o de aguaceros, sobre los pobres animales?

No le digan mala madre a la oveja que abandona el cordero; pues cuando deja de mandar el instinto materno, es porque obedece el animal, aun a su pesar y mirando para atrás, con balidos de lamento, a otra ley de la naturaleza; la propia conservación es más imperiosa, para

la oveja, cuando se siente débil, que la de su prole. Lo mismo, cuando olvidándose de su amor a la majada, las ovejas se cortan en puntas y dejan de seguirse unas a otras, o cuando, al cruzar cerca de ellas el jinete, no disparan, mala seña; y no sin razón, don Martín considera con tristeza el campo amarillento y de pasto ralo, donde, en verano, sólo llega a florecer la puna, por ser la única planta que desdeñan los animales.

¿Qué será, ¡si! en agosto, cuando el invierno, al terminar su carrera, acabe de limpiar, de una vez, lo que no puede más, antes de hacer la suma total de todo lo sufrido durante el año, de cerrar las cuentas de la muerte y de proclamar el resultado? Resultado funesto, a veces; y si no fuera que asoma la primavera, calentando el lomo de los animales flacos que han sobrevivido, y haciendo brotar un poco el pasto nuevo, sería cosa de desesperar. No es todo color de rosa, en la vida del hacendado.

Pero ¿no tendrá el, en algo, la culpa?

¡Clima benigno, el de la Pampa, que permite al hombre criar los animales domésticos a la intemperie; tierra generosa, la que le permite mantenerlos con lo que ella produce, sin que en nada la ayuden! Y ya que el clima es tan benigno y la tierra tan generosa, ¿por qué trabajaría el hombre?

Pero el clima más benigno tiene sus caprichos; pasan meses sin llover: las lagunas se

secan, el pasto ralea, desaparece, y las haciendas mueren de hambre y de sed. ¡ Suerte ingrata ! clama el pastor. O bien, lluvias demasiado frecuentes y abundantes llenan las cañadas, achican el campo, lo reducen a algunas lomas exiguas ; y perecen las majadas, aniquiladas por la constante humedad, pisoteando, amontonadas, el poco campo que les queda ; y vuelve el pastor a maldecir de su suerte.

La sarna hace estragos en las pocas sobrevivientes ; renguea lastimosamente la mitad de la majada, arrastrándose las ovejas, como pueden, a algunos metros apenas del corral, paciendo de rodillas, muchas de ellas, por no poder tenerse de pie ; y las osamentas colorean por todo el campo, salpicando la llanura de tétricos reflejos, mientras en los alambrados y en los corrales, secan, al viento, los arrugados cueros de epidemia, fúnebres colgaduras de escaso valor, cenefas haraposas de funerales sin cuento, herencia ruinosa para el pastor, que, ni siquiera, por ellas, podrá, con exactitud, tarjar sus pérdidas.

Aun en clima benigno, tirita, a veces, el hombre, en su rancho mal construído, ni le faltan goteras al techo. Pero no por esto se acuerda de lo que sufren las ovejas, en el fango de su corral sin reparo, mojadas hasta los huesos, ni que, con plantar algunas estacas de álamo o de sauce, pronto podría hacerles un abrigo salvador ; y ¡ para qué se va acordar ! ¿ valdrán realmente la pena de cuidarlos, animales que, sin esto, le dan todo lo que necesita ?

La tierra más generosa también tiene sus horas de desgana. Falta el pasto ; las heladas lo han quemado, o el sol de verano ; y, raquíticas, endebles, bamboleándose en las patas que se les cruzan, vagan, despuntando las pajas duras y la puna sin jugo, las vacas hambrientas.

¿Sembrar para mantenerlas? ¿acaso el amo siembra para sí? ¡que hagan como él! cuando la carne es flaca, come menos. ¿Y si se mueren? ¿Qué le haremos? se sacarán los cueros, que siempre valen algo.

Aguantar lo que Dios manda ; la lucha es estéril contra los furores de la Naturaleza. ¿De qué sirve al hombre tratar de conocer y de atajar las enfermedades de todo género que diezman los rebaños en la Pampa, ya que siempre vuelven?

Y en lugar de la riqueza exuberante de que, con ayudar en algo a la benignidad del clima y a la generosidad de la tierra, podría gozar, el pastor pampeano parece preferir el acostumbrado cuadro de miserias siempre renovadas, que sólo debe a su incurable indolencia, a su fatalismo innato.

El campo, cubierto de los ásperos fachinales primitivos, empobrecido por el recargo de hacienda, parece teatro preparado para todas las catástrofes de que amenazan a todas las haciendas las mil plagas del desierto. Y así fué, y así será, mientras no entienda el pastor que al hambre invernal de las haciendas lo debe combatir

con el arado, y que sus animales, objeto ya de la envidia del orbe entero, merecen, cada día más, el esfuerzo varonil que los libre de los peligros que los rodean y permita recoger la cosecha de inmediata prosperidad que tienen ellos en reserva.

FIN